

LOBO DE LUNA

Vargas “el brujo”

A mi padre.

1.

LOBO DE LUNA

Hace ya muchos, muchos siglos, cuando el Sol viajaba por la constelación del Carnero, existía un pequeño poblado a la ribera de un río. Los hombres se dedicaban a la caza y a la pesca, y las mujeres recogían frutas y semillas cuando ellos se dedicaban a la búsqueda y captura de presas.

Lobo de Luna era un joven cazador de aquel poblado. Así lo había llamado la mujer-hechicera, Agua Clara, cuando en el momento de su nacimiento los aullidos de los lobos resonaron en el bosque cercano todo el tiempo en que la Luna viajaba en compañía de las estrellas. Agua Clara afirmó que aquel signo indicaba que el niño recién nacido formaba parte del clan de los lobos, y así le dió su nombre, en homenaje a dicho privilegio.

El padre de Lobo, Hacha Roja, había mostrado su satisfacción aquella misma noche danzando en la hoguera, y gritando embriagado por el Fuego Verde, una bebida que preparaba la hechicera. Estaba orgulloso no sólo del nacimiento de su hijo, sino porque además hubiera sido elegido por los lobos como miembro de su clan. Todos sabían el privilegio que esto significaba: aquel niño sería un día un gran cazador, con los poderes que el lobo poseía. Algunos cazadores comentaban que ese niño incluso podría llegar a ser el jefe de expedición, honor que sólo se otorgaba al mejor de los cazadores.

Cuando Lobo de Luna dejó de ser niño para ser hombre, es decir, cuando fue iniciado a la caza y a la responsabilidad de mantener a la tribu con su esfuerzo, demostró sobradamente que en verdad merecía llevar su nombre. Ágil y despierto, poseía un instinto especial para detectar las presas, así como una especial astucia a la hora de colocar trampas y realizar emboscadas.

Un día un niño se perdió por las montañas. Las mujeres del poblado lloraron angustiadas cuando la expedición de cazadores volvió sin encontrarlo. Se asumió el hecho de que aquel niño sería esa misma noche devorado por los lobos. Pero el joven cazador, obstinado, volvió a salir del poblado aquel mismo atardecer adentrándose sólo en la oscuridad de los bosques, frente al asombro y temor de sus compañeros. Alejarse de la hoguera del poblado era sinónimo a morir despedazado por las fieras que dominaban la noche.

Cuando Lobo de Luna volvió con el niño cogido de la mano toda la tribu quedó admirada de semejante hazaña. En su pecho llevaba un zarpazo que, como luego no cesaba de repetir su padre, había sido producido por un lobo. Que aquel joven cazador hubiera no sólo sobrevivido a la noche, sino encontrado y protegido al niño frente a los lobos provocó inmediatamente que todos los cazadores se pusieran de acuerdo en darle el título de jefe de caza.

Su madre, Lechuza Plateada, sonreía satisfecha ante el afortunado destino de su hijo. Hacía tiempo que en el poblado no aparecía un hombre con las condiciones de su hijo, y ella se sentía orgullosa de haber sido la responsable de su existencia.

Un día, mientras los cazadores se entrenaban con sus armas, el hacha de piedra y la lanza, una noticia llegó al poblado procedente de una mujer que había sido rescatada medio ahogada del río. La mujer se llamaba Rayo de Luna y aquella misma noche, ya recuperada, contó ante la tribu reunida especialmente en la hoguera el motivo de su extraña aparición.

- Escuchad mis palabras - alzó su voz la hechicera -. Quiero que abrais vuestras orejas a lo que os va a contar esta mujer sobre aquello que ocurre más arriba del río, allá en las

Montañas del Aguila.

La joven aludida se levantó de su lugar y contempló fijamente durante un instante a Lobo de Luna, luego desvió su mirada en torno al grupo, carraspeó y comenzó a hablar timidamente.

- Vengo del pueblo del Arbol. Sabéis que hemos sido siempre pacíficos, y que nuestro arte de navegar es apreciado por todos los pueblos del río.

Los hombres gruñeron asintiendo. Era bien conocida la maestría de aquel pueblo para construir bellas canoas pintadas de rojo y amarillo. Era un pueblo que había sido el responsable, hacía ya mucho tiempo, de que ellos hubieran aprendido el arte de cazar a los seres del río mediante trampas a las que se llamaban redes.

La joven bajó la cabeza, luchando consigo misma para que las lagrimas no le asaltaran. Levantó una mano y alzando su cabeza habló esta vez con voz clara y decidida.

-¡ Ahora ya no existen ! - gritó mientras hacía un seco gesto con su mano.

Todos quedaron callados mirando fijamente a la mujer. Un escalofrío pareció recorrer las espaldas de los allí reunidos, como si un presentimiento de algo oscuro y terrible estuviera a punto de ocurrirles. El silencio continuó hasta que Oso Negro, el cazador más anciano del poblado, se levantó y con voz firme pidió a la mujer que continuara.

- Hombres con palos cortantes entraron un día en nuestro poblado - prosiguió Rayo de Luna -. Nos exigieron todo lo que teníamos y llevarse a nuestras jóvenes. Al negarnos comenzó la lucha.

La mujer miró al fuego que presidía la reunión y permaneció absorta recordando lo vivido. Ligeros estremecimientos delataban el miedo que había quedado impregnado en su cuerpo. Lobo deseó, sin saber por qué, abrazarla y protegerla con sus brazos. Aquella mujer despertaba en él una extraña mezcla de ternura y deseo que nunca antes había experimentado.

- Los hombres no pudieron contra aquellos extranjeros. Manejaban sus armas como si fueran palos, pero cortaban las carnes como si fueran las garras de un oso, y ni la más fuerte lanza podía detener sus golpes.

Los cazadores comenzaron a murmurar entre ellos. ¿Qué tipo de arma debía ser aquella que poseía dicho poder?. ¿Y quienes eran aquellos hombres que nadie conocía?. ¿Vendrían acaso de más allá de las montañas que les rodeaban?.

- Sus armas brillantes golpeaban una y otra vez. A cada golpe un hombre caía con su carne ensangrentada. Su jefe llevaba como una cabeza encima de la suya que le protegía de los golpes. Era tan grande como un oso, y su pecho se hallaba recubierto de algo que también le protegía de los golpes de las hachas.

La joven cerró sus manos con impotencia, expresando así cómo se sintieron los bravos de su pueblo.

- Finalmente, una vez vencidos los hombres, se llevaron a todas las mujeres. Yo conseguí escapar sumergiéndome en el río con una caña. Así estuve mucho tiempo, hasta que dejé que el agua me arrastrara hasta llegar aquí.

El estremecimiento ahora se hizo explícito. Las mujeres comenzaron a gritar de espanto, y los hombres se restregaban sus cabezas tratando de comprender lo sucedido. El hecho de

la muerte de sus vecinos implicaba una amenaza inminente para ellos. Y era evidente una cosa: si los cazadores del Arbol no habían vencido...¿no podía ocurrirles a ellos lo mismo?.

- Agua Clara - gritó Oso Negro pleno de furia -. Danos tu visión.

La vieja hechicera calló largo tiempo contemplando fijamente a cada miembro del poblado. Suspiró y rompió a hablar.

- Escuchad - dijo con voz grave -. Antes de reunimos he pedido una visión a la Diosa. Quería averiguar qué nos deparaba el futuro.

- Dí ya lo que sabes -. le respondió aún enfurecido el viejo cazador.

La anciana le miró sin expresión y meneó con lentitud la cabeza. El silencio se hizo aún más denso. El que no quisiera hablar de su visión sólo podía significar el más negro de los presagios.

Lobo de Luna se levantó y sujetando fuertemente su lanza la alzó ante todos.

- ¿De qué hemos de temer? - gritó con fuerza -. Sabemos que esos hombres pueden venir, preparémonos entonces para la lucha. Seamos astutos y guardemos a nuestras familias en un lugar seguro. Luego sólo hay que esperar emboscados su llegada. Entonces...

El joven giró la lanza y la clavó en el suelo.

Agua Clara nada respondió. El consejo era prudente, y era tal el ánimo que infundía el cazador que todos estuvieron de acuerdo en seguir el plan del joven jefe de caza, e iniciar los preparativos el mismo día siguiente.

Mientras todos se marchaban a sus tiendas el joven quedó sentado mirando a Rayo de Luna, la joven charlaba amistosamente con Agua Clara. Parecía que fuera a irse con ella a dormir, pero un gesto pícaro de la anciana la hizo retenerse para quedarse mirando de hurtadillas al cazador.

Lobo, dueño de un instinto seguro y certero, no dudó en interpretar aquello como un interés a su persona. Se levantó y andó lentamente en dirección hacia ella. Clavó fuertemente la lanza a su diestra y alzó la mano ante la joven.

- No temas - afirmó con seguridad -. Yo te protegeré.

Ella le miró fijamente y un destello de sonrisa pareció iluminar su rostro durante un instante. Fue en ese momento, iluminados por el fuego de la hoguera, cuando Lobo de Luna sintió que su vida dependía de aquella sonrisa.

- Ahora ya sé por qué te llamas Rayo de Luna - murmuró mirando al suelo.

Ella le miró con los ojos aún más abiertos. Su respiración pareció hacerse más densa, como el de una hembra en celo.

- ¿Por qué lo dices? - susurró mirando a su vez ella al suelo.

Lobo no supo qué responder. Era algo tan sutil que no conseguía expresarlo, aunque las palabras parecieron surgir de su interior como si tuvieran vida propia.

- Por tu sonrisa...cuando la haces parece que la luz de la Luna ilumina tu rostro.

Ella alzó su rostro y dejó que la Reina de la Noche bañara su rostro. El joven sintió el fuerte deseo de morder aquel cuello desnudo y palpitante. Inquieto ante la fuerza de su deseo, que presionaba su cabeza golpeando su sienes, cogió la lanza y dándole la espalda a la mujer comenzó a mover el arma de un lado a otro. Aquella presión en su cabeza comenzó a menguar.

- Tú eres Lobo de Luna - sonó tras él aquella voz que le perturbaba.

El giró de nuevo y sonrió ante la mirada fija de ella.

- Así es - respondió con orgullo.

La joven siguió mirándole con aquella extraña fijeza.

- En verdad posees el alma del lobo - murmuró ella como si hubiera podido atravesar el cuerpo del cazador.

El sonrió aún más ampliamente. Aquello era un elogio, pues ella reconocía que él era un hombre de poder. Se acercó lentamente a ella y le mostró orgulloso la cicatriz de su pecho.

- Aquí dejó su marca grabada un lobo gris azulado - dijo altanero -. Lo golpeé con la lanza sin clavarsela y no quiso dar más batalla. Aquel lobo supo que yo era tan fuerte como él, y no aceptó luchar más.

La joven asintió con los ojos aún más abiertos contemplando la cicatriz del cazador. De pronto, sin previo aviso, giró y salió corriendo en dirección a la tienda de Agua Clara. Lobo quedó inmóvil, paralizado por una extraña sensación de calor que nacía en su pecho. Sumergido en un mar de confusiones respecto a aquel sentir y la extraña forma de despedirse de la muchacha decidió dar un paseo.

Era verano, y la Luna brillaba poderosa en la noche caliente. Escuchando el sonido del río el joven cazador quedó dormido a lado de aquellas aguas que llevaban a algún lugar desconocido. En sus sueños aparecía, entre susurros, el rostro de una joven iluminada por la Luz de la Noche.

Algo despertó súbitamente a Lobo, un sentimiento de amenaza que le indicaba habitualmente que algún peligro acechaba. Se levantó rápidamente y agarró con fuerza la lanza que había dejado clavada en el suelo. Era un palo de un gran grosor, y con una punta pulida pacientemente con el fuego y la piedra, hasta conseguir un extremo duro y cortante.

Miró a su alrededor para detectar de dónde procedía la fuente de aquella ominosa sensación. Sus ojos quedaron quietos contemplando el poblado. Estuvo así absorto durante unos segundos hasta comprender qué era lo que ocurría. Aquella amenaza procedía del propio poblado.

Comenzó a correr hacia éste para ir apreciando, con una mezcla de estupor y temor, que realmente algo ocurría. Se oían gritos procedentes de un grupo de hombres, extrañamente vestidos, en dirección a la gente de su tribu que se hallaba reunida en el centro del poblado.

Cuando finalmente llegó la escena se le hizo evidente. Una veintena de hombres retenían a un nutrido grupo de mujeres, atadas y cabizbajas. Entre aquellos hombres sobresalía poderosamente uno de ellos. Iba vestido de un material que Lobo asoció a las piedras brillantes que a veces encontraba en las montañas. Oso Negro hablaba con él esgrimiendo con fuerza su lanza.

- No queremos luchar - parecía repetir el anciano cazador -. Pero tampoco queremos daros nada de lo que pedís.

Aquel gigante misterioso comenzó a reír en forma estridente y grosera. Se mostraba muy seguro de dominar la situación.

- Mira viejo - le respondió fríamente - ya tenemos lo que buscábamos. Sólo queremos

más provisiones. A cambio os dejaremos tranquilos y....

De pronto calló. Su mirada se había detenido en una mujer que trataba de ocultarse en el grupo. Era Rayo de Luna que apretaba fuertemente el brazo de Agua Clara.

- Quiero a esa mujer - gritó fuertemente señalándola para luego sonreír amenazante -. Teneis suerte. Sólo quiero comida y a esa mujer.

Un estremecimiento de furor invadió el cuerpo del anciano cazador. Parecía que fuera a responderle empuñando su lanza cuando un fuerte grito sonó tras él. Todos miraron atrás. Era Lobo de Luna que avanzaba lentamente, entre el silencio del poblado, mirando fijamente al extranjero.

Llegó a la altura de Oso Negro, dió un paso adelante y elevó con fiereza su lanza.

- No tendrás nada - le dijo gravemente al gigante -. Antes tendrás que luchar por ello.

El extranjero rompió a reír de nuevo, esta vez coreado por sus acompañantes. Ladeó la cabeza y miró con burla al joven cazador. Parecía encontrar divertida aquella tensa situación.

- ¿Me está retando? - respondió mirando burlescamente a sus hombres.

Las risas se hicieron aún más fuertes. Lobo de Luna dió un paso más hacia adelante y se encaró directamente con el gigante.

- Sí - le dijo fríamente -. Arreglemos esto cuanto antes.

El extranjero giró su cabeza y contempló al joven cazador. Algo en la mirada de Lobo hizo enfriar su semblante. Dió un paso atrás y sin decir palabra extrajo un extraño palo de una funda que llevaba a su espalda.

Sin mediar palabra alzó su brazo y lanzó un golpe a la cabeza del joven. Este, sorprendido por lo inesperado del acto, levantó su lanza para detener el golpe. Aunque desprevenido sus reflejos le habían permitido prepararse para bloquear el golpe, en vista de devolverlo él a su vez.

Aquel extraño palo chocó contra la robusta lanza, sonó un crujido y la lanza se partió en dos, siguiendo su trayectoria hacia la cabeza del cazador. Este encogió su cabeza, a fin de evitarlo, pero el impacto llegó a su lado derecho. El golpe le abrió la cabeza, cayendo desplomado al suelo como un árbol tronchado.

En sólo unos pocos segundos la situación había cambiado radicalmente. Aquel joven y orgulloso cazador se hallaba tendido en el suelo, con el rostro cubierto de sangre, a los pies de aquel gigante.

Los cazadores quedaron demudados ante aquello. De un sólo golpe aquel hombre había quebrado la lanza de su jefe de expedición. El poder de aquel extranjero era en verdad muy superior al del hombre señalado por los lobos. De pronto un grito de furia sonó en el grupo de los cazadores.

Una joven de bella apariencia le llamaba desde algún lugar misterioso. Lobo caminaba por el bosque, débilmente iluminado por la Luna. Trataba de encontrar el sendero que le llevara hacia el encuentro de la joven, pero no conseguía encontrarlo. El bosque parecía hacerse más y más espeso y oscuro a medida que avanzaba.

De pronto se encontró en un lugar que no mostraba salida. Ante él apareció un gigantesco lobo plateado que detenía su marcha gruñendo amenazadoramente. El joven dió

un paso atrás, no tenía armas para defenderse.

- No tengas miedo.- sonó una voz a sus espaldas.

El joven giró para contemplar a una anciana de largos cabellos blancos que le miraba sonriente. Parecía estar rodeada de un resplandor plateado, como si la Luna la abrazara. A lo lejos seguía sonando el grito de una mujer que el joven consiguió al fin reconocer como la joven del pueblo del Arbol. Notó que a sus espaldas el gran lobo se acercaba silenciosamente hasta él.

- No tengas miedo Lobo de Luna. - repitió aquella misteriosa anciana.- Tu secreto destino ya comienza hijo mío.

El joven sintió que las patas del lobo se apoyaban en sus hombros. Paralizado de espanto sintió cómo sostenido por su espalda el aliento cálido del animal acariciaba su nuca. Cerró los ojos y sintió que entraba como en un túnel donde en el fondo brillara una luz verde.

- Encuentra tu destino hijo.- sonó de nuevo aquella voz misteriosa.

Lobo de Luna se irguió de su lecho gritando de espanto. Al instante un terrible dolor en su cabeza hizo que se volviera a tumbar gimiendo y agarrándose su cabeza con las manos.

- Ya pasó.- sonó una voz que reconoció como la de Agua Clara.- Descansa bravo cazador.

Por un momento el recuerdo de lo vivido apareció en su mente, pero una profunda oscuridad le invadió haciéndole olvidarse de todo.

Cuando volvió a abrir los ojos supo donde estaba. Se hallaba en la tienda de la hechicera. El dolor de su cabeza le hizo recordar el combate vivido, miró a su izquierda y contempló a Agua Clara que le atendía en silencio.

- ¿Dónde está Rayo de Luna ?- le dijo excitado agarrándola del brazo.

La anciana hechicera le miró fijamente meneando la cabeza. El joven soltó su brazo y sintió un profundo desaliento. No sólo había perdido un combate, había perdido algo mucho más valioso.

- ¿Qué pasó? - murmuró con la vista clavada en el tronco que sustentaba la tienda.

Agua Clara dejó que pasara un largo instante antes de contarle lo ocurrido. La cuestión era muy delicada ya que aquel joven no sabía que su padre, Hacha Roja, había encontrado la muerte a manos de aquel gigante extranjero cuando saltó en venganza del hijo que creía muerto.

Le contó lentamente lo ocurrido. La muerte de su padre, la humillación de su pueblo entregando las provisiones del invierno, la marcha de Rayo de Luna atada junto a las demás mujeres. La vergüenza de aquella ofensa había hecho que Oso Negro se retirara a las montañas y no quisiera volver. La herida en el orgullo de la tribu había resultado letal: los hombres no conseguían capturar tantas presas, y las mujeres se comportaban extrañamente desde aquel día. Era como si ya nadie pudiera sentirse protegido, como si el destino dependiera a partir de ahora del capricho de aquellos extranjeros que, por aquella vez, se habían dignado perdonarles la vida.

Lobo de Luna entró en una profunda depresión desde entonces. En su rostro había quedado marcada una cicatriz similar a un rayo, herida que frecuentemente contemplaba en el agua. Había rechazado su título de jefe de caza, y su instinto parecía haberle abandonado.

Sentía como si su cuerpo, antes fuerte e inteligente, fuera ahora un simple fardo que tuviera que arrastrar penosamente.

Su madre le repetía incesante la suerte de aún permanecer con vida, algo que en sí mismo era extraordinario dada la gravedad de la herida. Pero el joven negaba lentamente con su cabeza, y la dejaba caer mirando al suelo. Un dolor de cabeza frecuente, y una herida aún más grave que la de su cuerpo, hacían que su vida se le antojara insoportable.

Un día Agua Clara le mandó llamar. Era un atardecer de Otoño, y el Sol mostraba un color fuertemente anaranjado. Cuando entró en la tienda vió a la anciana sumergida en la contemplación de una vasija de agua. Lobo se sentó respetuoso y aguardó en silencio la atención de la hechicera. Finalmente ésta levantó sus ojos y miró profundamente al joven cazador.

- Te he mandado llamar porque la Diosa me ha dado un mensaje sobre tí - habló gravemente.

El joven se movió inquieto. No tenía interés por saber nada de sí mismo, así de simple era su actitud. Fue a negar cortésmente la vasija del Fuego Verde que le ofrecía la anciana, pero finalmente, ante el rostro severo de ella, aceptó beberlo.

De inmediato algo saltó de su pecho, haciendole recordar súbitamente el sueño del lobo y la anciana que había tenido cuando agonizaba.

- Dame tu visión Lobo de Luna - susurró lentamente la hechicera.

El joven, sumergido en el recuerdo de aquel sueño, comenzó a relatarlo desde el principio. La anciana asentía frecuentemente, como si supiera el significado oculto de aquel sueño. Cuando terminó de contarle Agua Clara miró durante largo rato el fuego de su tienda.

- Se te ha concedido una misión Lobo de Luna - habló por fin la anciana.

Extrajo un objeto que llevaba en su bolsa de medicina. Era un colgante con una piedra verde muy pulida.

- La hallé en el río, por consejo de la Diosa - habló entregándole la piedra solemnemente.

Lobo agarró la piedra con su diestra y la apretó fuertemente. De inmediato notó que aquella piedra era un objeto de poder, y asintió con la cabeza agradecido por el obsequio.

- ¿Qué se supone que he de hacer sabia anciana? - murmuró.

Agua Clara meneó la cabeza sin responder, mirándole fijamente. Finalmente suspiró y habló.

- Tú sabes ya lo que deseas.- respondió enigmática entregandole otra vasija de Fuego Verde.

El joven contempló aquel líquido verdoso que le ofrecía la anciana. Suspiró y lo ingirió de un largo trago. El fuego de aquel líquido llenó su pecho, y de pronto una extraña furia le hizo erguirse de un brinco.

- Quiero poseer el poder de aquel extranjero - gritó levantado su mano que apretaba fuertemente la piedra -. Quiero ser dueño de su arma, encontrarle y matarle.

Agua Clara sonrió para sí. Luego dió unas fuertes palmadas de aprobación. Por fin el bravo cazador daba rienda suelta a su enojo y deseo de venganza, por fin su furor surgía de su alma encerrada por la pena. Dejó que el joven se calmara contemplando el fuego, y cuando

de nuevo se sentó junto a ella comenzó a hablar con lentitud.

- Seguirás el camino del río - le comunicó la hechicera -. Andarás entre pueblos desconocidos hasta que seas dueño y señor de aquel poder que tanto dolor ha causado a nuestro pueblo.

Lobo de Luna asintió gravemente. Se colgó la piedra a su cuello y puso la mano en el fuego.

- Juro por mi fuego cumplir con mi destino - susurró lentamente.

Algo, como una presencia viva, pareció surgir de las llamas. Parecía querer tragarle, introducirle en su interior. El temor apareció en el joven y soltó un grito retrocediendo de espanto.

La anciana quedó fija mirando al joven, y nada comentó de aquello. Sabía que el lobo le había dado su espíritu, y que el destino de aquel joven sería recordado durante mucho tiempo en su poblado.

La canoa se deslizaba suavemente siguiendo la corriente del río. Hacía ya tres días que Lobo de Luna se había despedido de su madre, de la hechicera y del resto del poblado, y se había encaminado rumbo a un destino aún desconocido.

No había desembarcado en esos días, su impaciencia y una cierta cautela le había impedido detenerse. Aunque había divisado diferentes poblados en la ribera había eludido todo tipo de contacto, remando fuertemente cada vez que atravesaba alguno a fin de perderlo de vista lo antes posible. Bebía del agua del río y comía de las provisiones que había cargado, sobre todo semillas y frutas.

Apretando fuertemente la verde y pulida piedra que colgaba de su pecho Lobo meditaba sobre su plan. Su objetivo era llegar al final del río, fuera éste el que fuera. Existía una tradición en su tribu que afirmaba que el río terminaba en un gran lago, tan enorme como la más grande de las montañas. La curiosidad le invitaba a comprobar por sí mismo dicha historia.

Estaba absorto pensando en cómo debía ser dicho lago cuando notó una sensación de amenaza. Al instante miró hacia la fuente de procedencia para sentir que debía encogerse inmediatamente. Así lo hizo, y al hacerlo algo como el zumbido de una mosca sonó por encima suyo.

Se irguió de nuevo y trató de detectar la causa de aquel insólito sonido. Algo como un palo volador parecía acercarse hacia él a terrible velocidad. Se quedó paralizado por aquella imagen para ver estupefacto cómo aquel palo se clavaba con un fuerte sonido en la canoa. Agudizó los ojos y pudo ver en la orilla a una decena de hombres que gritaban fuertemente haciendo gestos hacia él.

Lobo quedó fascinado, olvidando el peligro de aquellos palos voladores que llevaban plumas de ave en un extremo. Zumbaban a su alrededor volando raudos, y partían de una especie de media-lunas que utilizaban aquellos hombres.

Se inclinó inconscientemente a la derecha, y uno de esos palos rozó su mejilla. Al instante salió de su estupor, comenzando a remar con fuerza. Al cabo de breve tiempo

aquellos palos se hundían inofensivamente en el río, mostrándose inútiles en su deseo de alcanzar la canoa.

Lobo de Luna se levantó entonces de la canoa tomando su lanza, y comenzó a gritar con fuerza en dirección hacia aquellos hombres. Había previsto una posible hostilidad por parte de otros poblados, pero aquel ataque le parecía completamente sin sentido. Solemne dió media vuelta y quedó un rato mirando de pie el curso del río, como muestra de desafío y desprecio a sus atacantes.

Decidió sentarse pasado un rato, y extraer aquel palo de su canoa. Era como una pequeña lanza en cuyo extremo se hallaban atadas vistosas plumas. Aquella arma fascinó al cazador. Poseía la capacidad mortífera de su lanza, así lo demostraba su punta afilada, así como una velocidad y alcance que empequeñecía la potencia de su brazo. Lobo dejó aquel extraño palo delante suyo y comenzó a pensar en el significado del instrumento del cual había surgido aquella pequeña lanza. Era semejante a la forma que tenía la Luna cuando crecía. Con aquella arma aquellos hombres tenían el poder de lanzar más rápido y lejos sus pequeñas lanzas.

Era evidente, concluyó sus reflexiones, que existían aún otros pueblos con un poder superior al suyo. Ya no sólo era aquel extranjero al que tanto odiaba, y por cuyo motivo se había embarcado en esta aventura. Habían otros pueblos más poderosos que el suyo. Se sumergió en su deseo de venganza, y recordó a aquella joven cuya sonrisa era un rayo de Luna. El odio creció en su pecho, y se juró a sí mismo que la venganza debía ser suya, no importaba el tiempo necesario para ello.

El Sol retornaba a su lugar de descanso con bellos colores anaranjados. Lobo olvidó sus reflexiones para quedar absorto contemplando aquella luz en el horizonte. Por un momento sintió que fuera a sumergirse en el Sol, meneó la cabeza y cerró los ojos fatigados por la luz.

Al instante una visión asaltó su alma. Una bella mujer, del color de la Luna, le apuntaba desde lo alto de las estrellas con una de aquellas armas de lanzas arrojadas. Abrió los ojos sorprendido, sintiendo que de alguna manera había captado la esencia de aquella arma, que sabía cómo debía hacerse. Había percibido claramente el funcionamiento de aquel instrumento en su visión: era un objeto de madera curvado por la tensión que producía una cuerda al empujarla hacia el pecho. Era evidente que al soltarla provocaría el mismo efecto que un pequeño árbol curvado hacia abajo.

Por un momento estuvo tentado de abordar la orilla y tratar de poner en práctica su idea. Pero el deseo de seguir y su desconfianza hacia la oscuridad creciente le hizo desistir de probarlo. Ya habría tiempo a su vuelta para entretenerse en aquella cuestión. Volvió a reclinarse, cerró los ojos y dejó que el sueño le invadiera. Mañana, presintió, iba a ser un día pleno de acontecimientos.

Pero para desespero del joven nada ocurrió al siguiente día, ni al otro, ni al otro. Lobo comenzaba a desesperar de continuar avanzando. Cansado de comer lo mismo, de manera frugal y monótona, deseaba saltar de la canoa y sumergirse en el bosque. Deseaba gritar, correr, ventear una presa, seguirla y atraparla. Y comer la carne fresca y jugosa al calor de la hoguera.

Su cuerpo, nervioso y ágil, pareció dar un brinco ante la simple perspectiva de hacer

aquello que más le gustaba: la caza. Comenzó a imaginar las posibles presas que podría encontrar, la táctica más adecuada, y el goce de correr tras ella hasta por fin alcanzarla con un certero golpe de lanza.

Inquieto decidió entretener el tiempo tratando de atrapar a algún pez que pasara cerca de su canoa. Se colocó en cuclillas y comenzó a contemplar las aguas que corrían rumbo a su destino. Forzó su mirada para traspasar la corriente, pero pronto desistió de ello. Era imposible ver lo que escondían aquellas aguas que pasaban de la placidez al vértigo en breves instantes. Suspiraba fastidiado reflexionando de su mala suerte cuando un sonido atrajo su atención.

Levantó la mirada y quedó atónito ante la visión de un gran pájaro blanco que se dirigía rumbo al Sol Poniente. Nunca antes había visto un pájaro como aquel, emitía un fuerte graznido y volaba a una altura muy baja para su tamaño.

Al cabo de poco la visión de aquella ave se hizo aún más frecuente. A medida que avanzaba el cielo se teñía del sonido de aquellos pájaros de modo cada vez más fuerte. El río parecía detenerse, obligando al joven a remar para continuar su avance.

El aire olía de manera extraña, como si se hallara impregnado de algún tipo de sustancia que no podía reconocer. El agua del río también parecía distinta. Lobo de Luna cogió un poco de agua para refrescarse y de pronto una sensación abrasadora en la boca le obligó a escupir fuertemente y con repugnancia.

-¡Está envenada! - dijo en voz alta.

Siguió remando mientras negras reflexiones sobre la provisión de agua comenzaban a invadir su ánimo. Atravesó una arboleda, en la que el río se curvaba y no dejaba ver el horizonte, y al enfilar de nuevo la canoa hacia su rumbo quedó paralizado de asombro.

Allá, delante de él, el Sol se hundía en una enorme pradera azulverdosa con brillos amarillos y naranjas. No, no era una pradera. Era el final del río que llevaba a aquel lago que contaban los ancianos. Pero aquel lago, y ahí estaba el motivo de su asombro, simplemente...no tenía fin.

Lobo de Luna había encontrado la Mar.

2.

LA ODISEA

Acariciado por blancas olas que plácidamente llegaban a la orilla, Lobo de Luna andó durante largo rato contemplando aquella infinita extensión de agua. Había dejado la canoa escondida entre unos árboles, y paseaba por la arena escuchando el sonido del mar. Jamás había podido imaginar que existiera algo tan enorme y con un sonido tan bello. Por más que lanzaba su aguda mirada hacia el horizonte no conseguía descubrir más que la misma extensión de agua, agua azul que dominaba todo aquello que abarcaban sus ojos.

A lo lejos apareció ante él un poblado. Respingó sorprendido. No era un poblado normal y corriente aquello que veía desde lejos. Al contrario, era un enorme conjunto de casas como jamás había visto. A medida que se acercaba pudo apreciar que en la orilla reposaban unas gigantescas canoas. Aquí todo es a lo grande, se dijo a sí mismo.

Quedó parado durante un tiempo, acuclillado en posición de caza, dejando que los olores fueran llegando hasta él. El olor humano era fuerte, lo que implicaba que en aquel poblado habitaba una tribu mucho más grande de cualquiera que hubiera oído hablar. Estuvo un tiempo escuchando hasta que por fin decidió avanzar hasta las cercanías del poblado.

Comenzó a aproximarse cautelosamente, esperando despistar a los vigilantes. Un hombre apareció de pronto llevando un saco. Lobo se tensó esperando el grito de aviso de su llegada. Pero el hombre siguió su camino como si en nada le importara que aquel extraño entrara en los dominios de su tribu.

El cazador quedó extrañado ante aquello. No ha debido verme, reflexionó. Siguió avanzando con mayor cautela. Delante suyo aparecieron cuatro hombres hablando entre ellos. Sujetó fuertemente su lanza esperando quieto la segura reacción de aviso. Pero los hombres siguieron su camino sin apenas prestarle una mirada.

Lobo quedó confuso ante aquella extraña forma de proceder. Siguió avanzado, hasta encontrarse de pronto envuelto entre decenas de personas. Se encogió asustado ante tantos hombres, iba a resultarle difícil defenderse. Pero salvo alguna mirada de curiosidad nadie pareció alarmarse por su presencia. Era como si no les importara que pisaran el suelo de su tribu sin la previa autorización del jefe. Siguió paseando hasta comprobar que, en efecto, nadie parecía sentirse afectado por su entrada.

- ¡Qué pueblo tan fácilmente invadible!.- murmuró para sí.

No parecían tener miedo alguno a ser atacados. Siguió caminando hasta que de pronto una fuerte voz a sus espaldas le hizo girar con rapidez, encarándose al origen de aquella voz. Mientras miraba a los dos hombres, que le contemplaban a su vez, se preguntó cómo era posible que no hubiera sentido una amenaza a su espalda. ¿Podría haber perdido su poder entre tanta gente?

Los dos hombres lucían unas armas similares a las del gigante extranjero. Lobo se tensó involuntariamente ante su simple visión. Las miró con más detenimiento, y pudo apreciar que eran de distinta forma y color, pero también brillantes y afiladas.

Uno de los hombres volvió a hablarle, pero no consiguió comprender lo que decía. Hablaba un lenguaje extraño a las tribus del río. Su acompañante le miraba con sorna, como si la apariencia del joven le hiciera gracia. Llevaba una fea cicatriz que le marcaba todo un lado de la cara. Comentó algo con su compañero y el otro rió burlonamente. Le miraron luego en silencio, como calibrando la fuerza del joven cazador.

- Vienes de las montañas - habló por fin el hombre de la cicatriz de modo comprensible.

El joven asintió receloso. Retrocedió su pie derecha para colocarse en una mejor posición defensiva. Su mirada se concentraba en aquellas armas a las que tanto temía. Se dijo que un solo movimiento que hicieran debía ser respondido al instante. No podía permitirse volver a parar un golpe de aquellas armas.

- Estamos buscando hombres para un barco - siguió sonriente el hombre de la cicatriz -. Buscamos hombres fuertes como tú, gente de las montañas.

Lobo se relajó y adoptó una posición neutra.

- ¿Qué es un barco?- murmuró.

- Una canoa grande, como las que hay en la orilla - le respondió irónico mientras su compañero seguía mirando al joven con la burla pintada en su rostro.

Lobo de Luna calló bajando la cabeza. No sabía qué debía hacer, y la única pista de su misión, las extrañas armas, estaban delante de él. Levantó su mano y las señaló.

- ¿Cómo puedo conseguir una de éstas? - dijo en voz baja. No quería mostrar debilidad ante esos hombres. Sentía algo amenazante en ellos.

Su interlocutor se ríe y le comentó algo a su compañero. Este también comenzó a reír meneando la cabeza.

- Ven con nosotros y obtendrás una - le respondió finalmente el hombre de la cicatriz.

Lobo sintió con claridad la amenaza de aquella proposición, era algo oscuro que le indicaba cautela. Pero su deseo de empuñar aquella arma era más fuerte que su instinto cazador. Se encogió de hombros y dió un paso adelante.

- Bien - respondió escuetamente.

Los dos hombres giraron y comenzaron a andar en dirección al mar. El joven les seguía a una prudencial distancia. Finalmente se acercaron a la playa, allí habían varias canoas gigantes. Se acercaron a una y le señalaron una escalerilla que subía hasta arriba.

- Sube - le dijo el hombre de la cicatriz sin mirarle -. Ellos te indicarán.

El joven de nuevo sintió la amenaza. Era la misma sensación de peligro que producía cuando un animal te contemplaba emboscado. Sintió que su cuerpo quería irse de allí corriendo, pero aguantó el impulso y callado subió por la escalerilla

En el barco había un grupo de hombres en una esquina, todos ellos armados. La sensación de peligro aumentó aún más. Quedó quieto cuando uno de ellos, de baja estatura y corpulento, le indicó hacia su derecha. Allí había otro grupo de hombres que miraban expectantes la situación. El joven se dirigió hacia ellos y movió la cabeza en señal de saludo, sentándose luego en un rincón. Su instinto seguía diciendole que se largara de allí al instante.

Pasaron horas antes de que se acercara un hombre, vestido completamente de negro, en compañía de varios hombres armados. Entre ellos estaban los dos hombres con los que Lobo de Luna había hablado.

- Llevan espadas - escuchó el susurro de uno de los miembros de su grupo.

Sonrió para sí satisfecho. Al fin sabía el nombre de aquellas armas.

El hombre de negro comenzó a gritar en un idioma desconocido para él. Notó que la tensión iba creciendo a medida que hablaba. De pronto uno de los miembros del grupo salió de éste corriendo hacia la escalerilla.

Uno de los hombres armados desenvainó su arma, dándole un fuerte golpe en la cabeza. Sonó un crujido seco, y el fugitivo cayó al suelo con la cabeza abierta por la mitad. Lobo se levantó de un brinco con su lanza en posición de defensa.

-¡Quieto! - le gritó el hombre de la cicatriz.

Las espadas brillaban en la cubierta. Lobo contempló fijamente a aquellos hombres y comprendió que era inútil toda defensa.

- Tira tu lanza al mar - le ordenó de nuevo el hombre.

El joven sintió el deseo de tirársela al corazón, pero sabía que aquello equivalía a su propia muerte. Mantuvo la misma posición durante un largo instante, hasta que finalmente se relajó.

- He dicho que la tires - volvió a gritar el de la fea cicatriz.

- Ven tú a buscarla - respondió el joven.

El hombre dió un paso hacia él y al instante tres hombres se unieron al del la cicatriz. El joven sonrió y tiró la lanza. El de la cicatriz le miró fijamente durante un largo rato, finalmente sonrió también.

- Así me gusta - dijo sonriendo cada vez más.

El hombre de negro volvió a gritar. Lentamente los hombres se distribuyeron en el barco acompañados por los secuaces de éste. Habían unos largos palos que asomaban en los laterales de la cubierta.

- Comienza a remar...Salvaje - le dijo el de la cicatriz.

Lobo de Luna miró a los ojos de aquel hombre. Carecían de bondad, ahora sabía el motivo por el cual su instinto le había advertido. Aquel hombre simplemente era una mala bestia.

El joven cogió el largo remo y se fijó en el comportamiento de sus compañeros. El sistema de remar era distinto al de la canoa, pero era sencillo de imitar. Comenzó a remar notando el esfuerzo que exigía aquella acción. Iba a levantarse del asiento cuando un grito a sus espaldas le sobresaltó. Giró su cabeza y vió a uno de sus compañeros con una gran herida en su pecho.

- No estaba remando - dijo el hombre de la cicatriz mientras limpiaba la sangre en la ropa del herido.

Lobo tensó sus músculos. Dos hombres armados se acercaron y levantaron al herido tirándolo al mar. El hombre soltó un fuerte grito mientras desaparecía de la vista.

- Venga salvaje, rema - volvió a ordenarle el de la cicatriz.

Lobo obedeció en silencio. Comenzó a pensar en la absurda situación en que se hallaba y el destino que le esperaba. El de la cicatriz soltó una risita, parecía disfrutar de aquella escena de hombres remando.

- Sí salvaje, vas rumbo al infierno.- oyó Lobo de Luna de un hombre que era ahora su mortal enemigo.

Lasco, el de la fea cicatriz.

Los días pasaban lenta y exasperantemente. La comida escasa, el fuerte sol y el tremendo esfuerzo provocaban que el joven sintiera que su final estaba próximo. Cuando vió

cómo uno de sus compañeros caía tendido en los remos; era golpeado por los hombres armados a fin de reanimarle; y finalmente era arrojado por la borda... temió lo peor. Iban a acabar todos del mismo modo si seguían con aquella marcha implacable.

Por las noches, cansado y exhausto, apenas hablaba. Sin embargo intimó con uno de sus compañeros. Se llamaba Karl y hablaba su lengua debido a que su madre era procedente de las tierras del río. La lengua propia de Lobo era un dialecto tribal, pero en las montañas todas las tribus hablaban un lenguaje común que permitía los intercambios.

Fue Karl el que desveló el secreto a Lobo de aquellas armas.

- Estas hechas con la magia del fuego -le susurró una noche -. Surgen de las entrañas de la tierra, y su poder es terrible. Dicen que son hechas por un dragón.

Lobo meneó la cabeza.

- ¿Dragón?. ¿Qué es eso? - respondió mostrando su ignorancia.

Su compañero abrió los ojos expresando así su sorpresa, y acercó más su boca al oído de Lobo.

- El dragón es un ser muy poderoso que habita dentro de la tierra y en los cielos - le murmuró con aire confidencial.

Luna permaneció callado, esperando que su amigo siguiera hablando. Esto animó a Karl a seguir mostrándole sus conocimientos del mundo.

- De hecho - prosiguió mirando a todas partes - dicen que no todas las armas están hechas por el dragón. Por ejemplo, las espadas de estos hombres no son tan poderosas como otras que existen.

- ¿Otras? - Lobo se tensó recondando la espada del gigante extranjero.

- Sí - continuó Karl -. Hay otras que están hechas con otro tipo de metal. Un metal mágico que vece todo lo que encuentra a su paso.

Para entonces Lobo ya sabía qué era el metal. Aquel material duro y resistente, que brillaba a la luz, surgía de las piedras que él conocía de las montañas. Por lo visto las extraían de aquellas piedras a través de un misterioso procedimiento.

- ¿Cómo puedo conseguir un arma de esas? - preguntó el cazador.

Karl se encogió de hombros.

- Las consiguen de un pueblo que vive lejos de aquí - le respondió -. Es posible que sea allí donde nos dirigimos.

Luna apretó fuertemente la piedra verde de su pecho, sonriendo para sí. De alguna manera su destino seguía protegiéndole. El poder de aquella arma sería suyo. El deseo de venganza le reconfortó mientras se sumergía en el sueño. No había nada más importante que obtener una de esas armas y acabar con el causante de todos sus males.

Entre sueños creyó luchar contra el gigante extranjero. Se removió inquieto cuando de pronto le despertó un fuerte golpe en su costado. Sin pensarlo se levantó medio dormido y lanzó todo su cuerpo hacia la fuente del golpe. Alguien gritó, empujado por su peso, y gimió al recibir el impacto contra el suelo.

Lobo meneó fuertemente la cabeza para espabilarse y miró con fijeza al hombre que tenía debajo. Era el hombre de la cicatriz.

-¡Maldito salvaje! - rugió Lasco.

Un fuerte golpe en la cabeza hizo girar a Lobo y caer al lado de su atacante.

- ¡No, no lo mates! - oyó a sus espaldas -. Es mejor que siga vivo. No durará todo el viaje. Deseará la muerte cien veces antes que se la dé. Me lo rogará él mismo.

Sintió que alguien le levantaba. Era Karl que le alzaba del suelo y le llevaba a su puesto de remar. Lobo cogió el remo y comenzó a remar, aún aturdido por el golpe, sin desviar la mirada del suelo, con la cabeza baja. Sabía que mirar a aquel hombre en esos momentos sería provocar una lucha que no podía permitirse. El odio seguía extendiéndose, lenta e implacablemente, en su joven y noble pecho. Ahora tenía que matar a un hombre más en su vida.

Aquella noche soñó con las montañas. Se veía de nuevo corriendo tras la presa, sintiendo cómo el aire mecía sus cabellos y silbaba en sus oídos. Corría y corría hasta sentir que se levantaba del suelo, que era tan ligero que se desplazaba por el aire, con sus pies apenas rozando el suelo. Las ramas de los árboles acariciaban su cuerpo, y el aroma salvaje de la montaña inundaba sus sentidos.

El grito del águila le hizo levantar su cabeza, parpadeando ante el poderoso Sol. Allá, volando majestuosa por encima de todos, el águila se dejaba llevar por las libres corrientes del aire. Sí, allá arriba, en la más elevada de sus cumbres, residía la familia del águila. Un dolor sordo laceró su corazón, y sintió una ola que surgía de su corazón. Levantó su cabeza y un fuerte grito surgió vibrante de su pecho. Un grito hecho de ira y desesperación, de esperanza y anhelo de libertad.

Lobo de Luna aullaba en sus sueños.

De nuevo la condena de remar, minuto a minuto, hora tras hora. Sus manos se endurecían por el esfuerzo, y una fría determinación crecía en él. Era una decisión tan fija como el punto en el espacio al que miraba mientras remaba sin cesar. Estaba sólo en su intención, aislado en su plan desde aquella última noche en que toda esperanza en sus compañeros había desaparecido.

Al principio del viaje sus compañeros murmuraban por las noches acerca de rebelarse en algún momento de distracción de la severa vigilancia que tenían. Lobo creía posible atacar por sorpresa, con el sigilo propio del cazador, y reducir a los cuatro vigilantes nocturnos. Pasaban horas alentándose mutuamente para hacerlo hasta que el cansancio les rendía.

Los vigilantes siempre les exigían silencio. Cualquier voz escuchada era motivo de un fuerte golpe con un sólido garrote de madera. Aquella costumbre comenzó a reducir a los hombres al aislamiento.

A todos menos a Lobo que sufría una y otra vez el castigo por hablar de noche. Insistía en convencer a los demás de la posibilidad de rebelarse, pero el cansancio y el temor fueron provocando que nadie quisiera escucharle. Incluso su amigo Karl, con el que tanto había hablado las primeras noches, se había retirado a otra parte del grupo cansado de recibir los golpes y amenazas que gustosamente aplicaban sus vigilantes.

De este modo el deseo de rebelión del grupo fue menguando lentamente, hasta quedar simplemente en un mero deseo, débil y derrotista, en el que se esperaba que un golpe del

destino alterara por él mismo las circunstancias en las que vivían. Aquel conformismo chocaba con la actitud del cazador, que insistía en mantener una actitud de desafío constante. Poco a poco sus compañeros comenzaron a ponerse en su contra. Lobo era ahora como un recuerdo vivo e incómodo de la posibilidad de la libertad.

- ¿Por qué no aceptas nuestro destino? - le contestó airado Karl ante la pregunta de Lobo acerca del rumbo que llevaban.

El joven le miró sorprendido. No había insistido en convencer a Karl sobre rebelarse, o incluso fugarse. La actitud enemistosa del que fuera su amigo provocó una punzada en el pecho del noble cazador. Sentía que aquel hombre traicionaba la amistad que se había establecido en tan duras condiciones.

- ¿Por qué habría de aceptarlo? - replicó Lobo enojado.

Su compañero le miró largamente, como si sintiera lástima por él. Menó la cabeza con disgusto e hizo un gesto despectivo.

- No sabes aceptar el destino que nos dan los dioses - le recriminó mientras daba media vuelta y se dirigía al resto de sus compañeros.

Lobo quedó quieto en la cubierta. Miró al grupo de remeros y luego miró al grupo de hombres armados. Lasco le miraba con una extraña mirada, como si intuyera que algo había cambiado en la situación del cazador. Aquel joven de las montañas estaba sólo, no se hallaba ni en un bando ni en el otro. Estaba en un terreno límite, fronterizo, donde sólo existía el individuo como grito de libertad.

El cazador apretó los puños y miró al suelo. Notaba la sensación de amenaza no ya sólo del grupo armado, sino también de los que habían sido sus compañeros. Por distintas razones era un estorbo, un recuerdo indeseable que debía ser eliminado. Supo entonces que la única escapatoria posible iba a ser solitaria, que debía encontrar la salida por él mismo y sin ayuda de nadie.

Aquella noche los ojos de Lobo de Luna parecían brillar en la oscuridad. Sentado, con las piernas replegadas y agarradas por sus brazos, miraba fijamente al grupo de vigilantes. Se hallaba a un metro del grupo de sus compañeros, pero esa distancia parecía enorme, hecha de otro material que el propiamente espacial del barco. Era como si habitara en otro lugar, como un animal salvaje apresado que mira con fiereza tras los barrotes de la jaula.

- Ese hombre es un peligro - comentó el hombre de negro, capitán del barco, al de la fea cicatriz.

Lasco sonrió perversamente. Sentía a la vez admiración y odio por la actitud del cazador. Admiración por el valor de su postura, odio por sentir que aquel salvaje de las montañas de algún modo negaba la validez de su propia realidad. Para Lasco el mundo se dividía en presa y depredador, entre débiles y fuertes. El había decidido colocarse en el bando de los poderosos, y extraer de la existencia todo cuanto pudiera a través del dominio del débil. Aquel cazador de las montañas era un negador de su mundo. Fuerte y hábil como era, innatamente hecho para ser depredador, prefería actuar como víctima, como un hombre sin valor ni la suficiente entereza para comprender que todo aquello que quieres sólo puedes conseguirlo a través de la fuerza y el engaño.

- No se preocupe capitán - respondió Lasco -. Sus propios compañeros se encargarán

de él. Ningún esclavo soporta que alguien le recuerde su libertad sin cesar.

El hombre de negro afirmó sonriente. También él conocía de qué estaba hecho el hombre, y cómo reaccionaba ante la tiranía. Eran ya muchos viajes atrapando hombres y esclavizándolos hasta reventarlos para no saber el modo de tratarles. Aquel joven le resultaba especialmente enojoso por su tozudez en mantener una actitud desafiante.

- Sigue sin rendirse - susurró malignamente -. Deberíamos haberle matado al comienzo del viaje.

Lasco negó con la cabeza.

- Es fuerte capitán - respondió convincente -. Este hombre mantiene el suficiente brío como para contagiar a los demás. Cuando se rompa serán ellos mismos los que se encarguen de él, como medio de eliminar un recuerdo que aún mantienen.

El capitán le miró fijamente. Aquel hombre, pensó, sabía de lo que hablaba.

- Después...-continuó Lasco -una vez lo hayan matado, aceptaran completamente su destino como algo natural. Siempre es necesario un sacrificio sangriento, una muerte, para que los hombres se queden tranquilos.

Lobo de Luna seguía mirándoles fijamente. Sabía que hablaban de él, y podía imaginar con facilidad que el tema era su propia muerte. Apretó fuertemente la piedra verde y suspiró. ¿Cómo era posible que estuviera metido en una situación tan difícil?. Su búsqueda había sido marcada por el Espíritu, y nada de lo que ahora veía parecía relacionado con éste. ¿Acaso la Diosa era tan cruel que le había mandado a un destino fatal? ¿Era una broma, una burla a sus sentimientos? Por un momento la fe en su misión se quebró, y sintió que se hundía en un oscuro agujero. El calor de su cuerpo parecía haberse desvanecido, y sus miembros se le antojaban débiles y quebradizos.

Aquel joven cazador comenzó a temer por su suerte. Mientras, el viento hacía gemir las olas contra el barco, balanceándolo de un lado a otro. Sólo era un frágil cascarón de madera que flotaba en la mar, profunda y terrible en su poderío.

Un fuerte chillerío despertó al joven. Se irguió con rapidez, con la sombra del temor en su corazón, para contemplar a unos hombres que se hallaban presa de la histeria. La escena era dantesca: eran golpeados brutalmente a fin de que cogieran los remos, pero se negaban a ello gritando encogidos por los golpes. Se mostraban indefensos, sin moverse, como prefiriendo ser lastimados una y otra vez antes que comenzar la tarea.

Lobo de Luna tuvo por un momento un destello de esperanza, era como si una luz brillara en la oscuridad abriendo ante él un nuevo camino hasta ahora inexistente. ¿Era acaso la tan esperada rebelión?. Miró a su derecha y contempló al resto de los hombres: se hallaban desperdigados por la nave, pero lejos de mostrar resistencia, adoptaban una actitud de completa pasividad.

No, no era un motín. ¿Qué ocurría entonces?.

- Os repito que sólo son cuentas de viejas - gritó uno de los vigilantes a aquellos hombres encogidos en el suelo.

El joven parpadeó. ¿A qué se referían?. Notó por el rabillo del ojo que Karl se acercaba a

él. Tensó sus músculos desconfiado.

- Estarás contento - susurró fríamente su ex-amigo -. De alguna manera tu presencia nos está condenando a todos.

Lobo se giró sorprendido y le miró de frente.

- ¿Por qué? - respondió con ira en la voz -. ¿Que he hecho yo ahora?.

Karl le miró con ojos gélidos en los que se presentía el deseo de muerte.

- Vamos a pasar por una isla donde habita el Dragón - le respondió mirando al mar.

Señaló un punto al horizonte con la mano.

- Es esa tierra de allí.

Luna aguzó su vista. Efectivamente, aparecía en esa dirección una mancha oscura, justo donde el Sol se ponía.

- Dicen que nadie sobrevive si se la contempla - murmuró con temor Karl.

El joven giró la cabeza y le miró interrogativo. Su compañero meneó la cabeza como si el cazador fuera un estúpido.

- ¿No lo entiendes? - alzó la voz -. Es donde vive el Dragón. Es la Isla del Trueno.

- La Isla del Trueno - repitió absorto el cazador.

- Cualquier hombre que se acerque a sus dominios es devorado por la cólera terrible del Dragón - continuó Karl con voz temblorosa -. Dicen que el cielo se torna negro como la noche, y que el mar se enfurece de tal manera que devora todo aquello que pasa por las cercanías de esa isla.

Lobo de Luna miró el cielo claro y azul. No había el menor rastro de una nube en aquel amanecer que hacía brillar las aguas con reflejos dorados. No creía en Karl, y por tanto tampoco en su historia. Sería mucha casualidad, pensó para sí, que este barco me llevara precisamente a encontrarme con mi objetivo.

- Escuchad todos - sonó de pronto una voz fuerte y colérica -.

Era Lasco, el hombre de la fea cicatriz, con la espada desenvainada y una expresión de muerte en sus ojos. Todos miraron hacia su dirección. Pasó un largo instante en que todo quedó en silencio. Los hombres que habían sido golpeados, y que seguían encogidos en el suelo como forma de resistencia, comenzaron a levantarse al apuntar Lasco con la espada en su dirección. Este sonrió satisfecho al ver el temor reflejado en el rostro de los hombres.

El capitán, siempre vestido de negro, se hallaba a su lado. Comenzó a hablar en voz baja a Lasco.

- Os hablo en nombre del capitán - rompió el silencio sepulcral del barco -. Quiere contaros el motivo de este viaje, y daros la promesa de vuestra libertad.

Al instante comenzaron a sonar murmullos entre los remeros, que se agruparon instintivamente. Sólo Lobo de Luna seguía quieto en su sitio, con los brazos cruzados y mirando al suelo.

Lasco recorrió con su mirada las caras de los remeros. Cuando llegó al joven cazador sus ojos emitieron un destello de furia. Aquel hombre no era fácil de dominar, era algo evidente.

- Vamos en busca de objetos muy valiosos - continuó repitiendo lo que le susurraba el capitán -. Son armas como las nuestras, pero mucho más poderosas.

- Las armas del Dragón - sonó el susurro de Karl en los finos oídos de Lobo -.

El joven sintió que aquella esperanza se hacía aún más viva y real.

- Existen muchas leyendas en torno al hecho de conseguirlas - continuó Lasco con un deje de desprecio y burla en su voz -. Dicen que muy pocos hombres son capaces de conseguirlas, y que poseen un poder mágico por sí mismas que las hace invencibles.

Los remeros comenzaron a asentir murmurando.

- Yo os digo que todo son fantasías - alzó aún más la voz Lasco -. Y en nombre del capitán os prometo que una vez hayamos conseguido esas armas, y las vendamos, no sólo os daremos la libertad sino además una recompensa por vuestros esfuerzos.

Lobo alzó la cabeza. El tono de aquella voz sonaba tan falso como la primera vez que habló con él. Era evidente que lo que pretendían aquellos hombres era no repartir nada con ellos. Se dijo que estaban condenados a muerte, y una mirada de fastidio y disgusto salió de él en dirección a los remeros.

- Nadie puede enfrentarse contra el Dragón - sonó una voz en el grupo de éstos.

Al instante sonaron murmullos de asentimiento. Lasco escudriñó el grupo con la mirada tratando de encontrar al causante de aquella afirmación. Masculló algo para sí mismo y alzó las manos en señal de apaciguamiento.

- No os preocupeis - gritó de nuevo para ser escuchado entre el murmullo -. Tenemos algo que aplacará a ese Dragón. Conseguiremos sus tesoros, sus objetos mágicos y su poder.

El hombre de negro hizo una señal con la su mano, y al unísono todos los hombres que le acompañaban mostraron sus armas. Lasco también desenvainó de nuevo su arma, y comenzó a avanzar lentamente, junto con el resto, en dirección a los remeros.

A la escasa distancia de dos metros se detuvieron. Las armas brillaban al Sol, y parecían gritar con furia su deseo de sangre. El silencio volvió a apoderarse del grupo, un silencio teñido del olor del miedo.

Nadie dijo nada. Lentamente, uno a uno, los hombres se dirigieron hacia los remos. Sólo Lobo siguió fijo en su sitio.

Lasco se acercó a él con la espada en la mano. Parecía desear algún comentario del joven para clavarle el arma en las entrañas. Era el momento adecuado, pensó, para dar un escarmiento a aquel salvaje.

Lobo de Luna sonrió extrañamente, y asintió con la cabeza a medida que se acercaba Lasco.

- Estoy de acuerdo con vuestro plan - dijo en voz alta -. Contad conmigo.

Aquello congeló al hombre de la fea cicatriz. Quedó con el arma apuntando el vientre del cazador durante un largo instante. De pronto comenzó a sonreír y a asentir él también con la cabeza.

- Lo suponía salvaje - murmuró envainando la espada -. Lo suponía.

Lobo de Luna se dirigió a su puesto sin decir nada más. Tomó el remo y comenzó a moverlo con energía. Parecía entusiasmado con aquella proposición realizada. Algunos de sus compañeros le miraron con curiosidad y siguieron remando. Una expresión sonriente aparecía en el rostro del joven, mientras que su mirada quedaba clavada en aquel punto del

espacio en el que siempre fijaba su vista.

Aquel rebelde parecía de pronto haberse integrado en el grupo de poder, en aquellos cuya ley era la fuerza de las armas.

La jornada continuó lentamente. Cuando el Sol llegó a su cenit negros nubarrones aparecieron por el oeste. Parecían surgir misteriosamente de la propia isla hacia la cual se dirigían. Aquello espantó a los hombres, pero se mantuvo el ritmo mientras los vigilantes paseaban permanentemente entre ellos con expresión de amenaza.

Al inicio del atardecer los nervios comenzaron a surgir entre los propios vigilantes. Aquellos nubarrones se extendían ahora por todo el horizonte, y no se apreciaba con claridad si era el barco el que se dirigía hacia los nubarrones, o eran éstos los que avanzaban hacia la embarcación. La luz comenzó a ir menguando lenta pero inexorablemente, hasta parecer que la noche se apoderaba de ellos antes de tiempo.

Lobo olió el viento. Aquel viento estaba cargado del poder de la tormenta. Las olas comenzaban a encrespase, chocando cada vez más violentamente contra el casco de la nave. La mar aparecía oscura y terrible ante los ojos de los hombres. Miró atrás de él para apreciar que un grupo de vigilantes discutían acaloradamente con el capitán. Este gritaba con fuerza tratando de hacerse escuchar, pero parecía en vano. El ambiente del barco se iba cargando con un terrible presagio.

Finalmente llamó a Lasco y le comentó algo en voz baja. Este replicó afirmando con la cabeza. El hombre de negro volvió a decirle algo, esta vez con una furia en la que se delataba un cierto temor. Lasco asintió lentamente, se encogió de hombros y se encaminó hacia los remeros.

- Hombres - gritó con fuerza -. Dad la vuelta en vuestros puestos y seguid remando.

Aquella orden no se hizo esperar. Los remeros se levantaron rápidamente, y comenzaron a remar en sentido contrario. Parecía incluso que remarán con más fuerza, tal era su deseo de alejarse de la isla.

Lobo se levantó lentamente y miró fijamente al negro horizonte que parecía volar hacia ellos. Era como un gigantesco ser que se destinara a devorarlos, como si tuviera vida propia. Meneó la cabeza para quitarse aquella impresión y se sentó para remar también en sentido contrario.

Las olas parecían enfurecerse cada vez más. Los hombres remaban con más ahínco, mirando de vez en cuando hacia atrás para contemplar si seguía tras de ellos aquella enorme masa oscura. Era una persecución fantástica en la que los gritos del capitán eran ahogados por un viento cada vez más ominoso.

Pronto el hecho de remar pareció fútil. El barco se movía de un lado a otro, y la fuerza del viento empujaba al barco en dirección a la tormenta. El capitán chilló la orden de echar el ancla. Ya de nada servía tratar de moverse a fuerza de brazo humano, pues una fuerza aún más poderosa les empujaba en sentido contrario, rumbo a aquella fatídica isla.

El barco quedó fijado en aquel lugar, y los hombres comenzaron a gritar de espanto. Las olas parecían tragarse la nave, el viento aullaba un canto de muerte, mientras el negro horizonte se acercaba cada vez más entre atronadores rayos que iluminaban espectralmente la isla y su montaña.

- El Dragón ha salido de la montaña - oyó Lobo el grito de Karl mientras corría de un lado al otro de la nave.

Aquel barco aparecía ahora como una prisión para todos. El capitán gritaba ordenes que nadie parecía escuchar. Algunos hombres se habían tirado al suelo y rogaban al Cielo para que se aplacara su cólera. Otros daban vueltas por el barco mirando con temor cómo las olas se mostraban cada vez más soberbias en su ambición de llegar a la cubierta.

De pronto un terrible sonido se extendió por encima de sus cabezas. Todos miraron instintivamente al Cielo. Allá, allá en lo alto, algo hecho de látigos de fuego se movía dentro de la oscura masa de nubes.

- Es el Dragón - sonó el aullido de un hombre -. No tenemos salvación.

Lobo de Luna quedó hechizado ante aquella visión. Era como si un gran ser, rodeado de relámpagos, estuviera sobre él. La sensación que transmitía era una mezcla de terror y belleza que jamás había sentido antes. Aquella tormenta parecía distinta, como si estuviera cargada de algo misterioso que no pudiera definir.

El viento azotó de pronto su cuerpo empujándolo al suelo. El mar parecía haber cobrado vida, y el choque de las olas contra el casco eran semejantes a golpes de un ser terrible buscando la destrucción. Lobo quedó quieto en el suelo contemplando la escena que veía. Los hombres estaban sacando los remos y se agarraban a ellos, como si fueran un talismán que les protegiera de aquella situación. Cuando un remero fue abatido por uno de los vigilantes, para coger inmediatamente su remo, comprendió que aquel gran trozo de madera implicaba de alguna manera su salvación.

Se levantó de un brinco dirigiéndose hacia su remo. Se agachó para recogerlo, pero una voz congeló su acción.

- Ese remo es mío salvaje - sonó con aire letal la voz a sus espaldas.

Lobo se giró y vio a Lasco que le miraba sonriente con la espada apuntando a su pecho. Por la expresión de sus ojos supo que deseaba su muerte. Dió un paso atrás y dejó el remo a un lado, manteniendo la mirada a su enemigo.

- Cógelo y dámelo - susurró Lasco extendiendo su mano izquierda -. Vamos salvaje, obedece esta vez.

Lobo se agachó cauteloso agarrando fuertemente el remo con su mano izquierda. Era sólido y pesado, y exigía ambos brazos para poder levantarlo. Mirando sin cesar a Lasco el joven movió con mucha lentitud su mano izquierda. Sabía que en el momento en que tuviera las dos manos ocupadas el ataque sería inminente.

Agarrar el remo con las dos manos y lanzarlo en dirección al vientre de Lasco fue un sólo acto. El golpe apenas tocó al hombre de la fea cicatriz que, prevenido, ya había imaginado dicha acción retirándose a un lado. Lobo suspiró, se levantó con el remo y esperó la respuesta.

Lasco sonrió perversamente mientras trataba de mantenerse erguido ante el fuerte viento que le empujaba. Parecía disfrutar de aquello. Los gritos de los hombres eran aún más fuertes. Las olas ya invadían el barco, agarrando ávidas a sus presas y lanzadolas al mar como si fueran simples muñecos.

- Ahora sí es que tu final salvaje - gritó con fuerza Lasco alzando su espada.

Lobo miró el arma y quedó de pronto paralizado recordando el golpe del gigante extranjero. Su cuerpo parecía no poder reaccionar, y sintió en ese preciso instante que en verdad había llegado su final. La sangre se enfrió en su carne, y su fuerzas desaparecieron de sus piernas y brazos.

Vió, como en un sueño, a Lasco avanzado hacia él gritando enfurecido con la espada moviéndose hacia él. Y de súbito, un tremendo resplandor inundó el barco, sonó un crujido y algo como una fuertísima mano ardiente levantó del suelo a Lobo de Luna lanzándolo al mar con el remo aún agarrado en sus manos.

Mientras caía, con una fuerte sensación de fuego en su cuerpo, vió cómo el barco se partía literalmente en dos, y cómo el sonido del trueno apagaba todos los gritos de la nave. Al entrar en el agua el frío de ésta heló aún más su corazón. Nunca antes había estado dentro de las aguas. Se abrazó instintivamente al remo, con los ojos cerrados y todo su cuerpo tenso.

Sentía que se hundía, y que daba vueltas. Aquella sensación parecía eterna, hasta que de pronto al llegar un punto se detuvo y comenzó a ascender con una lentitud desesperante para él. Cuando por fin salió a la superficie Lobo alzó su cabeza y respiró a la vez que emitía un fuerte grito de terror. A su alrededor todo era oscuridad y un movimiento enorme que le hacía sentirse como una criatura dentro de un animal gigantesco.

El remo pareció hundirse de nuevo y Lobo volvió a gritar de espanto. Algo, como una intuición, le sugirió que relajara su cuerpo y sólo cogiera el remo con sus manos, dejando flotar al cuerpo en el agua. Aquella idea le atemorizó aún más, pero ante la sensación de hundirse de nuevo su cuerpo pareció tomar el control por sí sólo y colocarse en dicha posición.

El joven flotaba fantasmalmente en el agua, sólo su cabeza asomaba a la superficie. Respirando nerviosamente, tras cada sacudida de las olas que le cubrían, gritó desesperado una y otra vez pidiendo ayuda a la Diosa. Ella que era la protectora de su misión.

Agarrado a un trozo de madera, flotando en la oscura y salvaje mar, acompañado por el rayo y el trueno, Lobo de Luna se dirigía sin saberlo rumbo al lugar de su destino.

El Sol apareció en su lugar de nacimiento, alumbrando con sus dorados rayos las aguas azules de la mar serena que, con caricias de blanca espuma, despertó suavemente a Lobo de Luna. El joven abrió los ojos y contempló enfrente de él una gran montaña, negra y rojiza, que dominaba una pequeña isla en la que un bosque llegaba hasta el límite de un acantilado. En él las olas chocaban con fuerza.

Lobo apretó los dientes. Había sobrevivido, sin saber aún cómo, a una noche oscura y terrible donde su cuerpo se le antojaba una pequeña criatura a merced de un gigantesco ser. Notó que la corriente le encaminaba hacia aquel acantilado y temió entonces chocar contra las rocas de éste.

Las aguas seguían arrastrándole hacia las aristas rocas, que parecían reclamar su cuerpo para despedazarle sin compasión. Lobo miró fijamente la conformación de aquel lugar que, a medida que el Sol se alzaba a sus espaldas, mostraba una tierra dura y agreste,

inhóspita y de un extraño color rojizo. Mientras más se acercaba más notaba el peligro de aquellas rocas.

Cuando contempló cómo uno de los maderos del barco naufragado se estrellaba con gran fuerza en la pared rocosa y se rompía en pedazos temió lo peor. Aunque sobreviviera al impacto era seguro que alguno de sus huesos se quebraría, y aún más grave, perdería la protección del remo para seguir flotando.

- Curiosa forma de morir - se dijo en voz alta para ahuyentar el temor.

Sentía el cuerpo frío y entumecido, y cómo el miedo iba coagulándose lentamente en su pecho, hasta formar una gran bola que oprimía su respiración. La distancia se iba haciendo cada vez más y más corta, y el joven, obstinadamente agarrado al remo, miraba cada con mayor urgencia la posibilidad de agarrarse a alguna de esas aristas de piedra cuando llegara el momento del impacto.

Quedaban ya pocos metros y Lobo de Luna sentía cómo una fuerte tensión invadía todo su ser. Las rocas se iban haciendo cada vez más ominosas, cercanas. Pensó en colocarse de algún modo que permitiera que fuera el remo el que recibiera el mayor impacto, y soltó su férrea presa sobre éste. Al hacerlo un súbito golpe de agua desplazó el remo lejos de él, produciendo que Lobo se hundiera con un fuertísimo sentimiento de pánico.

Comenzó a mover frenéticamente manos y piernas, y al hacerlo sintió el roce de sus pies en el suelo. Inmediatamente tomó impulso hacia arriba y salió a la superficie dando un sonoro grito. Volvió a sumergirse y pronto notó algo desconcertante...tocaba con los pies al suelo.

Asombrado tomó apoyo en el lecho del mar, y se puso de pie saliendo otra vez a la superficie. El agua le llegaba al pecho, y podía caminar tranquilamente por ella. Miró incrédulo todo que le rodeaba hasta que un ataque de risa surgió de su pecho. Aquellas terribles rocas se habían convertido de pronto en simples piedras aptas para trepar por ellas con facilidad.

Contento se dejó empujar por las olas que le llevaban hacia aquella pared que tanto había temido. Notó que la fuerza del agua era capaz de hacerle perder el equilibrio y decidió adoptar una actitud más cauta. Dejó de reír y examinó la mejor manera de acceder a las rocas.

A su izquierda había una gran roca que sobresalía de las aguas, y muy cercana a la pared. Se acercó a ella y trepó subiéndose a ésta. Miró con fijeza la pared y saltó hacia una de sus prominencias. La piedra era más húmeda y resbaladiza de lo que había supuesto, y tuvo suerte de poder agarrarse fuertemente con las manos, tras resbalar con el pie y darse un golpe en el rostro.

Suspiró con fastidio. Tomó apoyo con los pies y comenzó a trepar lentamente por la pared. La altura de ésta era escasa, y pronto llegó arriba. Al pisar suelo firme Lobo de Luna sintió que su cuerpo se relajaba al instante. Miró al mar y sintió una fuerte aversión hacia sus aguas. Comenzó a dar saltos sobre la tierra, y a entonar un viejo canto de su tribu. Por fin había conseguido salir de todo aquel infierno.

Un fuerte cansancio le hizo tumbarse y suspirar satisfecho. Notaba una tensión dolorosa en su pecho, y una debilidad que se extendía por todo su cuerpo. Cerró los ojos y cayó en un profundo sueño. En un sueño que hacía ya mucho tiempo no era tranquilo.

3

LA ISLA DEL TRUENO

Despertó al sentir un ligero golpe en la cabeza. Abrió los ojos soñoliento, no sabía cuánto tiempo había dormido. Sintió el ambiente que le rodeaba, sin levantarse, y al no notar ninguna amenaza volvió a cerrar los ojos. De nuevo el impacto de una piedra le hizo abrir los ojos. Esta vez había notado que había sido lanzada hacia él, e intuyó su trayectoria. Se irguió colocándose en cuclillas, en posición de defensa, extrañado de no haber sentido antes la presencia de alguien que le observaba.

A una decena de metros un hombre de piel cobriza y largos cabellos negros le contemplaba fijamente. Era de constitución fuerte, y en su mano derecha reposaba un halcón.

Luna parpadeó sorprendido ante aquella imagen. Nunca había visto a un ave real en la mano de un hombre. Habitantes de las alturas inaccesibles, para él representaban una presa imposible de conseguir. Sin embargo aquel hombre la tenía en su brazo, y la acariciaba con su mano izquierda con suavidad, como si fueran íntimos amigos.

Lobo se irguió lentamente, con la mirada clavada en el hombre. Este comenzó a andar hacia él unos cuantos pasos, deteniéndose a la mitad de la distancia que les separaba. Hizo una raya en el suelo con los pies, y esperó quieto mirándolo de manera apacible al joven.

El cazador avanzó a su vez unos pasos y se detuvo ante el hombre sin pisar la raya. Comprendía el significado de aquella raya: era un signo de territorio y no debía violarlo. Levantó su mano derecha en son de paz, es decir, mostrando su palma abierta en señal de que no llevaba ningún objeto ni quería usar su propia mano como arma en forma de puño.

El hombre le miró fijamente a los ojos. Lobo instintivamente se encogió. Su cuerpo presintió que aquel hombre era más fuerte que él, que podía vencerle en caso de lucha. El hombre cobrizo sonrió lentamente y señaló al halcón. Luego señaló su frente y finalmente se agachó con lentitud y dibujó en el suelo un ojo. Volvió a señalar el ojo dibujado, el halcón y su frente. Se irguió y le miró sonriente.

Lobo trató de comprender qué quería decirle aquel hombre. Supuso que quería explicarle que el halcón le había avisado de su presencia, y sintió una fuerte envidia hacia aquel hombre. Tener como aliado a un rey de las aves era un signo de ventaja extraordinario.

El hombre le miró interrogante hasta que pareció surgir una sombra de decepción en su rostro. Meneó lentamente la cabeza, y volvió a repetir la operación de indicar ostensiblemente al halcón, su frente y al ojo. Luego señaló al Sol, y volvió a mirar interrogativamente al joven.

Luna quedó aún más confundido. No sabía qué quería decirle aquel hombre cuya complexión corporal mostraba una gran fuerza física. Se encogió de hombros y pensó qué podría hacer. Se dijo que lo mejor era mostrarle con el mismo procedimiento de dónde venía. Se agachó y dibujó primero una montaña, luego el río en forma de serpiente ondulada, un barco en forma de media luna, y finalmente un rayo.

- Vengo de las montañas y he llegado al mar a través del río - comenzó a hablar lentamente a medida que indicaba los dibujos -. Una tormenta destruyó el barco y he conseguido sobrevivir llegando hasta aquí.

El hombre sonría amistosamente asintiendo con la cabeza, con una sonrisa mayor a medida que le mostraba los dibujos. Parecía encontrar un significado esencial en aquellos dibujos. Cuando Lobo dibujó el rayo el hombre emitió un seco sonido, el joven alzó su cabeza mirándole sorprendido. Aquel sonido le había gustado, era como si encajara con la sensación

de la tormenta. Una palabra que parecía indicar por sí misma el trueno y el rayo.

Volvió a erguirse y esperó la reacción del hombre del halcón. Este detectó el interés del joven hacia el ave y sonriendo extendió su brazo hacia el cazador. Este instintivamente acercó la mano, pero al instante el ave le lanzó su mirada dejándole paralizado. Aquella mirada era distinta a todas las que había visto. Parecía contemplarle desde una distancia inaccesible y a la vez semejaba que con su visión pudiera envolverle por completo. Era la mirada de poder más grande que jamás había visto.

Encogió la mano y desistió de tocar al animal. Sentía como si aquel animal no formara parte de su mismo mundo. El hombre volvió a sonreír, dijo algo y alzó el brazo con fuerza. El halcón salió disparado hacia el cielo a una velocidad vertiginosa. Lobo quedó sorprendido con la rapidez de vuelo de aquel pájaro. Al poco se le veía planear a gran altura, emitiendo un fuerte sonido que pareció inundar todo lo que se hallaba bajo él.

Quedó absorto contemplando al ave, y cuando recordó a su acompañante bajó la cabeza para respingar involuntariamente. Aquel hombre misterioso ya no estaba. Lobo meneó la cabeza con disgusto, no comprendía cómo era posible aquello. No había notado nada cuando ese hombre se había acercado a él, ni tampoco nada al marcharse. Pensó en aquello y sonrió. Aquel extraño debía ser un hechicero como Agua Clara, pues ya desde niño sabía que los hechiceros tenían el poder de no mostrar su presencia si así lo deseaban.

- Un hechicero - dijo en voz alta y acariciando el colgante de la piedra verde -.

Supuso que aquel hombre podría indicarle cómo conseguir un arma del dragón. Sabía que era en aquella isla donde habitaba el Dragón, y era muy posible que un hechicero, que además era aliado del halcón, supiera informarle sobre ello.

Agudizó su mirada dirigiéndola al suelo, buscando huellas, y comenzó a seguir el recorrido que había realizado el hombre con facilidad. Podía ser silencioso, pero dejaba pistas claras para un cazador como él. Atravesó una arboleda y vio con mayor claridad el pie de la montaña que dominaba aquella isla. Muy cerca de ella se veía una pequeña choza de donde salía humo. Siguió acercándose y de pronto dió de nuevo un respingo. El hombre del halcón salía de la choza, pero el motivo de su sobresalto no era por su presencia, sino por lo que llevaba en su mano derecha.

Llevaba una larga espada, más larga y brillante de lo que había visto nunca. Dió un paso atrás y quedó inmóvil. El hombre avanzaba hacia él con resolución y rapidez. Lobo tragó saliva y temió lo peor. No podía defenderse contra aquella arma, ni tampoco quería salir huyendo. El hombre se plantó ante él, le miró seriamente y dibujó de nuevo una raya en la tierra, pero esta vez con la espada.

Lobo quedó absorto ante la presencia de aquella arma. Con una de esas espadas era evidente que su viaje habría concluido, presentía que aquella arma en concreto era más poderosa que la que poseía el gigante odiado. Hizo un gesto involuntario hacia ella y de inmediato el hombre reaccionó con una rapidez que sobrecogió a Lobo. En un instante aquella espada que apuntaba al suelo se hallaba tocando su garganta.

Dió un paso atrás y miró a los ojos de aquel hombre. No detectó una amenaza en ellos, sólo un mensaje de advertencia. Trató de sonreír y señalando la espada primero y luego a él trató de hacerle entender al misterioso habitante de la isla que quería una de aquellas armas.

- Quiero un arma del dragón - dijo lentamente -.

El hombre bajó la espada y se le quedó mirando sonriente.

- ¿Dragón? - repitió el hombre con una sonrisa burlona.

- Sí, sí - confirmó el joven con la cabeza y señalando ostensiblemente a la espada-.

Dragón.

El hombre inclinó la cabeza ligeramente para mirar el cuerpo de Lobo de Luna. Quedó un instante mirando la cicatriz de su pecho y asintió lentamente. Luego miró la cicatriz de su frente, quedó quieto contemplándola y meneó la cabeza con disgusto. Volvió a alzar la espada y tocó con ésta la señal de la frente del joven negando con la cabeza. Luego bajó el arma y señaló la marca de lobo en su pecho, y asintió lentamente.

Lobo de Luna sonrió. Estaba orgulloso de su marca que señalaba su pertenencia al clan de los lobos.

- Lobo de Luna - dijo tocándose el pecho -. Cazador.

El hombre ladeó la cabeza y dió un paso atrás. Parecía mirarle de la misma manera que el halcón, como si pudiera verle por entero.

- Lobo de Luna - repitió el hombre lentamente -. Cazador.

El joven asintió con entusiasmo, parecía posible hacerse comprender con aquel hombre. Este se tocó el pecho a su vez.

- Shamar - dijo con voz fuerte -. Dragón.

Shamar se inclinó y escupió sobre la tierra mojada de la Isla del Trueno. Extrajo de ella un poco de barro, y se la mostró a Lobo de Luna. Seguidamente dibujó un círculo en el suelo, y comenzó a señalar alternativamente ora al círculo con el índice de su mano derecha ora a la masa de barro que se hallaba depositada en su mano izquierda.

Luego se tocó la frente y dibujó otro círculo en el que dentro había una estrella de cinco puntas, un pentágono. Hizo la misma operación de señalar aquella figura y su cabeza. Luego señaló hacia el Cielo, dibujó una espiral y comenzó a forjar el barro con sus manos.

Lobo se agachó y contempló respetuoso el trabajo de aquel mago. No comprendía exactamente el significado de todo aquello, pero intuyó que aquel hombre estaba tratando de transmitirle un secreto de su arte.

Shamar emitió una suave exclamación, levantó la cabeza y sonrió al joven. Dibujó un cuadrado y colocó dentro de él la figura que había formado con el barro. Allí, dentro del cuadrado, había la figura de un hombre con los brazos y piernas extendidas en forma de estrella. Se levantó y señaló lentamente los diferentes dibujos diciendo una palabra en cada ella. En cada dibujo dijo un nombre que Lobo no pudo retener. Comprendió que cada dibujo poseía su propio nombre, que era la fórmula mágica de aquel hechicero. Shamar miró fijamente al joven, volvió a agacharse y dibujó un hexagrama diciendo con ella otra palabra. Se irguió de nuevo, sonrió a Lobo y encogiendo los hombros dió media vuelta alejándose del joven.

Luna miró en silencio cómo se alejaba aquel hombre que podía darle aquella arma mágica y poderosa. Algo en aquel hombre infundía respeto. Bajó la cabeza y contempló lo que había dibujado en el suelo.

Un círculo, una estrella dentro de un círculo, una espiral y un cuadrado. La materia prima, la idea, la acción creadora y la obra resultante. Luego miró a aquellos dos triángulos entrelazados.

El Arte.

¿Sería aquel joven capaz de asumir la vía que le llevase al conocimiento? Lobo de Luna tenía un destino fijado para él, pero sólo él mismo podía recorrerlo. Aquel hombre de las montañas, cuyo animal totémico era el lobo, aquel joven cazador que había seguido el consejo de sus sueños, estaba destinado a entrar en los dominios del arte hechicero, en la enseñanza del dragón.

Sí, en el lento y duro aprendizaje del paso de la carne a la mente, del dominio de sus fuerzas e instintos por la inteligencia, y de la comunicación de ésta con su genio creador, herencia ancestral del Creador que custodiaba arcanamente la Diosa. Pues, aunque no lo supiera, Lobo de Luna estaba llamado para avanzar en un lento camino de la evolución humana. Iba a descubrir el misterio del hombre, habitante de lo visible y lo invisible, de su capacidad de ser forjador de mundos, reproduciendo así al Misterioso Creador del Universo de infinitos soles y mundos.

¡Gloria al Fecundador de la Diosa Tierra!

¡Gloria a la Semilla que Ella alberga!

¡Gloria al Misterio de su Nacimiento!

Gloria del Hombre. Pues pasarán siglos y siglos, ¡Oh Lobo de Luna!, y el arte que tú aprenderás seguirá siendo la fuente vida de la humanidad. Su esperanza y su poder. La obra forjada por la inteligencia inspirada por la sabiduría, la Sofía de los sabios.

Pero el misterio del Dragón seguirá siendo vedado a los ojos del profano. Aunque vuelen como el águila, naveguen como el pez, posean el poder el rayo el trueno...seguirán sin comprender el misterio demiúrgico, la naturaleza de su propia realidad. Serán como demonios, como titanes negadores de su herencia. Vivirán en un mundo opuesto al tuyo Lobo, pues en el tuyo eres hombre libre y natural, y amante de la Diosa Madre. Ellos vivirán en otro mundo, dominado por sus propias ideas, aunque tú seas de su linaje ancestral. Ellos forjarán un mundo y se encerrarán en él, y no sabrán luego cómo salir de él.

Pero tú no te preocupes Lobo de Luna, pues tú eres el ancestro y a la vez el hombre del futuro. En tí se cumplirá el destino, pues sólo tú eres el actor de tu existencia, y en tí ha de quedar escrita la historia.

Shamar salió por la mañana de su casa y contempló a pocos pasos de ella un conejo muerto. Sonrió lentamente. No había duda de que aquel cazador sabía sobrevivir en los bosques. Tomó al animal y reflexionó durante un tiempo sopesando aquella presa. Volvió a entrar en su casa, sonrió ante la cara de asombro de su mujer ante la presencia del conejo, se lo dió y luego volvió a salir de la casa llevando en su mano una de las espadas recién trabajadas.

La dejó en el mismo sitio donde estaba el conejo y se marchó en dirección hacia un lugar donde pudiera ver sin ser visto. Al cabo de un tiempo apareció el joven cazador que, acercándose cauteloso como un animal, miraba fijamente el arma en el suelo.

Lobo quedó con la vista fija absorto en la contemplación de la espada que se hallaba en tierra. Se hallaba paralizado por la sorpresa, allí estaba el motivo de su odisea. La tomó con su mano y sintió el frío del metal. Admiró la belleza de su línea, y el brillo de su filo.

- Ya está - murmuró para sí mismo.

Sentía algo en su interior que parecía querer hablarle, pero hizo caso omiso a ello, dando media vuelta y dirigiéndose sin advertirlo hacia el punto donde se hallaba escondido Shamar. Este gruñó para sí. Aquel joven era un impaciente, y no comprendía el significado del arte y su aprendizaje. Se sintió desilusionado por aquella reacción pero decidió tomar el camino expeditivo. Agarró un trozo de madera y esperó al joven.

Lobo sintió a alguien cercano y se detuvo. De su derecha surgió Shamar con cara de pocos amigos. Miró la espada y asintió. De pronto dió dos pasos y golpeó con la madera la mano del joven. Instintivamente éste abrió su mano y dejó caer el arma al suelo.

Un suave golpe en la frente le hizo retroceder dos pasos, contemplando con asombro cómo Shamar recogía la espada y le miraba ceñudamente. El hombre de la isla comenzó a negar con la cabeza y luego, sonriente, le tiró el palo a sus pies. Aquel simple palo había vencido a su tan anhelada y poderosa arma.

Lobo cogió el palo y lo encaró al dragón. Este sonrió aún más y de pronto un rayo pareció surgir vertiginoso de su mano derecha, cortando limpiamente el palo en dos. El joven quedó estupefacto, mirando el trozo que le quedaba en su mano.

Shamar trazó de nuevo con la espada una línea divisoria en el suelo, y dentro de su territorio dibujó con el arma un hexagrama y, dentro de éste, en su centro, un pentagrama. Luego se tocó el pecho indicando con la espada el dibujo y con su mano a sí mismo.

Lobo no supo qué decir. Aquella demostración de poder le había dejado con un sentimiento de indefensión, como si fuera un niño ante un gigante. Miró a sus pies y pensó en que podría dibujar para hablar de sí mismo. Se quedó absorto, sin saber que expresar, hasta que el golpe de la espada sonando a sus pies le distrajo.

Miró al hechicero. Este le sonreía invitándole a cogerla del suelo. Se agachó cauteloso y agarrándola fuertemente se irguió con presteza. Una veloz patada de Shamar golpeó certeramente en su muñeca, obligándole a abrirla y ver cómo el arma se elevaba por los aires por el impacto.

La espada cayó en el territorio de Shamar. Este encogió los hombros y sonrió de nuevo. Lobo parpadó confundido. La magia del dragón no consistía por lo visto sólo en forjar espadas, sino, aún más importante, en saber utilizarlas.

Comprendió su error de pronto. Su deseo ciego de venganza le había impedido atender al designio de la Diosa. El había llegado allí para aprender el arte de aquel hombre, no simplemente para llevarse una espada. De súbito supo qué dibujar. Se agachó y trazó primero un círculo. Miró a Shamar y se señaló a sí mismo y luego al círculo. Luego dibujó un hexagrama y dentro un pentagrama, señalando entonces a Shamar. Luego hizo un cuadrado, y levantándose se colocó encima de él.

- Yo Dragón - dijo tocándose el pecho.

Shamar le miró con sorna. Aquel joven creía que era sencillo practicar su arte hasta llegar a que éste le transformara en un artista. Meneó la cabeza. ¡Qué poco sabía aquel joven

sobre la Vía! . Sacó las cosas que llevaba en su zurrón, y le entregó éste a Lobo. Luego hizo un gesto con la mano indicando que comía, y levantó sus manos en gesto de paz.

Lobo de Luna miró cómo se alejaba Shamar. Miró el zurrón y comprendió el intercambio. En vez de con una espada se había quedado con un simple zurrón. ¿Qué habría hecho mal? pensó aquella noche contemplando la Luna y las estrellas.

Subido encima de un promontorio el joven acechaba los movimientos del forjador de armas. Este se hallaba sentado ante un torno, colocando masas de arcilla sobre él. Finalmente, una vez colocada la suficiente cantidad de material, se quedó mirando fijamente aquella masa informe durante un largo rato.

De pronto, como si un relámpago hubiera estremecido su cuerpo, comenzó a hacer girar el torno. Sus hábiles manos simplemente contorneaban la masa, dándole forma a medida que ésta giraba. Poco a poco comenzó a surgir de ese giro un objeto que ascendía suavemente a medida que Shamar iba desarrollándolo.

Poco a poco, lentamente, ante los ojos de Luna, un jarrón apareció de las manos del mago. Era ancho en la base y su cuello se hacía largo y estrecho a medida que ascendía. Shamar estuvo largo rato contemplando aquel objeto. Luego extendió el índice de su mano derecha y sumergió ligeramente su dedo en la masa húmeda y fresca del recién forjado jarrón. Comenzó a dibujar de manera lenta y delicada. Finalmente se erguió y dando un paso atrás contempló su obra. Asintió y se dirigió hacia unos troncos y ramas que se hallaban cerca de él.

Comenzó a colocarlos ante el jarrón, ante aquel gran vaso de gollete estrecho. Encendió fuego, y estuvo vigilándolo hasta que comprobó que ardía satisfactoriamente. Asintió de nuevo contemplando su obra y dando media vuelta se marchó del lugar.

Lobo bajó cauto y sigiloso de promontorio donde contemplaba en secreto a Shamar. Se acercó lentamente hasta detenerse ante aquel jarrón. Era un objeto liso, embellecido con unos dibujos. Agachó la cabeza para examinarlo mejor y sintió de pronto el calor de la hoguera que se hallaba a su lado.

El jarrón tenía el dibujo de una Luna y un Sol sonrientes que contemplaban una estrella. Esta parecía ascender desde el fondo de la vasija para dirigirse hacia su cuello estrecho. Se retiró unos pasos de aquel jarrón fuertemente calentado por la hoguera y pensó sobre el significado de aquello. Los dibujos eran la Diosa Luna y el Dios Sol, fuentes creadoras de la Vida, custodiando una luz del Cielo. Lobo recordó que aquella misma figura la había formado Shamar con barro en su segundo encuentro. Extrajo la figura del zurrón, en el que había colocado diferentes cosas que iba encontrando, y la contempló absorto.

Aquella figura de cinco puntas le recordaba a un ser humano con los brazos y los pies extendidos y la cabeza alta, Pensó entonces que lo que quería decir Shamar es que el hombre era hijo del Cielo. Se encogió de hombros. Esto ya lo sabía, pues Agua Clara se lo había contado de niño. Lo que él quería saber era la magia del dragón.

Un ligero gruñido a sus espaldas le provocó de pronto un fuerte sobresalto. Giró rápido para quedar paralizado ante el animal que se hallaba ante él. Era un lobo, fuerte y poderoso,

que le gruñía en posición de amenaza. El joven sabía que la postura del animal era de ataque inminente, y decidió mantener su parálisis esperando que ésta provocara el olvido del lobo.

Sin embargo éste seguía gruñiendo amenazador. Lobo de Luna comenzó a temer lo peor cuando de súbito sonaron tres silbidos en el aire. El animal abandonó la posición de ataque para colocarse en posición de vigilancia. El joven quedó atónito ante esto. Shamar apareció en su campo de visión, ya que venía tras el lobo, con una ligera sonrisa en sus labios. Se acercó a éste y le dió unos palmotazos en el lomo, y luego una caricia en la cabeza. El lobo se sentó y siguió mirando fijo al joven cazador.

Luna estaba atónito ante aquella demostración de poder. ¿Cómo era posible que el cazador más poderoso del bosque obedeciera a un hombre? ¿Qué magia usaba para conseguirlo?

Shamar se acercó lentamente al joven y le dió una palmada amistosa en el hombro. Al instante el temor que residía en él pareció desaparecer como aire, y notó que aquel gesto provocaba que el lobo dejara su posición de vigilancia para salir corriendo, y comenzar a dar vueltas cerca de los dos hombres. El cazador miraba absorto a su tótem, a su animal de clan. Aquel lobo parecía pacífico, como si no tuviera necesidad de atacarles.

El mago advirtió la cara de extrañeza del joven y sonrió. Aquel bravo cazador desconocía el poder de su interior, nada sabía acerca del dominio de la inteligencia. Sin embargo no pudo por menos que admirar la reacción defensiva del joven. Había dominado su instintiva parálisis producida por el temor para adoptar una posición de defensa basada en la quietud que indicaba inofensividad al animal con el que se enfrentaba. Aquello implicaba un gran dominio de sus nervios.

Shamar asintió para sí. Aquel cazador era un excelente material para ser forjado por su arte. Su dominio del instinto le hacía ser apto para avanzar en el logro de dominar su propio poder interior, de dominar aquel espíritu invisible que habitaba en él que era su inteligencia.

El dragón se tocó la frente con la mano derecha, y luego señaló al lobo. Luego indicó al animal y se tocó de nuevo a sí mismo, esta vez en su pecho.

Lobo comprendió el significado de aquello. Shamar quería comunicarle que el animal y él eran amigos. Aquello sorprendía tremendamente al cazador. Una cosa era ser respetado por el lobo, otra bien distinta es que aquella amistad pudiera llegar a una colaboración mutua y pacífica.

Shamar silbó de nuevo tres veces y siguió andando. El lobo paró sus giros, irguió las orejas y miró al hombre. De súbito comenzó a correr hacia él, para hacer cabriolas a su lado. El dragón de vez en cuando se detenía y le acariciaba diciéndole suaves palabras.

El joven seguía atónito ante aquella escena. Aquel lobo incluso jugaba con aquel misterioso hombre. Sintió una punzada de envidia. Siempre había creído tener una especial relación con los lobos. Muchas veces, en sus expediciones de caza, habían pasado a su lado sin hacerle ningún daño y respetando su espacio territorial. Pero ante aquella demostración de cariño el joven sintió que nada había conseguido.

Se acarició la cicatriz de su pecho. ¡Qué distinto hubiera sido si él poseyera el poder de aquel hombre!. Imaginó lo que significaría poder cazar junto al lobo, ayudarse de su fuerza e infalible poder que le permitía rastrear a un animal a largas distancias. Su pueblo nunca

pasaría hambre, pues la caza sería mucho más próspera. Pensó también en las mujeres y los niños. Si fueran custodiados por el lobo, que no tenía miedo a nadie ni siquiera al oso, ningún extraño se atrevería a acercarse, aunque fueran incluso armados con espadas.

Suspiró. ¡Cuanto podía aprender de aquel hombre!. Pensó que el espíritu de la Diosa le había acompañado hasta ahora, y que su destino, expresado en aquella piedra verde que llevaba en su pecho, era aprender la magia de aquel hombre que se llamaba a sí mismo dragón. Tuvo de súbito una idea y rápidamente salió corriendo tras Shamar.

Este se detuvo al oír su apresurada marcha hacia él y giró mirándole seriamente. Cuando llegó hasta él Lobo de Luna quedó parado e indeciso, comenzando a mirar alternativamente al animal y a Shamar. Este sonrió para sus adentros ante el efecto que le producía al joven su amigo lobo.

El joven se extrajo del cuello el colgante y se lo ofreció a Shamar. Este miró extrañado la piedra que suspendía del cordel. Lo tomó en su mano a instancias del joven, manteniendo la seria mirada hacia él. Nada más notar el contacto de la piedra calló dentro de sí mismo. Aquel objeto poseía poder, un sentido, un designio. Aquel joven en verdad era un enviado de la Diosa.

Vió cómo el joven se agachaba y comenzaba a dibujar un círculo, luego un círculo dentro de una estrella, una espiral y finalmente un cuadrado.

Lobo se colocó sobre el círculo.

- Cazador - dijo saliendo una y otra vez del círculo y señalando ora a éste ora a sí mismo. Luego señaló la estrella y se colocó en ella.

- Dragón - dijo repitiendo la misma operación que antes.

Señaló a la espiral y se tocó fuertemente el pecho varias veces. Finalmente se colocó en el cuadrado y extendió sus brazos y piernas.

- Dragón - gritó con fuerza provocando que el lobo respingara y mirara fijo hacia él.

Shamar sonrió ampliamente. Se acercó al joven y le ofreció el colgante. Lobo de Luna lo tomó con delicadeza y volvió a colocárselo en su cuello. El dragón asintió lentamente con la cabeza mirándole a los ojos.

Se agachó y comenzó a dibujar al lado de la espiral. Era como una hélice que se moviera dextrógiramente. Se tocó los testículos y volvió a señalar al dibujo. Con ello quería indicarle el poder procreador, la energía vital que como animal macho poseía. Luego señaló a la espiral y se tocó la frente. Con ello quería mostrarle el poder creador, la energía psíquica que es la propia inteligencia.

Lobo meneó la cabeza. No comprendía qué quería decir con aquellos extraños dibujos. Había creído que la espiral era la energía, el esfuerzo que extraía de sí mismo, y no comprendía el significado que quería expresarle Shamar.

El dragón sonrió ante su cara de ignorancia. Dió un fuerte grito y de pronto el joven vió cómo el lobo se acercaba amenazador hacia él. Dió unos pasos atrás sintiendo la fuerte carga de energía que desprendía el animal, el poder de su tótem.

Shamar hizo caso omiso al temor del joven y volvió a señalar la hélice. Luego dió otra voz y el lobo volvió a relajarse. El mago señaló entonces la espiral y su frente de nuevo.

Lobo comprendió. Lo que quería decirle era que aquel poder procedía de su cabeza, del

espíritu que habitaba en ella. Y que aquel poder era el que permitía que el espíritu del lobo fuera dominado.

Aquel bravo cazador nada sabía aún de todo aquello que resultaba inconsciente para él, del misterio que escondía su propia naturaleza psíquica. Dentro de él, como animal de la Tierra, habitaba el poder de fecundar, poseía el instinto natural y la energía vital de su cuerpo. Pero además de todo aquello poseía un don especial que le hacía distinto al resto de los animales: su inteligencia creadora, su capacidad de determinar la realidad, de experimentar la existencia según no sólo el criterio natural de todos los seres vivos, sino además con un nuevo criterio: el humano.

Pues en ese momento aquel noble joven de las montañas nada sabía de la existencia de un animal de poder distinto al lobo o el oso. Aún no había comprendido que en la Madre Tierra existía un animal llamado por su destino a ser el más poderoso de todas sus criaturas. Ese animal era el hombre. Y esto era lo que le iba a enseñar aquel demiurgo, aquel sabio artesano, aquel dragón de la Isla de la Montaña del Trueno.

Shamar hizo señas a Lobo para que le siguiera, dirigiéndose en dirección a una casa en la que aparecía por su extremo superior una columna de humo que ascendía lentamente. Una vez dentro el joven respingó al contemplar a la persona que inclinada movía una olla en el fuego. Era una bella mujer morena que al escucharles se giró y sonrió suavemente al dragón. Al erguirse Lobo pudo contemplar algo que no había percibido en su primera impresión: estaba embarazada.

El lobo se acercó a ella y frotó su cabeza en el regazo de la mujer. Ella lo acarició lentamente, con afecto y cariño mientras escuchaba cómo Shamar le presentaba al joven. Este seguía mirando absorto la escena de la mujer y el lobo. Al parecer la magia del dragón había convertido al fiero animal en un integrante inofensivo de la familia de aquel hombre.

Se sentaron en la mesa, y comenzaron a comer. Lobo en silencio, mientras Shamar y su mujer hablaban al parecer sobre la aparición de aquel joven cazador. Finalmente, al terminar la comida, el dragón se levantó y se dirigió hacia un cofre situado en un extremo de la casa. Se acercó con éste hacia Lobo y lo abrió lentamente mostrando su interior.

Envuelto en una tela roja reposaba una extraña piedra, tan clara como una gota de agua.

-Vir - dijo el dragón extrayéndola y mostrándosela al joven.

Lobo miró aquel extraño objeto. Era de forma piramidal, y de una gran belleza. En su interior brillaban diferentes colores, y al acercar un dedo notó que era fría y dura. Miró a Shamar interrogativo y éste sonrió misteriosamente. Colocó la piedra en el suelo y acto seguido dió un fuerte pisotón a la piedra. Lobo respingó temiendo la suerte de aquel bello objeto.

El dragón volvió a sonreír y agachándose le mostró de nuevo la piedra. No parecía haberse alterado en absoluto. En la misma actitud de misterio hizo una seña a Lobo para que le siguiera y se encaminó hacia el exterior de la casa. Una vez allí Shamar se dirigió hacia unas rocas cercanas. Volvió a mostrarle el objeto y acto seguido lo lanzó con tremenda fuerza. El objeto chocó contra la piedra, y pequeños guijarros salieron disparados por el

impacto.

El mago se acercó a aquel extraño objeto, lo recogió y volvió a mostrárselo al joven. Ni una mella aparecía en su superficie aristada. Sin embargo, al mostrarle el lugar del impacto, Lobo pudo apreciar cómo la roca había quedado marcada por el choque. Quedó impresionado ante el poder de aquella piedra. Parecía inalterable.

Shamar se indicó la frente y señaló luego al objeto. Sonrió y señalando al Sol encaró aquel objeto hacia el Astro Rey. Inmediatamente de aquella cristalina piedra parecieron surgir haces de colores. La luz del Sol, al atravesar aquel objeto, se transformaba mágicamente en un ancho rayo de colores. A Lobo le recordó inmediatamente el Arco Iris. Era como si un pequeño arco iris surgiera de la piedra y en el cual los colores pudieran apreciarse con mayor nitidez.

Volvió a indicarle que le siguiera y se dirigieron hacia la pequeña choza cercana a la montaña. Allí reposaba un yunque, un martillo y una espada. Ante la vista del arma Lobo se estremeció de deseo. Shamar captó de reojo la excitación del joven ante la espada y sonrió levemente. Se acercó a ésta y con aquella piedra cristalina trazó fuertemente una raya en el metal.

Luna quedó paralizado de asombro ante lo que contemplaba. Aquella piedra no sólo era indestructible, sino que era capaz de dañar incluso a aquel metal mágico que tanto ansiaba. El había pensado que no existía nada más poderoso, y ahora aquel hombre le demostraba lo contrario.

Shamar empuñó la espada y se dirigió hacia unos troncos. Cogió uno de ellos, grueso y recio, y se lo mostró al joven. Le incitó a que lo tocara y lo sopesara. Lobo así lo hizo: era en verdad un sólido tronco de madera. El dragón se quedó mirando al tronco y acercando el arma hizo un ligero corte a la madera. Miró al joven. Este asintió sonriente. De pronto el dragón emitió un fuerte grito y lanzó un poderoso golpe hacia el tronco, provocando que éste se cortara en dos.

Lobo parpadeó ante aquella demostración de poder. Aquel tronco era mucho más recio que cualquiera de sus lanzas, sin embargo aquella arma la había partido en dos con facilidad. Asintió lentamente. Sabía que el metal era más poderoso que la madera, por eso quería aquel objeto de poder.

Shamar le miró fijamente y sonrió meneando la cabeza. Se acercó a la piedra que reposaba sobre el yunque y comenzó a tratar de cortarla con el agudo filo de la espada. Estuvo esforzándose en ello durante un rato hasta que finalmente desistió. Le mostró la piedra, ni una sólo marca; le señaló el filo de la espada, éste aparecía gastado, erosionado por aquel intento. De nuevo el dragón emitió un fuerte grito y lanzó un fuertísimo golpe con la espada a la piedra. Esta salió volando por el impacto. Le mostró el arma al joven: se apreciaba una hendidura en el filo producido por el fuerte golpe.

Se acercó al diamante, lo recogió del suelo y soplando sobre él lo limpió con su manga. Al mostrárselo pudo comprobar el joven que en nada había quedado afectada la piedra por el hierro. Shamar sonriendo volvió a encararla hacia el Sol y de nuevo aparecieron los colores surgiendo de la piedra. Aquella imagen, tan bella y misteriosa, cautivó el corazón del cazador. No sólo era poderoso aquel objeto, más que nada que conociera, además poseía un encanto

difícil de expresar. Era como si hechizara su alma y le atrajera hacia un misterio tan profundo como la noche.

Acto seguido Shamar se dirigió hacia un rincón de la fragua, y extrajo de un cesto un material negro y quebradizo. Se lo mostró a Lobo y le incitó a tocarlo. Al hacerlo Lobo notó cómo quedaba una fina capa oscura en sus manos, se frotó éstas pero nada consiguió. Shamar sonrió y lo colocó en el suelo, dibujando sobre él un círculo. Luego dibujó un ojo dentro del círculo, una espiral y finalmente un cuadrado. Le mostró solemne la piedra cristalina y seguidamente la colocó dentro del cuadrado.

Dió tres fuertes palmadas y el dragón se levantó señalando los dibujos del suelo. Lobo contempló inquieto aquello. De aquella masa de negro material el mago deseaba un ojo, y fruto de la espiral surgía aquella misteriosa piedra. Meneó la cabeza aturdido, aquello sencillamente no era posible.

Shamar pareció adivinar lo que pensaba el joven. Sonrió asintiendo lentamente con la cabeza, y tocándose de nuevo la frente volvió a repetir una palabra.

- Vir - habló el dragón señalando el diamante y su frente .

Luego señaló al Sol y a su propia cabeza. Aquel hombre, comprendió el joven, le estaba afirmando que en el interior de su cabeza poseía el poder del Sol. Se movió inquieto y confundido. Lobo nada sabía aún del poder de la luz, de la potencia creadora del Universo, de la inteligencia que ilumina la realidad con su poderosa mirada.

El mago miró fijamente la joven. Hacerle comprender que dentro de él poseía un poder incomparable al resto de los seres vivos iba a resultar lento y fatigoso. Aquel joven sabía acerca de la fuerza corporal, de su vitalidad y sólo quería objetos que pudieran hacerle sentir más fuerte. Asociaba poder con dominio exterior. Que comprendiera la diferencia entre el poder del lobo y el poder del dragón era una tarea de años.

Shamar suspiró. Aquella relación iba a ser muy larga, era preferible comenzar a establecer una comunicación clara con el joven. Hizo un gesto invitándole a sentarse en el suelo, y comenzó a dibujar un círculo en cuyo interior colocó una cruz. En un lado de la cruz dibujó la Luna, en el otro el Sol, colocando en los otros dos extremos un sol naciente y poniente.

Miró interrogativo al joven. Este sonrió asintiendo. Conocía aquel dibujo porque Agua Clara lo trazaba a menudo en sus ritos mágicos.

- La Rueda - dijo señalando el dibujo.

Shamar ladeó la cabeza y negó con la cabeza. Volvió a dibujar en aquel signo. Primero un árbol con hojas, luego otro con frutas, otro con hojas cayendo y finalmente un árbol sin hojas. Lobo comprendió qué quería preguntarle el dragón.

- Sí - afirmó con la cabeza -. Tiempo.

Shamar sonrió suavemente.

- Tiempo - murmuró-.

El dragón comenzó a aprender el lenguaje de aquel cazador procedente de lejanas montañas. Mientras, el Sol seguía su camino marcando sobre la Tierra el compás de las vidas en Ella.

4.

LA CAZA SUBTERRANEA

Armado con un grueso palo Lobo de Luna descendía cautelosamente por la gruta de la Montaña del Trueno. Sonidos estremecedores se escuchaban esporádicamente en ella, así como un ligero movimiento que hacía temblar las paredes y el suelo donde se apoyaba. Lobo sentía que era como estar dentro de un ser gigantesco, como si se adentrara en las entrañas de un gran animal, en lo profundo de la Tierra.

Aquella era la primera tarea que Shamar le había indicado como prueba iniciática a fin de poder aprender y finalmente poseer una de las armas tan deseadas. Como aprendiz tenía que ir a recoger los materiales necesarios para la obra del dragón, y éstos se hallaban dentro de una gruta cuya entrada en la montaña se hallaba flanqueada por dos dibujos de extraños seres que ascendían por unas columnas.

- Aquí habita el Dragón - murmuró suavemente Shamar señalando el interior de la gruta una vez llegaron a ella al anochecer .

Lobo escudriñó la oscuridad del interior, pero la tenue luz del crepúsculo impedía apenas percibir nada.

- En las entrañas de la Madre, en Ella habita su espíritu - continuó Shamar invitándole con un gesto a entrar.

Lobo de Luna se removió inquieto. Jamás había entrado en el interior de ninguna cueva, pues era práctica habitual de su tribu no entrar en ellas dado que eran el reino del abuelo Oso, y nadie quería molestarle.

Shamar se acercó al joven y extrayendo un cuchillo, una pequeña espada para Lobo que miró con curiosidad, hizo un ligero corte en la mano izquierda al joven. Este dió un respingo y se echó hacia atrás.

- Tranquilo - murmuró el dragón-. Es necesaria tu sangre para marcar en tí el signo de nuestro clan.

Luna asintió y ofreció la mano a Shamar. El dragón tocó con su dedo índice el corte y dibujó con la sangre un rayo en el pecho del joven. Dió un paso atrás y asintió satisfecho. Guardó de nuevo el cuchillo y aguardó en silencio la reacción de Lobo.

Luna lamió la herida de la mano hasta que dejó de sangrar. Luego miró hacia el interior de la gruta y avanzó lentamente. De pronto giró y miró a Shamar seriamente.

- Quiero un arma para protegerme - susurró mirando a su alrededor .

Se acercó a unos arboles cercanos y cogió una sólida rama que yacía en el suelo. La sopesó y pareció sentirse satisfecho con la sensación de poder que transmitía. Sonrió a Shamar y se dirigió hacia la entrada de la gruta sin decir más palabras.

Dentro la oscuridad, el frío y la humedad parecieron envolverle a los pocos pasos de su exploración. Ladeó la cabeza hacia atrás a fin de ver a Shamar, pero sólo pudo ver una borrosa figura que parecía desvanecerse en las sombras del crepúsculo. Suspiró resignado y siguió avanzando.

Un sonido débil pero constante parecía ir creciendo a medida que proseguía su marcha. Usando el palo como guía Lobo avanzaba lentamente, sin saber muy bien qué hacer ni donde ir. Sabía que el significado de aquella prueba era el conocer al espíritu del Dragón. Como aspirante al conocimiento de Shamar debía presentarse personalmente ante él.

Según le había contado el hechicero, en sus largas charlas en las que aprendía éste el

lenguaje del cazador, el Dragón custodiaba los tesoros de la Diosa en el interior de una gruta. Esos tesoros eran los que permitían el poder realizar la magia que Shamar realizaba.

Y allí estaba Lobo intentando encontrar el camino. El hechicero le había dibujado un signo que le indicaba dónde ir, pero el joven no había conseguido comprender el significado de aquella espiral cuadrada.

- Avanza sin temor - le dijo Shamar mientras recorría con el dedo el interior de aquel dibujo hasta llegar a su centro -. En el centro encontrarás al Dragón.

Lobo meditaba sobre aquello cuando algo como un chillido sonó en dirección hacía él. Se detuvo instantáneamente para sentir un ser que pasaba rozándole la mejilla. Oía como alas batir cerca de él, pero no conseguía ver nada. Sintió que de nuevo algo se acercaba y ladeó la cabeza sintiendo de nuevo el roce de un animal en su cara.

Fue a mover el palo a fin de defenderse pero la sensación de aquel animal le hizo detenerse. No emitía ninguna amenaza, aunque sus gritos eran fuertes y agudos. Aunque no podía comprender cómo podía un ave volar en plena oscuridad pensó que nada malo parecía venir de ello. Respiró y se concentró en tratar de sentir la presencia del Dragón.

Algo como un calor intenso parecía proceder de lo más profundo de la gruta. Determinó seguir avanzando con lentitud hasta que notó una tenue luz semejante al de las ascuas del fuego. Aceleró el paso y se detuvo en seco cuando pudo ver el origen de aquella luz.

Corrientes de fuego circulaban lentamente por la gruta, recorriendo de manera sinuosa las paredes y el suelo. Emitían un fuerte calor y una tenue luz que era la que permitía vislumbrar dónde se hallaba.

- Las venas de la Diosa - se dijo asombrado el joven cazador.

Continuó su marcha saltando de vez en cuando por algún riachuelo de lava que recorría lentamente el suelo. El calor de la gruta se iba haciendo cada vez más asfixiante. Lobo había pasado del frío al calor, de la humedad a la sequedad durante su trayecto, y notaba cada vez más cargado el ambiente de un poder indefinible.

Un nuevo temblor de tierra hizo detenerse a Lobo. El sonido de algo vivo, dinámico, se hacía mayor. Esperó a que todo volviera a su quietud y siguió avanzando. Pasó un pequeño lago producido por el agua de unas curiosas piedras que semejaban dientes suspendidos del techo. De ellas caían monótonamente gotas de agua que caían en aquel lago. Luna estuvo contemplando admirado la extraña belleza de aquel lugar que parecía hacerse cada vez más grande a medida que profundizaba en él.

Algo como un aliento atrajo su atención. Miró hacia el origen de aquel aire pero no pudo percibir nada debido a la oscuridad que reinaba más allá de donde estaba. Decidido rasgó parte de la ropa que le cubría y la ató al palo. Luego se acercó a una de aquellas venas de fuego y lo fue acercando hasta que las ropas prendieron. Sonrió satisfecho y alzó aquel garrote convertido ahora en antorcha.

Siguió avanzando con la luz de la tea adentrándose hacia el lugar de donde notaba que procedía aquel aliento suave. Al irse acercando olió el aire. Olía a limpio, a abierto al exterior. Se detuvo un momento. ¿Sería allí donde habitaba el Dragón? ¿Estaría escondido en el interior de la montaña pero con salida directa al exterior?. Pensó en sí mismo y se dijo que él haría eso precisamente si quisiera guardar algo. Lo depositaría en un lugar donde la entrada

fuera difícil, y donde tuviera una salida secreta para salir de allí con rapidez.

Convencido siguió su marcha hasta que al cabo de poco se detuvo disgustado. Su camino lo cerraba una pared. Movié la antorcha y notó que el aire procedía de algún punto de ésta. Al irse acercando pudo contemplar una especie de agujero que se adentraba en el interior de la pared. Al acercarse la llama ésta se movió ligeramente, por lo que dedujo que era de allí de donde procedía la brisa. Alzó de nuevo la antorcha y volvió a reflexionar sobre aquello.

¿Debía introducirse en aquel túnel o bien buscar otro camino?. Inquieto trató de sentir la presencia que reinaba allí. Algo muy sutil parecía confirmarle que aquel era el camino, era como si alguien tirara suavemente con un hilo para que lo hiciera. Finalmente aquel hábil cazador dejó que su instinto le guiara, como tantas otras veces había hecho, y decidió entrar.

Se arrodilló observando el túnel. Por el tamaño podía pasar un hombre en cuclillas, aunque no podía percibir el final de aquel camino. Dándose ánimo a sí mismo se adentró lentamente. Aquel túnel no parecía terminar nunca y le hacía cambiar continuamente de dirección. Al notar los continuos giros que tenía que hacer al seguir la pared recordó el dibujo que Shamar le había hecho. El camino era similar al del dibujo, sinuoso y lento. Aquello le dió fuerzas para continuar avanzando con la convicción de que efectivamente iba por la pista correcta.

Al cabo de un tiempo creyó ver la salida de aquel túnel, una abertura al exterior débilmente iluminada por la luz de la Luna. Siguió hasta llegar a ella para salir a una enorme extensión circular. Sorprendido se irguió y alzó la cabeza, arriba brillaba el cielo con la luz de la Diosa y las estrellas. El aire acarició su rostro y respiró con fuerza. Sí, había salido del interior para encontrarse en el exterior rodeado en todos lados por la montaña.

Aquello fascinó a Lobo de Luna. Jamás había visto una montaña que estuviera hueca por dentro, parecía estar dentro de una tienda con el agujero en el centro para que saliera el humo del fuego. Miró a su alrededor, en el centro de aquel lugar notó una figura que erguida le contemplaba. Dió un fuerte respingo. Aquel ser no emitía sensación alguna, pero su altura y su quietud le inquietaron. Envuelto en sombras parecía contemplarle impávido, sin emitir sonido alguno.

¿Sería ese el Dragón?. Vaciló un instante pero su curiosidad y deseo le incitó a acercarse. A medida que avanzaba pudo apreciar con mayor claridad qué era aquella figura que se erguía silenciosa en el centro de aquel lugar. Era una gran piedra lisa y colocada de pie. Al acercarse aún más pudo distinguir que a aquella piedra vertical la rodeaba un círculo más pequeño de piedras.

Se detuvo sin traspasarlo, sabiendo que aquello era un círculo sagrado. Acercó la antorcha a la piedra y pudo ver en ella dibujado en rojo un rayo similar al de su pecho. Lobo de Luna sonrió lentamente y se sentó contemplando aquella erguida figura. Aquel era el espíritu del Dragón. Algo como el sonido de un trueno reverberó en las paredes de la montaña. El joven cazador asintió. Ahora sabía por qué se llamaba aquel lugar la Montaña del Trueno.

Shamar le esperaba a unos metros de la entrada a la gruta. La noche se había extendido

en todo su misterio, y el dragón se hallaba sentado contemplando absorto el fuego de una pequeña hoguera que había encendido en ausencia del joven.

Levantó la cabeza al escuchar los pasos de Lobo.

- ¿Has encontrado al Dragón? - murmuró suavemente.

Luna asintió y agachándose comenzó a dibujar lentamente una figura vertical. Shamar miró aquel dibujo y meneó la cabeza asintiendo a su vez.

- El Dragón surge de lo más profundo de la Tierra y asciende hacia lo más profundo de los Cielos - dijo Shamar mientras alzaba su mano dirigiéndola hacia las estrellas.

Lobo levantó la cabeza y contempló la inmensidad del espacio en el que infinitud de luces resplandecían misteriosamente.

- Todo lo que tú ves, sientes, tocas...es Espíritu - continuó Shamar dibujando círculos concéntricos a medida que hablaba.

El joven le miró y asintió. El sabía que habitaba en la Gran Diosa, en un Gran Espíritu que albergaba en su interior a todos los seres vivos. Por eso era la Madre de todas las criaturas vivientes, pues como Madre Viviente cuidaba de todo lo viviente.

- El Dragón es el espíritu creador de la Tierra - prosiguió Shamar - Es la fuerza que mueve todas las cosas, que transforma sin cesar todo lo que ves.

- El Gran Mago - murmuró para sí Lobo.

Shamar asintió lentamente.

- La Obra del Dragón consiste en extraer el espíritu de las cosas, su esencia viviente, y cambiarlas de nivel - continuó dibujando en la figura vertical una serie de trazos horizontales que lo dividían.

- Todo es la misma sustancia en diferentes formas. Las piedras, los vegetales, los animales, las almas...

Sonrió para sí mismo y dibujó un círculo.

- La Sustancia Primordial, el Espíritu que todo lo alberga y por el que todo se produce.

Dibujó una espiral.

- El Espíritu Creador - murmuró - . El que transforma esa sustancia primordial.

Finalmente dibujó un cuadrado. Lobo asintió satisfecho de haber intuido que iba a hacer precisamente eso. Shamar le miró de reojo y sonrió levemente.

- La Obra, la materialización de una realidad - dijo levantándose y mostrando todo lo que le rodeaba - . Un mundo regido por los principios formulados por el Espíritu Creador.

Shamar alzó de nuevo su cabeza y contempló el infinito escenario de luces que habitaban en el inmenso escenario de la noche. Levantó su mano derecha y señaló al cielo con su dedo índice, e hizo lo mismo con su mano izquierda bajándola al suelo señalando la tierra.

- Desde lo más profundo de la Tierra a lo más alto del Cielo todo es realidad creada por ese Espíritu Creador. Realidad que habita y se nutre de la sustancia primordial. Pues el Creador y su Obra habitan dentro de Ella.

Lobo meneó la cabeza confundido por una sensación de vértigo en su cabeza. Por un momento creyó comprender que habitaba dentro de un círculo que estaba dentro de un círculo que estaba dentro de un círculo...Desechó aquella sensación frotándose la cabeza,

asustado por algo que parecía arrastrarle hacia un lugar ignoto para él.

Shamar le miró con curiosidad pero no mostró reacción alguna. Mostró la figura vertical, con los trazos horizontales que la dividían y continuó hablando.

- A medida que asciende el Dragón su poder se incrementa -dijo señalando una a una las líneas horizontales -. Porque sólo se puede dominar aquello de lo cual tú no eres efecto.

Lobo asintió. Conocía la Ley del Dragón porque Shamar se la había explicado en sus charlas iniciales. A tal causa, tal efecto. Todo efecto era producto de una causa, y ésta era la creadora del efecto. La magia del Dragón consistía en la producción de efectos por la acción de una causa. Conocer la causa y aplicarla era la esencia del arte de Shamar.

- Así aquello que era causa se convierte en efecto al encontrar un nivel superior desde el cual obrar - continuó el dragón mostrando el dibujo de los círculos concéntricos -. El círculo interior domina al exterior, y así sucesivamente.

Lobo volvió a menear la cabeza confundido. No acababa de comprender que mientras más dentro estuviera un círculo mayor poder poseyera. Comprendía con facilidad la idea en la figura vertical. El que estaba arriba dominaba al de abajo, pero no entendía tan claramente aquello en los círculos. Se lo comentó a Shamar y éste sonrió asintiendo.

- Ya lo entenderás - respondió encogiendo los hombros .

Quedó un momento callado y le señaló todo cuanto le rodeaba.

- Nosotros habitamos en la Madre Tierra - prosiguió lentamente -. Al ascender por nuestro eje dominamos la energía del nivel anterior. De esta manera ascendemos en dirección a la Fuente Original de la Creación, al Espíritu del Cielo.

Lobo se preguntó cual sería ese eje pero no se atrevió a preguntarle.

- En lo más profundo de la Tierra reposa la semilla del Dragón -continuó hablando Shamar sin mirarle -. Nace en Ella, y crece ascendiendo, sostenido y alimentado por la Madre, en dirección a su Padre Creador.

Lobo miró hacia el Cielo. Lo que quería decirle Shamar era que el Dragón era el hijo de la Madre Tierra y de un Creador que habitaba en los cielos. Parpadeó sorprendido.

- ¿Pero dónde está ese Creador? - murmuró confundido.

Shamar sonrió.

- Cuando sepas exactamente qué es el Dragón, sabrás mejor quien es su Padre - respondió enigmático.

El hechicero miró irónicamente la expresión del joven y suspirando decidió darle una clave de comprensión.

- Contempla aquello que es energía - le sugirió mostrándole su alrededor.

Lobo asintió, y trató de captar algún poder cercano. La brisa nocturna acariciaba su rostro, y el sonido de los seres vivos atraía su atención de cazador, pero no consiguió captar ninguna presencia de poder a su alrededor.

Shamar meneó la cabeza con expresión de disgusto. Cogió un trozo de leña y se la mostró.

- Del Espíritu a la Materia - susurró suavemente -. Eso te he contado.

Golpeó con la madera, dura y sólida, el pecho del cazador. Este dió un paso atrás por el impacto.

- ! Contempla ahora el paso de la Materia al Espíritu ¡ - gritó lanzando con fuerza el tronco a la hoguera.

Chispas saltaron al caer el tronco en el fuego, comenzando éste a arder al cabo de poco tiempo. Lobo contempló cómo aquel sólido objeto se transformaba en fuego, en luz y calor. Quedó callado absorto ante la hoguera hasta que aquel madero quedó convertido en simples cenizas.

- El espíritu de la materia ha sido extraído por el fuego - habló de nuevo Shamar señalando la hoguera .

Se acercó a Lobo y le dió una palmada amistosa en el hombro.

- A partir de ahora buscarás dentro de la gruta la materia para el Trabajo del Dragón - le dijo gravemente -. De esa materia extraeremos su espíritu para forjar la obra.

Miró hacia la montaña y quedó callado contemplándola. Finalmente la señaló con su mano.

- La Diosa en su interior guarda el Espíritu del Cielo - alzó la voz como si hablara a la propia montaña.

De pronto el aire pareció despertar, y una repentina corriente de aire agitó la hoguera azotando con suavidad el cuerpo de los hombres. Lobo respingó estremecido ante la sensación que sentía, era como si alguien más que ellos dos estuviera en aquel lugar.

Shamar giró y le miró sonriente.

- No temas - murmuró -. Es la Diosa que así lo confirma.

Apagó el fuego para dar por terminada la conversación.

- A partir de ahora tendrás que hacerte amigo del Espíritu de la Montaña, del poder que habita dentro de la Tierra...

Los días pasaban lentamente, con la misma rutina de trabajo. Al llegar el crepúsculo Shamar le acompañaba a la puerta de la gruta y le mostraba un mineral. Lobo miraba fijamente aquella piedra y asentía en silencio. Sabía que debía ir a la caza de aquel material dentro de la profunda gruta de la montaña. Luego el dragón extraía su cuchillo y se lo entregaba con una reverencia.

Entraba a la gruta con una antorcha, y pasaba horas enteras dentro de ella, buscando entre sus piedras. Trataba de sentir la esencia de las piedras, a fin de poder reconocerlas intuitivamente. Era una caza mucho más difícil que la del animal, y exigía de él un esfuerzo terrible de concentración. Finalmente, cuando la encontraba, extraía con el cuchillo aquel material, lo metía dentro de su zurrón y volvía a salir.

Emergía a la oscuridad de la noche, en la que la Luna viajaba entre las estrellas, y se quedaba absorto contemplándola durante un instante. Luego le entregaba el zurrón a Shamar, y se despedían sin decirse nada hasta el atardecer siguiente. Lobo se dirigía entonces a su choza, que había levantado desde que Shamar le aceptó como aprendiz de su arte, y caía rendido en un profundo sueño del que no salía hasta bien pasado el mediodía.

Un día Lobo de Luna soñó. Soñaba dentro del tejido del propio sueño. Allá, allá dentro, en lo más hondo de sí, en lo más profundo de su ser, allí donde se tejían los propios sueños.

El fundamento de la realidad se le hizo visible, la estructura que la urdía, y dentro de ésta el poder del espíritu, la luz de la existencia.

Pero Lobo de Luna despertó, y nada recordó. Se levantó con una fuerte sensación de espesor en su cabeza, como si la hubiera hundido en un lugar muy oscuro y denso. El cazador respiró asustado, se sentía débil y con una fuerte inquietud en su pecho. Un recuerdo lejano, como un eco, le llamaba..., pero no sabía cómo identificarlo.

Se encaminó hacia la casa de Shamar, saliendo de su pequeña choza, que estaba dentro de un bosque. La había construido allí porque se sentía seguro en él, en ese mundo donde todo lo que habitaba le era familiar y reconocible.

Encontró a Shamar en el borde del bosque. Parecía clavado como una estatua, esperando simplemente su llegada. Cuando se acercó hasta él, el mago tocó la piedra del pecho de Lobo y la miró fijamente sin decirle palabra.

- ¿Has encontrado ya la Piedra? - murmuró finalmente absorta su mirada en el colgante de Lobo.

El joven seguía embotado con la misma sensación espesa y oscura. Pensó que se refería a la Piedra del Dragón, y se lo dijo extrañado ya que el hechicero sabía que ya la había encontrado. Shamar negó con la cabeza lentamente.

- Eso es sólo una imagen del poder del Dragón - replicó sin mirarle.

Pensó entonces en las piedras que recogía de la gruta, el material necesario para la forja de la espada. Inquieto le respondió si era aquello. El hechicero volvió a negar con la cabeza.

- Eso es sólo el hierro necesario para la espada - murmuró de nuevo -. Es algo distinto al hierro y su secreto de poder.

Extrañado aún más se tocó instintivamente la piedra verde de su pecho. Shamar sonrió levemente y dió un paso atrás.

- ¿Quién te dió esa piedra? - le preguntó enigmático.

Lobo miró fijamente al dragón. No sabía adónde quería ir a parar aquel maestro de armas.

- Me la dió la hechicera de mi pueblo - replicó gravemente -. Es el símbolo de mi misión. Shamar asintió ostensiblemente con la cabeza.

- ¿Y cómo la encontró? - siguió preguntándole.

Lobo le miró aún más extrañado. Era absurdo que le preguntara aquello un hechicero.

- Por una visión que le otorgó la Diosa - contestó con una sensación de inquietud creciente.

Shamar volvió a asentir con grandes gestos de cabeza.

- ¿Y dónde le habló la Diosa ? - continuó preguntado con el mismo aire enigmático.

Lobo notaba como si su inquietud creciera más y más, era como si algo muy grande quisiera ahogarle, tragarle. Por un instante recordó cuando se ahogaba en las aguas del mar, y sintió un fuerte escalofrío.

- En sus sueños - murmuró absorto.

Shamar sonrió lentamente, y agachándose se colocó en cuclillas. Lobo quedó de pie mirándole, paralizado por una cada vez más fuerte inquietud en el pecho.

- ¿Y qué son los sueños Lobo de Luna ? - le preguntó el dragón sin mirarle, con la vista

clavada en tierra.

Algo comenzaba a invadir la mente de Lobo. Se veía contemplando la entrada de la gruta, y cómo bajaba por ella con su antorcha buscando los minerales que en ella se cobijaban. Algo más sabio que él pareció tomar el control de su lengua y hablar a través suyo.

- Nuestra materia prima, nuestra sustancia primordial de la que extraemos aquello que será forjado por nuestro arte.

Shamar dibujó un círculo, mientras Lobo se removía inquieto ante aquel extraño fenómeno. Nunca antes, salvo cuando tomó el Fuego Verde con la hechicera, había sentido que algo existiera dentro de él y que hablara por su boca. Y nunca había sentido que algo más profundo que él existiera y se expresara de una manera tan repentina y fuera de lugar.

- Ella es el Sueño - murmuró el dragón mientras dibujaba dentro del círculo una estrella -. Ella es la luz de la Luna que habita en nuestro interior, y que ilumina nuestra oscura realidad semejante a la gruta.

Lobo quedó callado, absorto en lo que escuchaba en su interior. Era como una voz que le repitiera lo mismo que decía el dragón. Sentía como si aquello ya lo hubiera vivido antes.

- Ella que alumbra con suavidad aquello que fue, es y será - continuó Shamar.

Lobo meneó la cabeza inquieto. Había algo que le ponía cada vez más nervioso, como si fuera a perder el control de un momento a otro. La realidad parecía disolverse de un modo inquietante.

- Todo está tejido por Ella - continuó el mago -. Todo se sostiene por su Poder, y todo se mueve por sus designios a los que nosotros accedemos como en sueños.

- Como en sueños - murmuró para sí mismo Lobo de Luna.

Shamar se levantó y le miró fijamente a los ojos. Lobo quedó hechizado por la mirada del hechicero. Ojos del dragón, acostumbrados a ver en la oscuridad, en el reino donde el hombre normal sólo ve tinieblas.

- Sin el Ojo del Sueño ciego vivirás - habló lentamente el dragón mirando al elegido de la Diosa para ser iniciado a su sabiduría.

Fue entonces cuando el hechicero le llevó a la gruta, y cuando le ofreció el alimento rojo y blanco que le permitiría vislumbrar en la oscuridad, traspasar el velo de los sueños. Fue cuando Lobo de Luna entró consciente en el Misterio del Sueño, en el conocimiento de la sustancia de la propia realidad del alma.

Aquel demiurgo le enseñó las claves secretas de su arte. Le mostró que más allá de la sustancia mineral, vegetal, y animal, existía otra sustancia que era invisible, psíquica. Y que todas ellas eran la misma sustancia tejida de diferentes formas. Que la propia naturaleza de la realidad consistía en un poder que informaba sutilmente a una realidad informe.

Fue la iniciación de Lobo como hechicero. Allí en la gruta aprendió el terrible misterio, el conocimiento de que los hombres soñaban, de que que la sustancia misma de la mente era el sueño. Pues todo consistía en la dimensión del sueño: sueños profundos, sueños ligeros y sueños a los que se llamaba estar despierto...pero siempre todos formando parte de la misma naturaleza psíquica, del material del Sueño. Sustancia última que como agua sutil albergaba la conciencia del hombre.

Lobo en esa experiencia aprendería a recordar que lo que el hombre forja en sus sueños

despiertos sería lo que conformaría su propia experiencia vital. Que los sueños pueden transformarse, al igual que el metal y el barro, pudiendo cambiar una pesadilla, un sueño desconectado del sentido profundo y vital de la Diosa, en un sueño enraizado en la propia fuente pura de la existencia.

Supo entonces que él mismo era un compuesto de sueño y energía, de poder vital y de una conciencia que continuamente mutaba de estado. Sólo el Sueño podía dar fijeza a sus sueños.

Shamar le indicó que él debía forjar su propia realidad, que debía utilizar todo su poder vital para crear con la sustancia del sueño una realidad universal, un mundo interior que le permitiera vincularse a todos los seres, incluidos los dioses. Ese sueño debía reflejar el Sueño. Pues el sueño que soñase despierto sería el causante de los fenómenos que él viviera, la propia experiencia que extraería de su estancia en la Tierra.

Lobo aprendió, allá en la gruta del Dragón, cual era el elemento quintaesencial, el fluido invisible que todo lo unía, aquello que gobernaba el destino de los hombres. Supo entonces que los ciegos al Sueño, por su propia ignorancia, obligaban a negarlo, afirmando su inexistencia y proponiendo delirantes concepciones surgidas de sus aisladas mentes. Y al negar al Sueño experimentaban el adverso de éste, su propia construcción delirante: la pesadilla, aislada de toda realidad creada.

Comprendió que el Sueño debía ser alumbrado con la luz de su alma, y traspasado a la realidad consciente con el fuego de su carne, con la energía de su esfuerzo. Que debía amar todo lo que procediera de su reino. Y finalmente, como en una promesa viva y eterna, supo que a medida que profundizara en el Sueño, más despierto viviría la realidad viva y misteriosa de la Diosa.

Pero de todo esto Lobo se olvidó, sólo recordando el eco de un sueño, de un hombre que soñaba el Sueño. Porque él olvidaría la lección del Vientre de la Tierra, y debería recordar lentamente, paso a paso, aquella enseñanza fundamental que él mismo viviera una vez en el vientre de su madre, cuando él era puro sueño y energía.

Madre dentro de Madre, sueño dentro del Sueño. Y el despertar a la Memoria que nunca llega, que nunca termina.

Lobo de Luna por fin había penetrado en el corazón de sueño, y una visión mágica había tomado raíces en su alma. Ahora debía aprender el secreto de la energía, el medio de transformar la visión en obra. Debía aprender a dominar las fuerzas que en sí mismo habitaban dormidas, en latencia, y sujetarlas a su mando, obtener el poder del dragón.

Era el momento de la iniciación de Lobo en el Arte del Dragón. Tendría que despertar al dragón de su interior, y dejar que fuera ascendiendo lentamente en él hasta por fin conseguir ser una sola identidad. Inmóvil ante la fragua, el joven escuchaba las palabras ceremoniales de bienvenida al trabajo del hierro.

Delante de él se hallaba la Piedra del Rayo, el Hierro Celeste procedente del misterioso reino sideral, ante su mirada se encontraba la materia más sagrada para el herrero. Lobo escuchó atento las palabras misteriosas de Shamar y recibió con profundo agradecimiento el

cuchillo que le ofrecía el dragón como ofrenda y bienvenida.

- Ahora serás compañero de mi Arte - habló el hechicero.

Le mostró la Piedra del Rayo y le indicó que acercara su cuchillo hacia ella. De súbito sintió una fuerza que atraía poderosamente el arma hacia la piedra. Era como una atracción constante que provocase que aquel cuchillo tuviera que pertenecer a aquella misteriosa piedra.

- Tu poder necesariamente aspira a su Fuente - murmuró el dragón -.

Lobo soltó el cuchillo y contempló fascinado aquella unión entre el hierro del cuchillo y el Hierro Celeste.

- Así es el impulso del dragón - continuó Shamar - surge de las entrañas profundas de la carne, como el hierro que obtenemos de la gruta, y asciende poderoso guiado hacia el Cielo, hacia el Reino de los Astros Brillantes.

Lobo recordó las enseñanzas sobre el espíritu creador y asintió lentamente. El espíritu creador se manifestaba en la carne como la fuerza progenitora, y en el alma como el poder creador.

- Ahora descubrirás el secreto del hierro - habló Shamar mirándole fijamente - Atiende y penetra en su misterio.

El dragón recogió las piedras que Lobo había extraído de la gruta. Unas piedras negras sirvieron para atizar un fuego que prendió lento pero constante. Para ello el hechicero encendió un fuego y entonó un canto mágico. Cantaba al espíritu del carbón, al poder ígneo que se hallaba encerrado en aquella piedra. Lentamente aquellas negras y frías piedras fueron despertando a la vida al contacto del fuego inicial que había prendido Shamar. El color anaranjado de las piedras transformadas por el calor hechizaron los ojos de Lobo.

El ambiente desprendía una especial energía, una fuerza despertada que los sentidos despiertos del joven cazador captaban claramente. Contempló en silencio la siguiente maniobra del dragón. Cogió las piedras verdes, que según el hechicero, poseían el espíritu del hierro en su interior, y las colocó en un recipiente metálico.

Luego, Shamar se sentó y comenzó a mantener el fuego de las piedras constantes mediante un fuelle de aire que presionaba con el pie. Mientras lo hacía parecía cantarle a las piedras que parecían irse lentamente fundiendo unas con otras. Aquellas piezas aisladas de materia se iban transformando, por la acción constante del fuego, en una única sustancia líquida y ardiente.

- Funde - habló de pronto el dragón con voz grave y sonora.

Al cabo de un largo rato se levantó y mostró a Lobo el resultado de su operación. Desprendiendo una extraña fulgencia resplandecía una sustancia que Luna asoció a aquellas corrientes de fuego que habitaban en la gruta. El sonido de la noche daba un velo misterioso a aquella visión del hechicero mostrándole el ígneo líquido.

Shamar mostró un molde a Lobo.

- Aquí yacerá la sustancia del hierro - le dijo al joven.

Con sumo cuidado fue depositando aquella ardiente materia líquida en el recipiente que conformaba una figura alargada y recta. Una vez rellenado del todo aquella matriz el dragón quedó largo contemplando cómo el abrasante metal iba enfriándose y apagándose

lentamente.

De pronto un trueno sonó en el horizonte, y el viento trajo noticias de la llegada del Agua del Cielo a la Tierra. Shmar levantó la cabeza del objeto de su contemplación y sonrió levemente mirando el inicio de la lluvia cayendo sobre la puerta de su fragua.

- Será una buena espada - murmuró .

Salíó al exterior con una de sus vasijas de barro y la dejó fuera. Así estuvo un rato mirando cómo el recipiente se llenaba de agua con una leve sonrisa en sus labios. Cuando estimó oportuna la cantidad de agua recogió la vasija y se dirigió de nuevo hacia el interior. Se acercó al candente metal y echó suavemente el líquido contenido del recipiente. Al instante un fuerte sonido surgió del hierro desprendiéndose una súbita nube de humo.

A una indicación del hechicero Lobo se acercó hacia el hierro bruto. Estaba como ennegrecido, y era de superficie irregular. No comprendía cómo era posible aquello. Las espadas eran lisas y brillantes. ¿Qué extraña magia convertía entonces aquel material en una bella arma?

- Forja - sonó de nuevo la voz grave del dragón.

Extrajo de molde aquel trozo de hierro, y lo colocó sobre un yunque.

- Esta será tu carne - dijo lentamente.

Tomó un martillo y se lo mostró.

- Esta tu voluntad sobre la materia - continuó.

Sin decir nada más el herrero se aplicó a su trabajo. Debía esforzarse, usar el fuego de su carne para transformar el hierro en obra. Tomó unas tenazas y sujetando firmemente el metal sobre el yunque comenzó a golpear fuerte y constantemente el martillo sobre el hierro. Golpeaba una y otra vez, y otra, luego descansaba.

El ritmo del martilleo constante sonaba en la noche iluminada por el fuego ardiente de las brasas. Allá, en la fragua del dragón, sólo se escuchaba el canto de la lluvia, del trueno, y un musical sonido del hombre que iba variando el compás de su trabajo a medida que iba forjando su obra.

Y allá estaba Lobo de Luna. Contemplando fijamente el trabajo del dragón a fin de repetirlo él a su vez. Con su cuchillo al cinto, conquista del cazador de piedras subterráneas en que se había convertido, iba ahora a encaminarse hacia el logro de su viaje: la conquista de la espada, del arma del dragón.

5.

LA FORJA DEL DRAGON

Sentado al pie de la Piedra del Dragón el joven aguardaba una señal del Espíritu. Así debía ser para que pudiera acceder al uso de los instrumentos del Arte. Pues tomar parte en la forja de la espada exigía que él mismo fuera forjado según los mismos principios. Según Shamar el dragón y la espada se hacían uno en el proceso de la forja, y sólo viviendo el hombre el mismo proceso que el hierro podía penetrarse en su secreto.

- Para que el poder del dragón ascienda en tí primero ha de descender sobre tí - fueron las únicas palabras que dijo indicándole que se sentara y colocara su espalda sobre la piedra.

Y allí estaban ambos hombres, en el interior de la Montaña del Trueno aguardando el momento de la unión, de la consagración del joven cazador de las montañas como miembro activo del clan sagrado del dragón. La Diosa, que había llevado a Lobo de Luna por los caminos de su destino, debía ahora concederle el signo imperecedero de su Bendición.

Luna no podía imaginar qué podía significar aquel signo del Espíritu. Con la espalda erguida y apoyada sobre la piedra vertical aguardaba en silencio a que el Misterio abriera sus puertas para él, el momento mágico en que la Diosa Misteriosa desvelara uno de sus secretos. Miró a Shamar y sintió un profundo respeto hacia aquel hombre que guardaba en la soledad de su alma el conocimiento de los hechiceros, de aquellos hombres y mujeres que velaban por el bienestar de sus semejantes practicando un arte medicinal que permitía la vinculación del hombre con el misterio en el que habitaba.

El dragón miraba al cielo sonriendo. Estaba contento de que la Tierra amparara su oficio, y de hallarse presente en la consagración de uno de los suyos. Sobre ellos iban formándose negros nubarrones, cargados de poder celeste, que de un momento se uniría a la fuerza telúrica del suelo. Dos grandes fuerzas iban a realizar su matrimonio, su unión, para así permitir la existencia de una tercera.

La luz del Sol iba amortiguándose a medida que iba entrando el Astro Rey por la Puerta de Occidente.

De pronto el Trueno sonó y Lobo de Luna alzó su cabeza sorprendido por el modo en cómo sonaba desde el interior de la Montaña. Era como si las paredes que le rodeaban vibraran con el sonido del cielo. Al también vibrar la piedra de un modo extraño en su espalda Lobo dió un respingo instintivo arqueando el cuerpo y apartándose así de la piedra. Miró al suelo y se mordió los labios ante aquella muestra de temor. Respiró fuertemente y volvió a colocar la espalda sobre la piedra.

Tocar su cuerpo la piedra y ser lanzado hacia adelante por una fuerte descarga fue todo lo mismo. Sintió que su carne era separada de los huesos. Se levantó tambaleante por la conmoción y miró hacia arriba donde el nuevo el Trueno sonó. Esta vez el sonido de éste atravesó su propia cuerpo llegando hasta la médula de éste donde vibró.

Aquella vibración le aturdió aún más de tal manera que sintió que caía hacia un túnel oscuro. El miedo a disolverse en la oscuridad asaltó el alma del joven y un grito nació de su pecho. Lobo se perdió en el grito, fue en un momento sólo voz, y sintió que se desvanecía.

Cayó de bruces mientras la lluvia mojaba con fuerza su cuerpo inerte.

Shamar se arrodilló ante el joven y tocó el corazón del cazador. Aún seguía latiendo, débil pero constante. Suspirando el hechicero se sentó. Ya estaba hecho. Aquel joven había sido aniquilado, disuelto, y sólo tenía una salida: edificarse, forjarse según los principios de la

Diosa.

El dragón miró durante largo el cuerpo de Lobo. En verdad la nobleza de aquel cazador le había impresionado consiguiendo su amistad. Obediente a la llamada de la Diosa había recorrido un difícil viaje para encontrar su destino. Y ahora el oro de su alma iba a ser probado, para permitir así que de él surgiera un nuevo hombre. Aquel joven iba ser forjado como un hombre de su clan. Ese era su destino vital y así había ocurrido todo.

Finalmente el hechicero cargó con su cuerpo y lo llevó hacia el interior de la gruta. Fue una tarea lenta y penosa tener que llevar arrastrando al joven por el laberinto de la gruta. Finalmente consiguió dejarle en un lugar de la gruta, que tan sólo él conocía, Allí descansaba la figura de la Diosa Madre guardando al Hijo en forma de llama.

Tapó al joven y se sentó ante él quieto y callado, escuchando la respiración entrecortada de Lobo. Sabía que estaba librando un combate en su interior.

Lobo se hallaba en un lugar misterioso. Seres invisibles le rodeaban y descuartizaban su cuerpo en pedazos. Se resistía pero nada podía hacer, se hallaba como inerte, sin defensa. Luego le colocaron en una olla gigantesca en el que brillaba una misteriosa sustancia verde y dorada.

Inerte y aterrorizado contemplaba sus propios pedazos sin posibilidad de hacer nada por remediarlo. El terror de verse en piezas paralizaba la fuerza de su alma, apagaba su valor. Voces misteriosas sonaban en un lenguaje incomprensible para él. Sumergido en aquella sustancia alzó los ojos de su cabeza decapitada ante la presencia de una fuerza que descendía hacia la olla.

Era como si un tubo de luz bajara hacia él. De aquel túnel vertical parecía descender un hombre, pero la brillante luz le hizo cerrar los ojos.

Todo desapareció para hundirse en un oscuro sueño en el que amorosos brazos le sostenían y le guardaban. De su pecho un profundo suspiro surgió aliviando los miedos pasados. En el fondo todo iba bien.

Pues Lobo era de la Luna.

Temblando en el interior de su alma por un miedo oscuro, por el temor dejado en él la posibilidad de aniquilación total, Lobo trataba de trabajar en la obra del dragón, en la confección del arma soñada.

Al inicio de cada jornada Shamar invocaba a los espíritus que intervenían en la obra. Estos eran el fuego, el agua, el aire y la metálica piedra. Se trataba de conjugar aquellos cuatro elementos en uno sólo, tal era el sentido de la espada.

Pero existía un factor misterioso, que bien conocía ahora Lobo. Se trataba del Espíritu de la Tormenta, pues éste presidía los trabajos del metal. Y aquel espíritu era el propio dragón, que según afirmaba el hechicero habitaba en el interior de la carne de Lobo como su propia esencia viril, como su propia capacidad fertilizadora y creadora, como su innato impulso ascensional. Era aquella energía la que el joven debía despertar y utilizar para poder forjar su arma.

Shamar le repetía a menudo que todo lo que les rodeaba era en realidad un mismo

principio bajo diferentes formas. El Espíritu se expresaba en el movimiento de los seres vivos, en la luz de los astros y sus desplazamientos...Era la Fuerza que sostenía la realidad y lo informaba según su Voluntad.

También en el joven habitaba dicha fuerza misteriosa, expresada en diferentes formas.

- La fundamental es nuestro Sol - y se tocó el pecho sonriente.

Lobo, compungido, escuchaba sin apenas atender.

- Otra despierta cuando el niño es llamado a ser hombre - y se tocó los genitales.

Lobo sonrió tímidamente. Según el dragón era la energía de su interior la que debía ser forjada. Su espíritu innato de lucha, de combate, debía ser templado como la espada; y debía ascender su poder fecundador hasta la propia cabeza forjando así al individuo varón, consciente de su propia realidad viril.

Sin embargo aquel proyecto de forja tropezaba con un serio obstáculo en el alma de Lobo. Desde la iniciación, que había dejado una marca candente en su interior, sentía que habitaban en él ardientes corrientes así como otras frías y húmedas que le dejaban inquieto y paralizado.

-Una es el valor, otra el miedo - le afirmó Shamar.- Habras de usar la una para vencer a la otra, al igual que deseas usar la espada para aniquilar a tu enemigo.

Pero aquel combate interior contra su propio miedo dejaba a Lobo deshecho cada día. Antes él pensaba que el valor se dirigía hacia el exterior, hacia la victoria sobre otro hombre. Su sed de venganza se había apagado, para aparecer en sueños el gigante odiado como un monstruo terrorífico que no cesaba de golpearle una y otra vez, dejándole humillado en tierra.

Imitando a Shamar el joven trataba de imprimir secos y precisos golpes al metal con un ritmo constante. Pero el desaliento le hacía dejar una y otra vez el martillo, con la convicción de que jamás podría forjar una espada.

Salía entonces a pasear por el bosque, tratando de hallar de nuevo la confianza perdida. De vez en cuando la tormenta aparecía y le hacía sentir algo misterioso e indefinible que nunca antes había experimentado. Escuchaba al trueno y veía los relámpagos cruzar los cielos en soberana libertad. Entonces algo pesado y oscuro le hacía sentarse y romper a llorar. Se sentía como dividido, como si le faltara algo y ya no fuera capaz de recobrarlo. La lluvia le reconfortaba y sentía entonces un fuego especial en su pecho, un fuego que no quemaba, un calor que le hacía animarse y volverse a levantar.

Pero aquello desaparecía al rato, y volvía a vivir bajo el temor a no sabía qué. Aquel bravo cazador se había transformado en un hombre taciturno y reservado. Apenas comía y andaba como un sonámbulo por la isla. Declinaba toda invitación a comer en casa del hechicero, y pasaba largas horas perdido en el bosque, buscando en los caminos algo que no encontraba.

A menudo aparecía ante él el recuerdo de Rayo de Luna y una tibia sonrisa aparecía en su rostro, para de inmediato bramar de dolor ante el destino de la joven. La imaginaba siendo violada salvajemente por el gigante y sus hombres, y luego asesinada sin piedad. Entonces algo se quebraba en su pecho, y de nuevo lloraba vencido en su interior. ¿De qué servía ya la venganza, de qué conseguir el arma?. La humillación ya estaba hecha, y nada podía lavar la afrenta. Se dejaba caer al suelo y pasaba largas horas contemplando encogido el paso del

día y de la noche, del cielo azul y las estrellas brillantes.

Otras veces surgía en él una energía irresistible que le hacía erguirse como un rayo. Sentía que su cuerpo ardía, que emitía un poder jamás antes sentido. En esos momentos era todo fuego. Se dirigía entonces a la fragua y tomando el martillo golpeaba furiosamente la espada, con un deseo frenético de obtener de una vez por todas el objeto deseado.

Shamar nada comentaba sobre sus idas y venidas. Dejaba que Lobo encontrara su propio ritmo, su propia vinculación con el Misterio de su arte. Sabía que el joven aún no sabía conservar su poder, que lo desperdiciaba sin sentido. Pero nada podía hacer, pues cada dragón tiene su propio camino en los misteriosos senderos del Espíritu.

Así pasaban los días de Lobo: ora helado, ora ardiendo. Ora ahogado por las lágrimas, ora quemado por su ira; ora deprimido, ora exaltado; ora inhibido, ora excitado. Y así una y otra vez, continuamente, sin cesar.

Un día se armó de determinación, del espíritu del yunque y el martillo como decía Shamar, y decidió trabajar cuando se sentía hundido. Muchas veces deseaba salir del lugar de trabajo, pero se contenía y trataba de ahogar su llanto. Los golpes entonces eran más lentos y débiles, espaciados por largos momentos en los que el joven quedaba absorto en su dolor interior.

Y todos esos momentos, esos ascensos y descensos, comenzaron a quedar grabados en el metal de la espada. Así el hierro era testimonio del camino del joven. Pues la espada y el alma del cazador comenzaban a ser la misma realidad, reflejo mutuo de la identidad de Lobo.

Aún había mucho tiempo para que la espada acabara de ser forjada. Pues lo que no sabía el joven es que de la fragua del dragón sólo se terminaba cuando ésta en verdad era un arma del dragón.

La primera vez que Shamar tomó la primera espada de Lobo la sopesó con cuidado. El joven se sentía contento de haber por fin conseguido su objetivo. El dragón sonrió irónicamente y se encogió de hombros devolviéndole el arma.

- Veamos si es en verdad una espada - dijo dando media vuelta y dirigiéndose hacia donde guardaba una de las armas por él confeccionada.

Con la espada en la mano se dirigió hacia el joven y con fuerza lanzó un golpe hacia la espada de Lobo. Esta simplemente se quebró por el impacto.

- No está mal para ser la primera - murmuró suavemente el dragón.

Lobo volvió a hundirse en la tristeza contemplando su obra rota en dos pedazos. Sintió un fuerte deseo de abandonarlo todo, pero al fin consiguió dominarse y tomar fuerzas para volver a empezar. Debía fundirla de nuevo, y volverla a forjar. No había otro camino.

Con el tiempo Lobo comenzaba a adquirir constancia en su trabajo. Incluso conseguía a ratos que el ritmo del martilleo fuera rítmico y constante. Pero aún así a veces la tormenta aparecía y sentía un fuerte deseo de salir en su busca. Salía entonces de la fragua y se hundía por los caminos del bosque mientras la lluvia caía sobre él.

La espada seguía forjándose, pero algo dentro de él sonaba llamándole para conseguir una meta indefinible. Cuando la tormenta aparecía un recuerdo oscuro aparecía cada vez más presente en su alma. Lentamente las energías despertadas de su cuerpo comenzaban a forjarse en torno a un pilar central, sentía que el fuego de su carne se unía al sueño de su

alma, pero no sabía sin embargo cual era ese sueño.

Finalmente consiguió forjar la segunda espada. Shamar le miró fijamente, como si esperara algo por parte del cazador. Hacía ya meses que trabajaba junto a él, y la amistad había permitido que Lobo pudiera sondear en el corazón del hechicero. Algo quería el dragón, pero nada le decía. Shamar tomó cuidadosamente la espada, la sopesó y volvió a dársela con lentitud.

- Ya lo has conseguido - murmuró -. Será una buena arma para matar.

Lobo agachó la cabeza compungido, sin saber qué decir. Sentía un vacío interior, una ausencia de logro real en la obtención de aquella arma. ¿Aquello era todo?.

- Entonces ya puedo irme - dijo con cierto aire de interrogación.

Shamar no respondió. Parecía decepcionado de la actitud del joven. Con la cabeza agachada contemplaba absorto el yunque y el martillo sobre él.

- Entonces - insistió - ya conozco el arte del dragón.

El hechicero levantó de súbito su rostro. Sus ojos parecían llenos de fuego, cargados de chispas que sobrecogieron a Lobo. Jamás antes había visto tanto poder en la mirada de un hombre.

- Tú sólo sabes lo que buscabas - dijo con furia contenida -. Pero nada aún sobre la verdadera espada.

Lobo ladeó la cabeza intrigado. De alguna manera aquella respuesta le daba pie a seguir preguntando. No sentía que hubiera acabado su misión, aunque era evidente que ante él tenía el objeto material de ésta.

- ¿Qué es lo que quieres que diga? - respondió serenamente.

El dragón sonrió levemente, tomó su espada y se dirigió hacia la Piedra del Rayo, hacia el Hierro Celeste. Alzó la espada y descargó un fuerte golpe sobre la piedra. El impacto rompió la espada en varios pedazos.

- Es sólo un hierro - dijo mirando con desprecio los trozos de metal en el suelo y dándole la espalda al joven.

Lobo quedó absorto ante aquellos pedazos. De pronto algo, como un eco, pareció llegar hasta él. Era como el sentido mismo de su búsqueda, era como si por fin consiguiera comprender el deseo de la Diosa.

- El arma del dragón - dijo lentamente -. El arma del espíritu.

Shamar giró y le miró sorprendido. Por fin aquel impaciente joven comprendía el significado de su arte sagrado.

- Tú eres esa arma Lobo - le replicó gravemente -. En el combate de la vida la Diosa te eligió para que fueras uno de sus guerreros.

- Entonces la espada...- murmuró Luna.

- La espada sólo era un ardid de la Cazadora para atraparte.

De pronto recordó a aquella mujer que con el arco apuntaba hacia él. La Diosa había tejido una red y mediante un señuelo le había ido llevando hacia su destino.

- Qué ciego soy Shamar - se quejó el joven cazador.

El dragón le miró sonriente meneando la cabeza.

- Sólo eres un hombre, Lobo - murmuró suavemente -. Sólo un hombre en el camino de

la Forja del Hombre.

El trabajo de la forja cambió radicalmente desde aquel día. La actitud callada y reservada del hechicero se convirtió en una permanente enseñanza de principios que mostraban un conocimiento sobre la identidad oculta de la naturaleza humana. La nueva espada que iba a forjarse era ahora un mero símbolo material de los logros que en sí mismo consiguiera Lobo.

Aquella nueva arma iba a ser el reflejo del conocimiento obtenido, del dominio de sí mismo sobre las fuerzas que habitaban en su interior. Y a la vez iba a ser el lazo, el vínculo que unía a aquel cazador con los poderes de la existencia.

Pues la espada, bendecida por la Luna, extraída de las entrañas de la Tierra, forjada con el impulso creador de su carne y la inteligencia de su alma, era el arma de la luz, del Sol que poderoso gobernaba el discurrir de la vida.

Era el arma con el que vencería la oscuridad de su alma, con el que dominaría el temor de su existencia, con el que conseguiría la soberanía de su interior. No había otro reto mayor en toda la existencia que obtener dicho poder.

- Un dragón se vincula al poder del Espíritu - le afirmó Shamar mostrándole su propia espada unida a la Piedra Celeste -. Tal es su logro, su permanente aspiración.

Para conseguir aquella vinculación debía eliminar en él mismo todo obstáculo que impidiera la libre circulación de la energía en su interior. Debía aprender a adquirir dicha energía, conservarla y utilizarla. Aquella energía no sólo se mostraba en su interior, sino que aparecía en diferentes formas. Debía saber reconocer al espíritu en sus múltiples manifestaciones, las fuerzas de la existencia, a fin de ir consiguiendo la unificación de todas bajo el Imperio del Misterioso Espíritu. Principio Unico que atraía todo hacia él con la misma misteriosa fuerza que la Piedra Celeste a la espada. Era el Apex.

Así todo el Universo se hallaba impregnado de su influencia, y al igual que el Universo su propio cuerpo era la totalidad de la realidad viviente en el que él debía habitar. Dentro de su propia realidad vital residía el mismo principio misterioso, ajeno a las circunstancias, que no podía crearse ni destruirse, sino simplemente transformarse. Pues todo lo que contemplaba eran simplemente transformaciones del mismo principio universal.

El ascenso de la energía vital, de aquella fuerza creadora que surgía desde la raíz de su columna, desde la fuente de la procreación, iba formulando en sus diferentes niveles una columna que debía ascender hasta su origen. Su vitalidad, su sentimiento, su inteligencia, todo eran diferentes manifestaciones de la misma energía que poseía un sentido en sí misma, un destino.

Aquel pilar de poder por el que ascendía el dragón, aquella columna de viril hierro fue claramente definida cuando contempló el nacimiento del hijo de Shamar. Ante él se hallaban una mujer y un hombre, madre y padre, que mediante su existencia traían a la realidad una nueva existencia. Dos poderes que unidos formaban un nuevo poder.

- La magia más poderosa de todas - murmuró con lágrimas en los ojos el dragón mientras alzaba a su hijo hacia al Sol.

¿Quién era el Forjador de semejante Magia?. ¿Quién el Creador de la Madre Tierra y el Padre Sol?. ¿Quién el que había depositado en la Tierra la tarea de la Forja del Hombre?. Al

medida que iba descubriendo su poder demiúrgico, su capacidad creadora en la existencia, su poder de transformar el barro en vasija, el hierro en espada...más comprendía su insignificancia.

Pues, como dijo el hechicero, ni él ni su mujer eran los responsables últimos de la creación de aquel nuevo mundo que era su hijo, sólo los transmisores de un misterio. El podía edificar casas, construir objetos, pero no podía forjar ni siquiera un simple arbusto.

- Un día el hombre será capaz de volar como el pájaro - continuó mirando la Luna y las estrellas -. Forjará mundos insospechados para nosotros, pero seguirá siendo incapaz de crear nada vivo, nada vinculado al Espíritu.

Por ello la verdadera esencia de su arte no era la fabricación de objetos, sino el de aceptar sin temor la vinculación hacia un Misterio del que el hombre sólo era criatura.

El hombre forjaba sus pequeñas obras. La Tierra...su Obra.

El trueno sonó en el cielo, y ambos hombres sonrieron contemplando cómo caía el agua de vida del cielo. Luego el Sol apareció y calentó sus húmedos cuerpos. La Vida seguía atareada procurando forjar...más vida. Tal era el Designio del Misterioso Espíritu.

Los hombres volvieron a su tarea, al estudio de su arte y su ciencia, fieles a la innata necesidad de penetrar y descubrir los secretos de la naturaleza. Fieles al impulso del hombre y su destino.

La adquisición del temple era en sí misma el secreto de la espada. La aleación del metal, el conseguir que gracias a la acción del fuego y el agua aquel objeto recto adquiriera su verdadera dureza. Al igual ocurría en el interior de Lobo, pues poco a poco iba comprendiendo que aquella energía despertada en él se mostraba ora activa, ora pasiva, ora como excitación ora como inhibición.

- El Sol y la Luna son los padres de nuestro principio - le dijo mostrándole una sustancia al que llamó esencia del dragón.

Aquella sustancia poseía extrañas propiedades. Extraído por el calor surgía de una piedra rojiza un metal de color plateado que sencillamente era líquido. Lobo quedó absorto jugando en su mano con aquel extraño material. Se dilataba y encogía por la acción de calor con suma rapidez, y adoptaba la forma del lugar donde lo colocara al igual que el agua.

- Tu mente es como él - dijo lacónicamente el herrero.

Lobo lo dejó encima de la mesa y contempló los objetos que en ella se hallaban. Una pieza de oro, otra de plata y aquel elemento misterioso que luego sería llamado mercurio; una pieza de carbón, un cristal, y un diamante. Estaban hablando de la transmutación de los metales, de la transformación de una sustancia en otra. Y como siempre hablaban ante aquellos materiales.

Según afirmaba Shamar aquella esencia del dragón ascendía por el calor hacia arriba eliminando a su paso todo obstáculo. Su movimiento oscilante era similar a la corriente del dragón, y si él conseguía fijarlo alcanzaría la esencia del trabajo. Aquella metáfora sólo indicaba que debía conseguir no sólo tomar conciencia de la energía de su interior, sino llegar a estabilizarla de tal manera que dejara de sufrir perturbaciones fuera por exceso o defecto de su uso.

- Pero ahora hablemos de la espada - cambió de súbito de conversación -. Pues sin la materialización de tu espíritu de lucha, de tu valor, de nada sirve hablar de poder.

Lobo asintió. Habían pasado muchas cosas desde que había decidido forjar la espada del interior. Una de ellas, y fundamental para él, es que su animal de poder había aparecido en sueños acercándose a su lado y trotando junto a él. Cuando despertó vió con asombro que dormía con él el lobo de Shamar. El animal despertó a su vez y mirándole apaciblemente le había lamido en la cara.

Desde entonces se habían vuelto infatigables compañeros de cacería, tal como Lobo había soñado. Corrían juntos por el bosque y se unían instintivamente a la hora de seguir la presa. Luna admiraba de su compañero la seguridad con la que se movía, la resolución de sus acciones, y el valor que mostraba ante cualquier imprevisto. La compañía del lobo regeneraba en él su propia confianza, volvía a sentir el poder de su tótem.

La primera vez que Shamar descubrió aquella amistad sonrió y dió una fuerte palmada.

- En verdad eres un dragón - dijo mientras acariciaba la cabeza del lobo.

La bravura de su corazón era el elemento esencial a la hora de fijar el alma de la espada. Pues a medida que superaba el oscuro temor iba comprendiendo que la forja de la espada era la indomabilidad de su alma, que la dureza del hierro era la fuerza de su coraje. Que el dueño de la espada era dueño de sí mismo al alejar de sí los miedos paralizantes que impedían la libre circulación de su poder interior.

- Creo que ya es hora de probar mi hierro ante el Hierro Celeste - respondió Lobo.

Shamar asintió. Se dirigieron hacia la forja y el joven tomó la tercera espada que había forjado esta vez desde su interior, como reflejo de sí mismo. El brillo del metal refulgía a la luz del Sol, y un fuerte orgullo surgió poderoso de su pecho de manera natural y espontánea. Aquella en verdad era su obra.

El dragón mostrándole la piedra le invitó a que él mismo probara su temple. Lobo suspiró un momento y sin escuchar la sombra de temor que apareció rauda en su mente lanzó un fuerte golpe a la piedra. Chispas saltaron del impacto, pero la espada no se quebró.

Sin poder evitarlo comenzó a dar saltos de alegría. Se sentía más fuerte que nunca, dueño de una energía nunca antes sentida y con el arma maravillosa en la mano. Comenzó a moverla de un lado a otro como si luchara contra un enemigo imaginario.

El dragón sonrió irónicamente. Aquel joven aún no sabía que apenas acababa de empezar el estudio de su Arte. Se dirigió hacia la fragua y tomó la espada que él mismo había confeccionado. Luego se acercó parsimonioso hacia Lobo y dibujó un enorme círculo con la espada. Entró en él e invitó al joven a que también entrara.

- Veamos que tal te defiendes -dijo con la espada apuntando al suelo.- Si logras tocarme habrás vencido.

Lobo sonrió infantilmente y aceptó el reto. El trabajo de la forja había desarrollado su musculatura, sentía que su brazo derecho era más fuerte que nunca, y la energía de fuego que había despertado le hacía pensar que era prácticamente invulnerable.

Se lanzó hacia el dragón y éste simplemente giró dejándole pasar y dándole un fuerte golpe en la nuca con la hoja plana. Lobo aturdido dió media vuelta, respiró fuertemente y volvió a lanzar un ataque esta vez sin avanzar. El vacío fue el elemento que encontró en su

ataque, y perdió el equilibrio debido a la fuerza de su golpe. Un golpe en la coronilla le hizo erguirse con una mueca de dolor.

El Sol, sonriente y sereno, iluminaba los movimientos de los dos hombres. Uno de ellos apenas sudaba, el otro respiraba entrecortadamente repleto de sudor. El tiempo iba pasando, y los golpes en la nuca y la coronilla seguían ofuscando al joven. Por un momento se olvidó de su amistad con Shamar y una fuerte ira invadió su alma. Sintió que el fuego crecía en él hasta llegar a su cabeza, formando como una llama invisible en ella.

- No está mal - murmuró el dragón sonriente -. Posees un fuerte espíritu de lucha.

Encolerizado lanzó un terrible grito unido a un golpe directo a la cabeza del hechicero. Este volvió simplemente a girar y a darle esta vez un fuerte y seco golpe en la nuca que provocó que el joven cayera aturdido en el suelo. Levantó su cabeza y vio la espada en el suelo. Ante aquella visión algo pareció quebrarse en el joven, y por un momento sintió deseos de llorar.

- Vamos Lobo - sonó una voz a sus espaldas - haz honor a tu nombre.

El joven apretó fuertemente las mandíbulas y se irguió de nuevo. Quedó quieto esta vez, esperando el ataque del dragón. Este sonrió y haciendo un amago hacia la izquierda le golpeó fuertemente en la muñeca haciendo que de nuevo la espada cayera al suelo. Lobo se sentía fatigado hasta el extremo, y el anochecer iba teñiendo de misterio el aire de la isla. Apenas podía ya sostener la espada, y el dragón seguía tan fresco como al principio.

Lobo finalmente se dejó caer de rodillas y clavó la espada en tierra. Ya no podía más.

- Has conseguido ser un herrero - sonó grave la voz del dragón -. Pero no eres un guerrero.

El cazador levantó sus ojos hacia el hombre de la espada y asintió suavemente. Aún no era tiempo de marcharse de allí. Había descubierto una energía misteriosa, había aprendido que debía forjarla según el principio recto del conocimiento, y finalmente había forjado su arma soñada según arte y oficio. Pero...¿de qué servía esa arma sin un brazo diestro que la manejara?

- Vencer al adversario es el siguiente secreto del dragón - murmuró Shamar sentándose junto a él y clavando también su espada junta a la suya.

La Luna apareció ante los hombres con su cortejo de estrellas en forma de barca. Aún faltaba mucho para que aquel hijo de Luna fuera en verdad un artista del combate de la vida.

6.

LA ESPADA VERDADERA

El mundo era combate, lucha entre principios de vida y muerte, de evolución e involución, de creación fértil y estéril esclavitud que encerraba el principio vital para que no consiguiera su plena actualización, el desarrollo de su potencia.

Shamar le entregó solemne el oro y la plata, símbolos de la pureza celeste del Sol y la Luna. Con ellas Lobo forjó la empuñadura de su espada. Una vez terminada la tarea en la fragua fueron hacia la Montaña del Trueno.

- Ahora eres hierro del Cielo - murmuró - Habrás de combatir toda tu vida contra la negación del impulso del dragón, contra el adversario que pretende negar el natural avance de la Vida.

Pues aquel hierro, extraído de sus entrañas, era símbolo del poder creador de la Madre Tierra. En ella existía el combate, y sólo podía prevalecer el más fuerte. El espíritu de lucha de Lobo debía ser regido por el triunfo del Espíritu sobre el mundo. Espíritu vital que despertaba a los seres hacia su destino, que empujaba los mundos giratorios en pos de una cada vez mayor libertad y fertilidad.

Quedaron quietos mirando fijamente la montaña, había que aguardar un signo del Espíritu. Shamar estaba absorto contemplando su cumbre. De pronto un grito penetrante sonó y Lobo alzó la cabeza sorprendido. Allá arriba, en la cumbre, volaba majestuoso el halcón.

- He ahí nuestro desafío - murmuró el dragón.

Comenzaron el ascenso. El camino hacia la cumbre era difícil y escarpado, lleno de obstáculos que impedían la marcha una y otra vez. La fatiga se apoderaba de sus miembros, y mientras más ascendían más lejos parecía la cumbre. Al llegar a una gran piedra Shamar suspiró y se sentó en ella.

- ¿ Has comprendido la fuerza contra la que se enfrenta el dragón? - murmuró mirando hacia abajo.

Lobo escuchó su cuerpo y permaneció callado largo rato. En el trabajo de la forja había aprendido a comprender que todo eran fuerzas que debían ser percibidas como tales a fin de poder dominarlas. Sonrió ante la comprensión del viejo enemigo. Aquella fuerza que le empujaba hacia abajo, que le disuadía de continuar, era claramente perceptible en su carne.

- Allá arriba el halcón - continuó Shamar - Allá el Reino Celeste.

Lobo miró con envidia la soberanía del ave sobre las alturas, libre de toda fatiga ascendía y descendía sin esfuerzo. Aquel que dominaba los cielos podía a la vez alimentarse en la tierra. Como cazador siempre había contemplado con admiración a aquel otro cazador libre y soberano cuya morada era inaccesible para el resto de los mortales.

- Sólo tenemos el empuje de nuestro corazón para seguir avanzando - dijo el dragón señalando hacia arriba - . Nuestra natural impulso es ascender a ese principio real, pero existe un principio antagónico que impide que éste sea simple y sencillo.

Lobo calló recordando su vida. Recordó cuando vivía feliz y tranquilo en su tribu, y cómo cuando la maldad humana llegó a su mundo éste se partió en pedazos. El odio surgió poderoso de su alma. El dragón miró al joven y comprendió por donde estaba pasando. Suspiró fatigado. Todos tenían huellas de la perversión humana. Por un momento el pasado apareció en su mente pero respiró con fuerza desechando los golpes recibidos.

- Un guerrero preserva su nobleza - afirmó para sí mismo el hechicero -. Es el metal precioso que le vincula con el Espíritu.

Lobo le miró fijamente. Por un momento comprendió que aquel hombre no era invulnerable, y que por tanto también había sufrido la derrota y la humillación.

- Sí - murmuró Shamar -. Yo también he sido herido.

Los dos compañeros de armas quedaron callados durante un largo tiempo. El Sol brillaba poderoso e inmutable en su elevado reino, y el halcón volaba desapegado del sufrimiento humano. Más allá de toda la lucha, existía el triunfo.

- Un dragón sabe que el Espíritu desea su victoria - dijo Shamar -. La Diosa así nos alienta a ello, y nos reconforta recordándonos nuestro sentido, nuestro destino, y nuestra identidad.

Mirando la cumbre suspiró para sí mismo. Algo en el interior de aquel hombre sufría. Quizás el conocimiento del guerrero de que la lucha seguiría y seguiría hasta su muerte.

- Nada puede hacerse salvo amar lo celeste y procurar que nuestro poder sea superior a la fuerza adversa.

Dando una palmada se levantó de la piedra y se la mostró.

- Contempla su poder - le dijo - Carece de fisuras, de brechas donde pueda entrar el enemigo.

Lobo recordó el trabajo de la forja. El principio básico de golpear el hierro consistía en que las divisiones internas del metal, que le hacían quebradizo, desaparecieran, se fusionaran. El logro de una espada se basaba en la estructura interior de ésta. Mientras más su interior se hallase unificado, más férrea era la espada.

- Lo mismo has de conseguir tú en tí mismo - y desenvainando la espada la alzó hacia el cielo -. Has de conseguir dominar tu energía de tal manera que no pueda ser dispersada.

Comenzó entonces a explicarle los principios básicos del arte del dragón basados en la adquisición de poder de los principios puros, la conservación de ese poder de manera fija e inmutable permitiendo que su propio poder fuera preservado, y finalmente su uso en la acción.

- Nada se consigue sin energía - le señaló mientras le mostraba los puntos básicos de poder en el cuerpo - Y esa energía es limitada en nosotros.

El principio básico del arte guerrero se basaba entonces en cómo aprovechar sabiamente los propios recursos. Dado que todo efecto exigía un esfuerzo para ser conseguido, se trataba de conseguir un medio para que dicho esfuerzo fuera lo más eficaz y preciso posible.

Como ejemplo le mostró la diferencia entre un golpe de fuerza bruta y un golpe del dragón. Existían una serie de puntos vitales que golpeados con suavidad provocaban un devastador efecto en el hombre. Esto sólo era una demostración de la exigencia de alcanzar el principio básico de conservación de energía: el uso inteligente de ésta exigía que su uso fuera preciso, que el esfuerzo fuera mínimo, y el efecto máximo.

- A eso lo llamo arte - le dijo sonriente -. Cuando un hombre consigue penetrar en el espíritu de la eficacia, entonces su camino se le hace más rápido.

Y como demostración comenzó a andar hacia la cumbre respirando de manera rítmica y

constante, y centrando su atención en un punto corporal. Comenzó a subir con ligereza mientras Lobo le seguía. Siguieron y siguieron hasta que Lobo pidió un descanso tremendamente fatigado. El dragón mostraba una fatiga mucho menor.

- ¿Lo ves? - le mostró - Gracias al entrenamiento, al esfuerzo consciente de adquirir unos sabios principios, un hombre puede ser superior a lo que antes era.

El joven sonrió irónicamente. Era evidente que aquel hombre no había nacido con todas esas facultades, sino que las había adquirido a través de un serio aprendizaje que le había permitido dominar aquel arte.

- Aunque tú creas que soy muy hábil - le dijo Shamar siguiéndole la ironía - en realidad soy torpe en comparación con mi maestro.

Le habló entonces de cómo aquella fuerza creadora sostenía al arte del hombre. Cómo el esfuerzo invertido en éste no era en vano, sino que generaba una mayor eficacia, una mayor liberación del pesado y torpe elemento adverso. Shamar le afirmó que esto era un principio básico del Misterioso Espíritu, que se mostraba en la evolución de la existencia.

- Por ello yo sé que un día me liberaré del todo de las cadenas tiránicas de la adversidad - dijo con ojos brillantes mirando a la cumbre.

Camino de crecimiento, camino de aprendizaje, camino de vida.

Camino de libertad.

Practicaban el uso de la espada sobre aquella gran piedra que se hallaba en la Montaña del Trueno. Cada día ascendían hasta ella, cuando el halcón así daba la señal, y subidos en ella el dragón le enseñaba las técnicas de combate.

Cuando Lobo perdía el equilibrio caía hacia abajo, la altura no era alta, pero suficiente para sentir la sensación de caída. Así cada derrota era un descenso que tenía de nuevo que ser remontado. El joven volvía a trepar a la piedra y de nuevo ensayaba con Shamar.

Bien pronto descubrió que el vigor físico de poco servía en la lucha con espada. Así se lo había afirmado el dragón: la inteligencia vencía a la fuerza bruta. Pese a su fortaleza, agilidad y nervio el bravo cazador era derrotado sistemáticamente por la hábil técnica de esgrima del dragón.

Sentados sobre la piedra hacían un descanso en el entrenamiento.

- No te confundas Lobo - le respondió el dragón ante su pregunta de cuando iba a adquirir la suficiente maestría -. Un hombre puede ser fuerte y diestro con la espada, pero existe un poder superior que puede vencerle.

Lobo giró la cabeza sonriente. Sabía que se refería al cultivo de la fuerza interior, a la capacidad de unificar las fuerzas presentes en la forja. El poder de combate de un individuo no se basaba simplemente en su fuerza física, o en su habilidad técnica, sino en algo más que residía en su interior. El secreto de la espada habitaba dentro del secreto de la forja.

- Nuestra fuerza esencial es invisible - le indicó el hechicero -. En ella nos fundamentamos para la victoria en la lucha.

Volvieron al combate como medio de enseñanza de los principios del dragón. No se trataba simplemente de adquirir maestría en la espada, sino de asumir la esencia de la lucha.

Así la eficacia en el combate se basaba en la acción eficaz, que consistía simplemente en la supresión de todo acto inútil, desordenado o contradictorio con el sentido propio de la lucha: vencer.

El uso de la espada era en realidad el uso de la mente, el aprendizaje del dominio interior. Lobo advertía claramente que con una mente confusa y desordenada no era capaz de reaccionar con rapidez a los ataques del dragón. Debía alcanzar la serenidad en su interior, y el poder de concentrarse en el combate de modo completo para así poder reaccionar con soltura.

Cada golpe o finta eficaz que realizaba Lobo era subrayada por Shamar con un elogio seco y alentador. Lejos de señalarle lo que hacía mal sólo le indicaba aquello que hacía bien, a fin de que él por sí mismo comprendiera la esencia de la eficacia.

Lobo comenzó a comprender que el éxito de Shamar sobre él se basaba en dos principios fundamentales: uno la pérdida de concentración que le hacía distraer su atención y por tanto su poder, y otro la pérdida de valor y serenidad, provocando que el desánimo y el sentimiento de culpa cayera sobre él. Al perder el sentimiento de valía, de capacidad de triunfo, el poder interior se apagaba dejándole ya inerte para el combate. Aquellos dos principios se resumían en uno finalmente: la absoluta confianza en sí mismo, la ausencia de grietas al exterior que desvitalizaran su realidad interior.

Llegó un día en que consiguió igualar a su contrincante. Comenzó a sonreír sintiendo que ya estaba cerca de su objetivo. El dragón sonrió irónicamente.

- Tan sólo hemos practicado las bases técnicas - le dijo burlón -. Ahora que ya posees cierto conocimiento lucharemos de verdad.

Lobo sintió un encogimiento en su corazón. Apretó fuertemente los dientes. De entrada ya había conseguido hacerle perder confianza, y por tanto poder interior. Era astuto aquel hombre. Se prepararon y el dragón adoptó una posición de inmovilidad absoluta que hizo recelar al joven. Iba a lanzarse sobre él cuando de pronto un tremendo grito surgió del dragón provocando que su cuerpo se paralizara. Aquel grito era semejante a un trueno. De inmediato vió la punta de la espada de Shamar sobre su garganta.

- Has perdido - susurró lentamente -. Sigues sin concentrarte en tu poder interior.

Lobo sacudió la cabeza fastidiado. Sin poder evitarlo comenzó a culparse a sí mismo, y de inmediato sintió que perdía aún más poder interior. Volvió a culparse y de nuevo volvió a perder aún más. Su corazón se desalentó y sintió un profundo peso que le hacía sentirse triste y oscurecido.

- Has perdido por dentro - le miró disgustado Shamar -. Eso es aún peor.

Por un momento el cazador sintió deseo de abandonarlo todo. ¿No comprendía aquel hombre la dificultad de su empeño?. El dragón le miraba atento, como si comprendiera por donde pasaba.

- Es hora de que practiques con un gran adversario - dijo de pronto envainando su espada -. Será un excelente desafío donde podrás poner a prueba tu espada interior.

Lobo olvidó de golpe su tristeza para excitarse ante aquella posibilidad.

- ¿Quién es? - le respondió con cierto deseo de por fin poder demostrar su valía .

El dragón sonrió misteriosamente e hizo un gesto de paciencia.

- Sólo te puedo decir que es el hombre más admirable que he conocido desde hace mucho tiempo.

Lobo envainó su espada resuelto y descendieron dirigiéndose hacia la fragua. Una vez allí el dragón cambió su actitud apacible por un semblante serio y grave.

- Vas a descubrir otro de los secretos de nuestro arte - le advirtió para que pusiera sus cinco sentidos en la operación.

Encendieron el fuego y Shamar fue en busca de unas piedras de un color rojizo oscuro. Lobo asintió, sabía que de allí extraía aquella sustancia misteriosa llamada esencia del dragón.

- En esta piedra habita tanto el fuego de la carne como el del espíritu - le advirtió.- A través de la calcinación extraeré el fuego del espíritu, la esencia del dragón.

Una vez extraído el precioso líquido fue en busca de un vidrio. Aquel objeto era también obtenible a través de la fusión de unas piedras cristalinas y luego colocadas en un molde a fin de darles una forma. Luego había que pulir a fin de alcanzar una condición de transparencia.

El dragón le mostró el vidrio.

- Mira a través suyo. - le sugirió.

Lobo lo hizo, veía perfectamente al otro lado. Había meditado mucho sobre el cristal, ya que obtener un alma como el cristal era el paso necesario para obtener el diamante.

- Ahora te mostraré a tu adversario - le dijo seriamente.

Colocó el metal líquido sobre el cristal, y esperó un tiempo. Finalmente se lo mostró.

- ¿Qué ves ahora? - preguntó con gravedad.

Lobo quedó maravillado ante lo que contemplaba. Jamás antes había visto algo igual, y lo máximo que podía acercarse a ello era el agua o el metal brillante...se veía a sí mismo con una claridad extraordinaria. Era como ver a otra persona a su lado.

- Es maravilloso - acertó a decir Lobo.

El dragón sonrió, y encogiéndose de hombros se lo tomó de las manos.

- No lo has visto bien - le respondió -. No has visto a tu adversario.

Volvió a darselo y el joven volvió a mirar en el espejo. Allí, delante de él, se encontraba su mayor adversario, el desafío esencial: él mismo.

- Ahora sabes de dónde surge tu miedo y tu valor .- dijo Shamar quitándole de nuevo el espejo.

Encendió una bujía de aceite y le mostró la llama.

- He aquí a tu aliada - murmuró suavemente. - La espada interior.

Colocó ambos objetos delante de Lobo y se los señaló.

- Así es tu cabeza - dijo tocándose la frente.- Aprende a usarla.

Y dicho eso se marchó dejando sólo a Lobo ante el misterio de su propia mente expresado por un espejo y una llama.

Un hombre tiene una visión, una visión verdadera. Desde ella ha de forjar su alma, para que sea espada que corte la ceguera de la realidad en la que habita, para no caer vencido en la guerra entre verdad y mentira, vida y su negación.

- Sí - admitió Shamar cuando Lobo le habló de la convicción como el arma fundamental -. Mientras más verdad habite en tu arte más poderoso será.

No se trataba más que de dejar que la verdad resplandeciera en el interior, y para ello había que luchar contra las mentiras, las fantasías y los errores, monstruos que podían llegar a gobernar el interior de la mente.

- El dragón posee un impulso natural hacia la verdad - continuó el hechicero - y se abre paso por la oscuridad de la ignorancia hasta hallar la sólida luz.

El manejo de la espada interior era entonces mucho más importante que lo que podía imaginar Lobo al principio. Se trataba de una vía interior, de un camino a recorrer en el que encontrar la verdad, afirmarla y defenderla eran los valores básicos de la lucha interior.

Así aquel principio antagónico no sólo existía a un nivel energético, como fuga de energía para caer en la nada; en la ausencia de provecho, debilitando el organismo y el poder interior. También existía a nivel mental como negación de la realidad, como obstáculo a la verdad.

- Has de transformar la energía que ahora posees en una energía aún más sutil - afirmó señalándole el diamante al lado del martillo -. Ya no se trata de encontrar y dominar tu vitalidad, sino de encontrar y dominar tu propia luz.

Lobo asintió. Desde su iniciación había ido forjando en su interior una nueva conciencia de sí mismo, basada en el despertar de su inteligencia a una realidad interior que se mostraba en forma de energía e inspiración, de sueño y poder. Aquella energía ascendía por el interior de su cuerpo, y mostraba de manera sutil, como corrientes de vida, cualquier reacción que tuviera al mundo. Dominar su interior era la base fundamental para su propia supervivencia en el combate ya que cualquier reacción imprevista provocaría debilidad, y ésta la muerte.

- Conseguir la estabilidad del diamante - le dijo mostrándole aquel bello prisma -. Centrar la luz de la verdad en tu mente.

El entrenamiento fue ahora mucho más severo. Severo en cuanto a la consecuencia de la acción. Habían subido un nivel más a la montaña, entrenando en una altiplanicie donde habitaba solemne un viejo árbol. Esta vez el dragón no le golpeaba sino simplemente le marcaba un punto vital.

- Has vuelto a morir - le dijo tocándole el corazón .

Descansaron y recobraron fuerzas a través del uso consciente de la respiración como energía. Shamar le enseñaba en este nivel cómo la postura como molde y la respiración como sustancia podían forjar en él una conciencia de energía más sutil.

- Aún no asumes la verdad del combate - comentó mientras miraban el paisaje desde aquella altura de la montaña.

Lobo miró fijamente al dragón. Sabía qué quería decirle pero no quería escucharlo.

- Todo hombre teme su muerte - continuó el hechicero como si no hubiera advertido la orden silenciosa de Lobo de callar -. Es algo natural, forma parte del poder de lucha.

Luna miró al suelo y nada dijo. Le avergonzaba reconocer que temía el hecho de morir. Desde aquella experiencia con la Piedra del Dragón el temor oscuro a la aniquilación era algo muy presente en él.

- Hay una muerte peor que la que tú temes .

Lobo levantó la cabeza y miró por fin a Shamar.

- ¿Qué quieres decir?

- Morir como hombre ante el Espíritu - replicó Shamar mirando la lejanía del mar desde aquella montaña en la isla -. Esa es la muerte que deberías realmente temer.

El joven calló y contempló a su vez la extensión infinita del mar. Aquel mar de aguas profundas y misteriosas.

- Es una muerte que no se ve - escuchó la voz del dragón -. Una muerte que nadie percibe, salvo a aquel que la sufre. Su vida parece semejante a la de los demás, pero dentro de él no hay nada, está vacío, muerto para la realidad esencial de la vida.

Lobo asintió lentamente. Dentro de él sentía el impulso a preservar algo misterioso e indefinible, un amor lejano y cercano a la vez a un Misterio que no podía comprender.

- Tú amas a una mujer - continuó el mago -. Eso es bueno.

Luna miró sorprendido al dragón. ¿Cómo podía saber aquello?. Era algo que guardaba en lo profundo de su interior. El hechicero pareció hacer caso omiso a la cara de asombro del joven.

- Un guerrero debe asumir el hecho de su muerte en la lucha de la existencia - dijo Shamar mirando ahora hacia la casa donde vivían su mujer y su hijo -. Es algo que nadie sabe cuando llegará, y por tanto ha de asumirlo como una verdad.

- Yo temo esa verdad Shamar - respondió Lobo en un arranque de sinceridad.

El dragón sonrió irónicamente. Aspiró fuertemente alzando la cabeza, luego la reclinó sobre su pecho contrayendo toda su fuerte musculatura. Finalmente exhaló suavemente. Luego alzó la cabeza y sonrió con goce en su mirada.

- Yo también amo la vida Lobo - respondió.

El cazador calló. Siempre había vivido sin el temor a la muerte, como si nada pudiera tocarle, como si fuera invulnerable. Tal era su bendición que incluso los lobos la habían respetado. Pero desde su encuentro con el gigante y luego la experiencia de la Piedra del Dragón sentía que la muerte era algo cercano a él. Ese sentir frío y helado le hacía sentirse taciturno y reservado.

- Es absurdo que un hombre pueda morir en un instante - murmuró -. ¿De qué sirve tanto sacrificio y esfuerzo si luego puede desaparecer en un momento?.

El dragón sonrió aún más ampliamente, parecía poseer un secreto oculto que le hacía regocijarse en su interior. Luego miró hacia el cielo azul, reino del aire y de la tormenta.

- ¿Sabes qué es un dragón, Lobo? - le preguntó enigmático.

Lobo meditó un largo tiempo. Hasta ahora había presentado un espíritu ora en la tierra, ora en el cielo. Pero seguía sin poder darle forma clara y concreta. Sabía por el dibujo de la gruta que era como una serpiente alada, pero aquello era simplemente un símbolo como le dijo en una ocasión Shamar.

- No, aún no lo sé - respondió con sinceridad.

Shamar asintió fuertemente con la cabeza, como aprobando aquella afirmación.

- Es una bendición el que puedas verle - continuó -. Sólo la Diosa sabe si tú lo veras.

- ¿Pero qué tiene que ver con la muerte el dragón? - le preguntó confundido.

Shamar, el hombre que se llamaba a sí mismo dragón, le miró sonriente. Sólo él sabía

de donde venía aquella sonrisa.

- Todo Lobo, todo.

El dragón interrumpió el entrenamiento de lucha durante un tiempo. Le había dicho que sin acceder más profundamente a su reino interior era inútil continuar.

- Has de hallar la esencia inmutable que se esconde tras el espejo y la llama - le dijo mirando al Sol.

Lobo alzó también su cabeza y contempló al Padre de los vivientes. Sabía por la tradición de su tribu que el Sol era inmortal, que moría y resucitaba cada jornada. Pero él no era el Sol.

- Deberías confiar más en los consejos de la Reina Celeste - le murmuró el dragón marchándose de la fragua.

Lobo quedó confundido ante aquel comentario. Por un momento se sintió traicionero ante la Diosa, pues aún no había cumplido la misión para la que había sido encomendado: volver a su tribu con el secreto de aquel arma que tanto dolor les había traído. Miró al yunque en donde el diamante reposaba junto al martillo, el fuego encendido del carbón, el espejo, la llama, y finalmente su propia espada. ¡Cuanto camino recorrido y aún no había encontrado el final de su viaje!. Suspiró agotado.

De pronto, como en un relámpago revelador, sintió que lo importante no era el arma, sino la medicina de poder que curase las heridas producidas por aquel arma. Se levantó rápidamente y fue en busca de Shamar.

- Creo saber el sentido de mi viaje - le dijo tocándole el hombro.

El guerrero giró rápido desenvainando a la vez, y tocó suavemente con su espada la herida de la frente del joven. Este quedó paralizado por aquella acción hasta que una lenta sonrisa de comprensión surgió en su rostro.

- Así que tú lo sabías desde el principio - murmuró sonriente.

Shamar encogió los hombros y volvió a envainar su espada.

- Es mi oficio - respondió lacónico .

Lobo asintió lentamente. Comenzaba a comprender la esencia del Arte del Dragón.

- ¿Estas dispuesto a morir hoy? - le dijo burlón a Shamar.

Una sombra apareció en los ojos del dragón. Por un momento Lobo comprendió que aquel hombre temía también realmente la muerte. El joven calló comprendiendo la causa de su temor: era joven, tenía una mujer y un hijo pequeño al que ver crecer.

El dragón miró hacia el cielo, y luego bajó la cabeza lentamente.

- Sí Lobo - respondió gravemente.

El cazador admiró la fortaleza de decisión del aquel hombre. Parecía haber puesto en orden su mente a fin de aceptar el hecho de su muerte. Para aquel guerrero el entrenamiento era algo más serio de lo que él podía imaginar. Comenzó a temblar interiormente sin saber por qué.

El dragón le miró severo y nada le dijo. Dió media vuelta y comenzó su marcha hacia la montaña, andando a un ritmo rápido y decidido. Lobo le siguió sintiéndose él ya la víctima previa del combate.

Subieron sin decir palabra hasta la explanada del árbol. El dragón se colocó dándole la espalda al Sol, y desenvainó lentamente su espada.

- Que así sea - susurró.

Lobo desenvainó su espada, y concentró su mente en la victoria. Debía romper el equilibrio de aquel hombre de algún modo. Hizo una finta hacia la izquierda pero el dragón no reaccionó, como si supiera que sólo era una maniobra de distracción. Por un momento se puso a pensar en qué podría hacer cuando la espada del dragón chocó con la suya con enorme fuerza tirándosela al suelo.

- Has vuelto a morir Lobo - y el rostro de Shamar se transformó de una gravedad solemne a una burlona sonrisa -. Aún no tienes poder en tu boca.

Sin responder Lobo tomó su espada y girando rápidamente volvió a colocarse en posición de ataque. El dragón le miró aún más burlón y alzó su mirada hacia el cielo.

- Por hoy ya estás muerto - dijo con voz socarrona -. Nadie puede luchar contra un muerto.

El joven quedó congelado con la espada en la mano. Aquella actitud de Shamar le parecía una burla a sus sentimientos. Pero comprendió el significado de lo que quería decirle. El le había retado, aunque fuera en broma, él debía aceptar las consecuencias de su acción. Suspirando bajó la cabeza y envainó la espada. Seguía sin asumir el simple hecho de morir.

- El poder de un hombre también habita en su palabra, Lobo - dijo en voz alta el dragón mientras volvía a descender de la montaña.

El cazador quedó inmóvil mirando cómo su compañero se marchaba. Algo le hacía quedarse quieto en aquel lugar. Se sentó en el árbol, al cobijo de su sombra y dejó que su mirada reposara en el paisaje. Veía al hechicero hacerse cada vez más pequeño a medida que descendía, hasta parecer una figura insignificante en la grandeza de aquella montaña. Visto desde esa perspectiva no parecía poseer ningún poder de amenaza sobre nadie. Sonrió para sí cuando un sonido poderoso le hizo alzar la cabeza.

El halcón volaba al lado del Sol, y la fuerza de la luz del astro le hizo cerrar los ojos. ¿Cómo podía aquel animal habitar tan cerca del poder del Sol sin dañar su vista?. De pronto comprendió que aquella ave debía verle con la misma perspectiva de insignificancia y recordó la mirada del halcón cuando le contempló en el brazo de Shamar. Era de distancia lejana, de ausencia de cercanía, como si habitara en otro mundo. Algo se movió dentro de él, como si un misterio secreto le fuera descubierto.

Shamar le había afirmado a menudo la importancia de la distancia, de preservar el espacio vital del guerrero como base de la lucha. La expresión del dragón en el combate de hoy le recordaba la mirada del halcón. Era como si le mirara desde otro mundo, desde un lugar en el que él no tuviera derecho alguno a traspasarlo. No había emitido ninguna señal, y él no había encontrado medio de conectar con su realidad. Aquella ruptura entre su mundo y él había provocado su derrota.

Asintió lentamente admirado ante aquella demostración de poder. El dragón simplemente había defendido de manera total su realidad vital, unificado completamente había luchado contra él. De ahí que aquel golpe formidable hubiera provocado que su espada cayera al suelo. No había sido un simple choque de un arma contra otra, sino la de todo un mundo

contra su espada.

Comprendió entonces el sentido de la lucha. No era simplemente el combate entre dos espadas, sino entre dos mundos, entre dos realidades...entre dos hombres. De ahí que el que sólo luchara con su espada perdiera, pues no existía unidad entre el hombre y el arma. Y aquella unidad decidía su muerte, su desaparición de aquel bello escenario en el que él habitaba.

Una fuerte carga de fuego despertó en su pecho. Su pérdida bravura, su instinto básico de supervivencia, apareció ante su conciencia de manera clara y evidente. Era una fuerza de vida tremenda, como ninguna otra que hubiera sentido. Era su propia vida que gritaba su deseo de vida, era el canto más profundo de su corazón. Era él mismo.

- Yo - dijo absorto aquel joven cazador apoyado en el viejo árbol de la Montaña del Trueno.

Mientras, el dragón jugaba gozoso con su hijo. Su mujer contemplaba sonriente a los dos.

Practicaban la forja de la mente. Ello implicaba la retirada de los sentidos y la concentración de la mente en el principio vital que habitaba en el interior. Como paso previo había que tomar conciencia del cuerpo como vehículo vital, partiendo de una postura corporal y una respiración conciente del aire como energía que penetraba en el interior del cuerpo.

- Un día llegarás a la experiencia de la unidad - le dijo dándole ánimos para que prosiguiera la práctica -. Ahora sabes que el dragón es la unión del cuerpo y la mente bajo el espíritu, formando una nueva realidad.

Lobo asintió. Lo que más le costaba no era la conciencia de su cuerpo como vehículo de vida, algo que la forja le había hecho asumir. Sino el conseguir alcanzar una mente unificada, activa, que no se descarriara de su objetivo influida ora por el exterior ora por movimientos del interior. Percibir que el espíritu habitaba en su cuerpo había sido extraordinario, el despertar de una energía jamás sospechada. Pero el despertar su mente al espíritu seguía costándole un gran esfuerzo.

El dragón contempló los cielos de la isla y pareció escuchar la voz del viento. Quedó un momento paralizado y de inmediato se volvió al cazador.

- Es hora de ofrecer tu espada - dijo secamente haciéndole una señal para que recogiera su espada.

Shamar se dirigió a su casa y estuvo un tiempo hablando con su mujer, y contemplando al niño. Salíó de ella con una espada extraordinariamente bella.

- Es el arma de mi casa - le dijo ante la mirada de admiración del joven.

Comenzaron el ascenso a un ritmo lento y sistemático. Lobo ya había adquirido resistencia para subir a la montaña sin exigirle un esfuerzo considerable. Llegaron a la piedra donde en otro tiempo hicieron sus primeros combates y se detuvieron ante ella durante un tiempo.

- Quiero que veas algo que quizás antes no hayas percibido - y dicho esto se encaramó a ella.

Lobo subió también y esperó a que le dijera algo el dragón. Este simplemente le miraba sonriente, como si esperara él a su vez.

- ¿No lo ves? - murmuró con aire enigmático.

El joven no sabía que tenía que ver y por ello no podía percibirlo. Miró a su alrededor durante un rato pero finalmente desistió con un encogimiento de hombros.

- El suelo -le indicó el dragón.

Lobo bajó la cabeza y miró aquella gran piedra que poseía una forma cuadrangular. De pronto percibió una diferencia en el suelo que antes no había percibido. En el lugar donde estaba Shamar aparecían pequeños brotes verdes que contrastaban con la zona en donde él estaba, sin ningún rastro de vida. Silencioso señaló hacia aquellos humildes seres vivos.

- Un lugar es de vida, otro de ausencia de ésta - le dijo el dragón afirmando con la cabeza

Miró hacia arriba y contemplando el cielo asintió. En el horizonte aparecían densos nubarrones preñados de lluvia. El viento comenzaba a ser cada vez más fuerte.

- Sentémonos - le sugirió indicándole que se acercara - Es hora de contemplar la Fuerza de la Vida.

Lobo se aproximó al lugar de la piedra donde se hallaba Shamar y se sentó junto a él. El mar comenzaba a encrespase y a azotar con cada vez mayor furia el acantilado de la isla, limando aquellas piedras escarpadas que antaño había temido Lobo al llegar. El viento trajo por fin noticia de la tormenta a través del sonido del trueno.

- Ya llega - murmuró Shamar -. Es muy poderoso.

El aire se cargó de una presencia invisible, y el trueno volvió a sonar. De súbito un rayo cayó en el bosque, produciendo un vivo fuego en la arboleda. La lluvia, rasgado el velo que separaba el cielo de la tierra, cayó con estrépito.

El viento se hizo aún más poderoso, y el oleaje de mar se unió a su canto junto al trueno formando un concierto de sonidos salvajes como nunca antes había escuchado. Miró a Shamar. El dragón tenía alzada la cabeza y parecía disfrutar enormemente con aquella expresión de fuerza natural. De pronto bajó la cabeza y comenzó a hablar en voz baja. Lobo agudizó su oído tratando de escuchar aquello que decía el dragón entre el estrépito de la tormenta.

- Vivimos en un mundo en lucha permanente, en un mundo donde el Poder crea y destruye, da vida y mata, donde existe la luz y la sombra. En un mundo donde la lucha es alentada por la propia Madre Tierra como medio de estimular las fuerzas vitales que alberga.

Miró hacia abajo y señaló su casa, y luego el bosque.

- Sus criaturas habitan en dicha realidad de poder. Su supervivencia es la expresión viva del triunfo de esta creación permanente en la que habitamos.

El dragón, con el pelo azotado por el viento, y el cuerpo empapado de agua, contempló fijamente durante un tiempo su casa, allí donde vivían sus seres queridos. De pronto se erguió y desenvainando la espada la alzó al cielo con un fuerte grito. De inmediato el sonido explosivo del rayo quebró el lugar, y un trueno invadió lento y poderoso el entorno. Lobo quedó paralizado ante la sensación de vibración que le producía en su interior. Sintió lo mismo que la primera vez en la Piedra del Rayo pero esta vez aquel poder parecía su aliado, su amigo.

Se levantó él también a su vez y miró hacia el cielo. Sentía una especial comunión que le embriagaba.

- En este mundo un hombre decide el lugar donde quiere combatir - sonó la voz del dragón -. Para ello primero ha de aceptar que habita en un mundo en lucha, repleto de peligros y dificultades. Ha de aceptar el Desafío que la vida le ofrece, y colocarse en uno de los dos bandos.

Lobo bajó la cabeza y le miró. El dragón le mostraba su espada.

- He aquí el símbolo reservado a los servidores del bando de la vida, a aquellos que aceptan luchar bajo la voluntad del Espíritu.

El joven calló contemplando el arma del dragón. Luego desenvainó su propia arma, forjada con su voluntad y esfuerzo, arma al que había entregado todo su fuerza, todo su ardor, todo su impulso vital y comprendió que simplemente era instrumento de algo superior.

- Una espada se convierte en arma del dragón cuando se vincula a la Fuerza que conserva la vida, que reestablece una y otra vez, soberana, el orden creador.

Sin decir nada más Shamar volvió a envainar la espada y se sentó de nuevo contemplando la tormenta. El tiempo pasó y finalmente el sonido de la tormenta fue amortiguándose hasta que reinó el silencio. El Sol apareció majestuoso, reinando sin conflicto sobre la Tierra, alumbrando y dando calor a los dos hombres.

El agua brillaba como perlas brillantes ante los rayos de luz del Astro Rey, del Padre de Vida. El aire se convirtió en un canto de fresca y viva libertad. El sonido de los pájaros comenzó de nuevo a escucharse, los animales salía de su escondrijo. El reino de la vida volvía a ser confirmado. Shamar miraba hacia la casa y sonrió cuando vio salir a su familia.

- ¡ Oh nuestro hierro del rayo !- cantó de pronto el dragón -. ¡Ay, espada de luz !.

El Sol les dió ánimo para levantarse de nuevo, reconfortados ante su calor. Comenzaron de nuevo el ascenso, contemplados siempre por la luz del Padre. Al llegar a la explanada del árbol volvieron a detenerse. Shamar miró al viejo árbol, erguido e indiferente al mundo, y sonrió suavemente.

- Yo soy un hombre - dijo de pronto golpeándose con fuerza su pecho -. Soy inteligencia, por eso me uno a la Inteligencia de la Vida.

Volvió a desenvainar la espada y tocó con ella la madera del árbol. Luego se sentó en el tronco y colocó el arma en el suelo contemplándola. Lobo quedó de pie mirándole.

- Un día - comenzó a hablar el dragón - acepté el Desafío Esencial de la Diosa.

Levantó la cabeza y sonrió al joven. En su mirada había un sentimiento de amistad, de especial vinculación.

- Debía no ser vencido, dominado por el mundo de otros - continuó -. Debía ser yo mismo pese a toda adversidad, pese a toda circunstancia.

Acarició suavemente la hoja de la espada.

- Pero yo era un hombre débil al que podía vencer mi entorno. Debía aprender a conquistar mi poder interior, debía aceptar entrar en un combate interior en que mi voluntad se desarrollara aniquilando todas las sombras maléficas de mi alma, todas mis contradicciones, vencer al desorden de mi alma.

Suspiró lentamente y tomó la espada contemplándola largamente.

- Sí - murmuró abstraído -. Debía entrar en un combate por la unificación de mi ser, por conseguir vencer a mi debilidad y ser finalmente yo una fuerza de vida.

Volvió a dejarla en el suelo y alzó la cabeza mirando de nuevo sonriente a Lobo.

- De entrada sólo tenía mi bravura, mi valor, mi impulso vital, mi ardor . Y ese trueno interior, ese fuego del rayo debía ser templado como el hierro para convertirlo en arma.

Lobo bajó la cabeza y recordó todo el trabajo para conseguir obtener su espada. Ya no era simplemente un metal de muerte y destrucción, una nueva arma de guerra, ahora era el reflejo de su alma trabajada, de su voluntad hecha a yunque y martillo.

Estuvieron callados durante un largo rato hasta que el Sol comenzó a entrar en el crepúsculo. Sin decir palabra el dragón se levantó y miró hacia la cumbre. El halcón volaba en ella, y cuando lanzó su grito Shamar sonrió levemente. Asintió y envainó la espada.

- Ofrezcamos la espada - dijo señalando la cumbre.

Volvieron a ascender lentamente, mientras el atardecer comenzaba a dejar paso a la noche. Cuando por fin llegaron a la cumbre la Luna brillaba misteriosa en sus alturas. Los dos hombres quedaron absortos en la cima contemplando la sutil belleza de la Reina Celeste. Shamar de pronto desenvainó con tremenda rapidez y alzó la espada hacia el cielo.

- He aquí el arma de mi fuego Madre - gritó con fuerza el dragón -. Vos que sois la Madre Viviente, a vos os la entrego en señal de mi servicio.

Y dicho esto clavó con fuerza la espada en la montaña. Allí estaba el símbolo del eje de luz, de la voluntad materializada en un querer. Aquella arma que expresaba la fuerza luminosa del alma humana, la inteligencia penetrante y creadora que cortaba con decisión la oscuridad de la ignorancia.

En ella se resumía el deseo del diamante, de obtener una certidumbre inquebrantable a toda duda y desánimo. En ella el deseo humano de alcanzar la condición solar, de equipararse a aquel círculo perfecto e inmutable de luz que es el Padre Sol.

- Toda mi esencia vital y toda mi inteligencia la brindo al servicio de vuestra Inteligencia Vital - habló el dragón -. Dadme fuerzas para continuar la forja de mi verdad, el poder para que esa verdad pueda expresarse en tu reino, Brillante Madre Fértil.

Luego bajó la cabeza y suspiró lentamente.

- Y hablale de mí al Sol.

Lobo miraba a la Luna ,y sentía que Ella también le contemplaba. Sabía ahora que él poseía una verdad luminosa en su interior, un espíritu ardiente y vivo como el Sol, y que aquel centro de su ser era alentado y cuidado por Ella, Madre de las estrellas de la Tierra.

¡Cuanto tiempo había pasado desde que nació y Ella le bendijo con una señal!. ¡Cuanto tiempo siguiendo la visión, el sueño inspirado por Ella!. ¡ Cuanto tiempo forjando su impulso ardiente, su furia, su fuego interior bajo dicho sueño!. Y allí estaba Ella, misteriosa como ninguna, Reina del Sueño, Reina de la Vida.

Lobo desenvainó su espada y comprendió entonces el profundo error en el que había caído. Ella quería un arma de vida, no de muerte; Ella quería la fuerza de la vida expresada en su piedra verde, no la destrucción de ésta. Ella sugería, en nada le obligaba. Recordó los ojos de una mujer, el amor de su madre, la ternura de su niñez.

Lobo, hijo de madre e hijo de la Luna, comprendió entonces que él simplemente era un

hombre que debía cumplir su función vital. Que la forja del arma y el uso guerrero de ésta, se subordinaban completamente al papel que la Creación le había otorgado. Sintió que en su pecho surgía un calor vivo y pacífico, y comprendió entonces que habitaba en un Universo de Vida, forjado por un Espíritu Creador que nadie comprendía, pero que sí podía amarse.

Amor natural ante la contemplación de su Obra. Gratitud natural de la criatura a su Creador.

Lobo sonrió suavemente. Allá, en lo alto de la Montaña del Trueno, decidió no luchar contra la vida, sino con Ella. Pues el Misterio de la Vida debía ser preservado, y su orden natural aceptado sin temor. Por amor a la vida, por amor a la Madre Tierra y al Padre Sol, por amor hechicero de Luna.

Desenvainó la espada, la alzó hacia el cielo misterioso y finalmente la clavó en la tierra de la cima de la Montaña del Trueno. Lobo devolvió a la Vida lo que era de Ella.

Verdad revelada, verdad aceptada.

7.
EL RETORNO A ORIENTE

Lobo contemplaba en silencio el espejo y la llama, la plata y el oro, el cristal y el diamante. Había conseguido finalmente que su mente hiciera el silencio, el vacío del pensamiento, y alcanzar la conciencia dorada, llameante y diamantina de su espíritu, de su energía vital, de aquella pura voluntad de vivir que le hacía comprender de manera intuitiva la realidad en la que habitaba.

- Has conseguido que tu cuerpo y tu mente sean uno - afirmó satisfecho el dragón -. Has conseguido el dominio de tu interior por un instante.

Lobo giró la cabeza y miró a Shamar. Algo de pronto nebló aquella conciencia pura y sintió como si habitara en un mundo aún más oscuro y pesado que antes. Se levantó asustado ante aquello.

- No te preocupes - murmuró el dragón como si comprendiera lo que le ocurría -. Alcanzar el diamante es la meta de nuestro Arte, meta soñada, ideal de nuestro corazón.

El cazador exhaló encolerizado. La diferencia entre la conciencia que había experimentado y la actual se le antojaba insoportable, sentía que la realidad presente fuera una condena.

- ¿Por qué no nací ya así ? - gritó sin poder contenerse -. ¿Por qué tanto trabajo, por qué esta condena de tener que luchar contra esta densa y torpe existencia?.

El dragón bajó la cabeza. Comprendía perfectamente al joven, pues estaba sufriendo la escisión entre la contemplación del ideal, el siguiente paso evolutivo, y la constatación de su realidad presente atada aún al hábito pasado.

- Recuerda tu espada dragón - replicó serio y grave -. Aceptaste luchar por la vida, y la vida exige que el hombre avance por el camino de la luz, de la inteligencia, del desarrollo de sus potencias hasta conseguir despertarlas y dominarlas.

Lobo apretó fuertemente los dientes. Había aceptado la lucha, pero habitar en la realidad en la que habitaba en estos momentos se le antojaba como un castigo.

- El Espíritu es cruel con nosotros - murmuró para sí mismo.

El mago apretó fuertemente su puño derecho y lo alzó ante el joven.

- ¿De qué te hundes dragón? - levantó la voz Shamar -. Has de ascender porque para ello fuiste creado. No es hora de quejarse del Desafío.

- Este conocimiento me duele Shamar - replicó Luna sin mirarle absorto en sí mismo.

- Cuando vences un combate bien te enorgulleces de tu poder - respondió el dragón -. Cuando dominas algo que no dominabas bien alzas tu cabeza orgulloso ante la Diosa.

Lobo calló reconociendo aquello. Era cierto. Se sentía mucho más afortunado que nunca antes en su vida, sentía que era una bendición del Cielo para él el haber sido elegido como miembro del clan del dragón.

- Sólo quisiera que las cosas fueran instantáneas - murmuró disculpándose -. Por arte de magia.

El dragón miró fijamente al joven. Algo en la expresión de Shamar pareció cambiar al escuchar aquella palabra.

- Magia ...- susurró lacónicamente -. Magia.

Y sin decirle nada le tomó del brazo e hizo que le acompañara fuera de la fragua. Una vez en el exterior le hizo contemplar todo lo que había a su alrededor.

- Contempla la Magia - dijo con voz grave el dragón.

Alzó sus brazos al cielo y una tenue brisa les acarició. Lobo sintió el espíritu del aire y sonrió sin poder evitarlo. Alzó sus ojos y contempló al Sol, y se deleitó en su espíritu.

- No los han comprendido aún Lobo - habló Shamar -. Tú siempre has estado habitando en Ella.

- Mi don, la bendición de la Diosa - respondió el nuevo dragón .

- Sólo has de abrir tu corazón y vincularte con el Espíritu, siempre presente, siempre cercano, siempre en tí y en el Universo - replicó el veterano dragón.

Lobo bajó la cabeza sintiendo un profundo agradecimiento. No comprendía porqué había sentido tanto desaliento, tanto pesar en su interior.

- A tal luz tal sombra - habló el hechicero -. Vuelas alto y por tanto también puedes caer bajo.

- Y a tal luz....tal destino - respondió de pronto Lobo de Luna sintiendo que algo en su interior se abría a la voluntad de la forja, al deseo vivo de continuar una y otra vez hasta conseguir la tan ansiada estabilidad del diamante.

Shamar sonrió satisfecho. Aquel compañero suyo de arte llegaría a ser un excelente practicante, sólo era cuestión de tiempo y trabajo.

- Es hora de que vuelvas al lugar de donde procedes - murmuró gravemente.

Lobo bajó la cabeza y suspiró. Sí, debía volver pues ya conocía los fundamentos de su arte. Sólo debía ahora practicarlos, y practicarlos hasta morir en dicha práctica.

- Un hombre escoge su camino - dijo Lobo -. Y yo escogí el mío alumbrado por el sueño de la Diosa.

El dragón asintió gravemente. Sabía de la dificultad de los hombres de su clan, de aquellos hombres que querían vincularse al cielo, transformar su interior para que en ellos habitara la realidad del mañana. Sabía que era una lucha constante contra la pesada inercia del mundo en el que habitaban.

- Un día el hombre será aquello que en potencia es - respondió el dragón mirando hacia el horizonte. - Como tú andas, otros en el futuro lo harán. Sólo eres eslabón de una cadena que nadie sabe cuando empezó ni cuando terminará.

Lobo miró también al horizonte. Allá en la lejanía, donde nacía el Sol, un mundo nuevo le esperaba. Un mundo que debía ser transformado, un mundo que debía ser creado. Allá, perdidos en las montañas, su tribu aguardaba su regreso. Esperaban que un hombre volviera con el triunfo en sus ojos.

- He conseguido mi victoria - susurró aquel joven cazador de las montañas y el río.

Shamar sonrió mirando al joven. Lo que aún no sabía aquel nuevo dragón era aquello que le reservaba el Misterio en su destino.

Porque el Mañana aguarda la llegada del presente.

El dragón le obsequió con una serie de regalos: espejo, vidrio, oro, plata, la piedra de mercurio, carbón y un diamante que Lobo orgulloso engarzó en la empuñadura de su espada. Luego la tomó y la hizo girar haciendo sonar el aire. De hierro bruñido resplandecía su tan

ansiada espada, y la empuñadura de oro y plata soberbia se mostraba con el diamante en su centro.

- Hermosa espada Lobo - asintió irónico ante el orgullo del joven -. En verdad serás un buen herrero.

Luna sonrió feliz. Luego ayudó a cargar diferentes objetos en una barca que el dragón poseía. Aquella barca llamó la atención del joven. Una tela blanca reposaba sobre un palo vertical en el centro de la embarcación.

- Ya verás para que sirve - respondió enigmático Shamar ante su pregunta.

Finalmente el hechicero se despidió de su familia, al igual que Lobo prometiendo éste volver algún día ante la insistencia de la mujer del dragón.

- Pero acompañado - dijo en voz alta el dragón sonriendo ante el enrojecimiento del joven.

Salieron remando de la isla, y llegados un punto el dragón se levantó y miró fijamente su hogar.

- Siempre que marchó me entristezco - murmuró para sí mismo -. No hay forma de remediarlo.

Miró a su alrededor y pareció sentir la brisa. Dando una fuerte palmada izó la tela blanca sobre aquel palo y de pronto ésta se hinchó moviendo como por arte de magia la embarcación.

Lobo miró aquello asombrado. El propio viento empujaba aquella barca, no era necesario el fatigoso trabajo de remar. Al mirar al dragón éste simplemente se tocó la sien derecha indicándole el uso de la inteligencia, principio fundamental del Arte del Dragón.

- ¡Viento! - gritó al aire -. Llévame certero a mi destino a fin de volver rápido a mi reino.

Como si el viento le escuchara la brisa se hizo más intensa y la embarcación pareció volar sobre las aguas, dejando una estela blanca a su paso. Lobo sonreía henchido de felicidad ante la sensación de libertad y ligereza que ofrecía aquel retorno.

Los días pasaron rápidos y repletos de charlas acerca de diferentes aspectos técnicos del uso de los minerales, de los centros de poder del cuerpo y la circulación vital, del manejo de las armas, de la tierra y los cielos...¡había tantas cosas que aprender!

Siempre en dirección a Oriente marchaban raudos en alas del viento. Cada mañana el Sol aparecía dorado y brillante ante ellos, como si su destino fuera llegar hasta él. Por la noche la Luna aparecía entre las estrellas, y hablaban de ellas, y contemplaban lo cercana que parecía la Luna de ellos.

- Ella rige los mares - dijo señalándola Shamar -. Sus mareas y movimientos, Señora de los Flujos de la Vida.

Por fin un día divisaron tierra. Allá ante ellos se divisaba la existencia de otros hombres. La expresión del dragón se ensombreció de pronto. Al llegar a un punto bajó la vela y la escondió. Luego tiró el ancla y miró seriamente a Lobo de Luna.

- Aún no te contado el último secreto del dragón - susurró -. Es fundamental para tu existencia.

El joven cazador miró con sorpresa al dragón. Algo en la actitud de Shamar parecía haber cambiado al contemplar la proximidad humana.

- Te dije que el dragón debía vencer a su enemigo interior - continuó Shamar - También te dije que su meta era el no ser vencido por otros hombres.

Extendió su mano hacia el horizonte y señaló hacia tierra.

- Allí habitan muchos tipos de hombres - dijo seriamente -. Muchos tipos de mundos.

Luego miró gravemente a su compañero.

- Un dragón sólo se preocupa por guardar su propio mundo, se afana en no ser influido por los demás y mantener vivo y constante su sueño, su ideal verde y brillante.

Lobo bajó la cabeza. Sabía de lo que le hablaba, sabía que volver con los hombres era volver a tener que vivir con el riesgo de la muerte, del engaño, de la esclavitud, de mil pesadillas que sus ciegas mentes mantenían por la fuerza y el castigo.

- Un dragón no posee más responsabilidad que la suya propia - continuó Shamar -. Sabe distinguir entre el combate del dragón, y el combate profano. Sabe reconocer lo valioso de lo que no lo es, lo que importa de lo que no. Al no entrar en luchas que no son las suyas guarda sus fuerzas intactas para sólo combatir para su mundo, para la forja de su reino.

- El dragón se guarda a la vista de los demás - dijo Lobo recordando sus tiempos de caza .

Shamar asintió lentamente.

- Habita en lo invisible, en su reino - respondió -. Porque el secreto del dragón es el secreto en sí mismo.

Lobo meneó la cabeza confundido. No había comprendido bien aquella afirmación.

¿Quería decirle que el secreto último del dragón era el habitar él mismo en el secreto?.

- Callado, no pretende actuar sobre nadie - continuó el dragón -. Al no haber acción sobre el otro, no existe causa ni efecto. Son mundos separados.

Lobo seguía sin comprender exactamente el sentido de esto. Su juventud y bravura le empujaban a dominar mundos, no a apartarse de ellos.

- Sólo responde de sí mismo y sus acciones - siguió Shamar como si no percibiera la confusión de Lobo -. No es responsable por tanto de las acciones y pensamientos de los demás.

Aquello chocaba con su idea de llegar a la tribu y mostrar su fuerza, su habilidad adquirida. Sentía deseos de mostrar a todos lo poderoso que se había convertido.

- El dragón deja hacer, no muestra, pues para él todo combate no planteado es un combate ganado.

- ¿Me estás diciendo que evite todo combate ? - respondió el joven.

Shamar le miró irónico. Sabía lo que corría por la sangre de Lobo.

- Has de saber aquello en lo que ha de luchar el dragón y aquello que no forma parte de su mundo - le replicó sereno y lentamente.

Lobo nada replicó y miró fijamente al horizonte. ¿Cómo perdonar las afrentas vividas, cómo no reaccionar con el hierro ante un mundo que no comprendía otra ley que la de la fuerza?

- A diferencia del dragón otros hombres ponen escudos ante el Espíritu. Temen a la vida y prefieren esconderse en creencias y ciegas pasiones.

El dragón suspiró y miró a su vez al horizonte. A veces también él sentía que el hombre

era un animal insufrible de contemplar. De ahí que prefiriera vivir en la soledad de su isla.

- Pero el dragón es distinto... - continuó - El forja vínculos con la Vida, alianzas con la Inteligencia, ama al Espíritu. Su arte es su vínculo con Este. Su mayor tesoro.

Sin decir nada más izó el ancla y tomando el remo comenzó a remar. Lobo esperó un momento, inquieto, sintiendo que el fin de su relación estaba cercano. Luego se sentó y también comenzó a remar.

A poca distancia del puerto, donde se veían hombres descargando mercancías, el dragón se levantó y fue a buscar entre las cosas que transportaban.

- Guarda un momento - murmuró.

Sorprendido Lobo contempló cómo aquel hombre se iba transformando ante sus ojos. Se tiñó el pelo de blanco, y se colocó una vestidura gastada por el tiempo. Finalmente tomó de nuevo el remo y sonriéndole irónicamente comenzó a remar.

Llegaron al puerto y comenzaron a descargar la mercancía. Los hombres curiosos se acercaron a ellos. Shamar miró rápido en aquella dirección y giró hacia el joven. Se acercó y lo abrazó fuertemente.

- Recuérdame como yo te recordaré - le susurró al oído.

Después encogió su cuerpo y se dirigió con paso torpe hacia aquellos hombres.

- ¡Ah, eres tú viejo! - oyó Lobo la voz vulgar y altanera de uno de los hombres -. Ya esperábamos hacía tiempo tus mercancías.

Lobo quedó plantado viendo cómo aquel hombre de fuerte musculatura y diestra espada se encogía ante un golpe en el hombro. Parecía un viejo indefenso, que no pudiera ser amenaza alguna para nadie.

Y así fue como Lobo perdió de vista al dragón. Habitante del misterio, nadie podía imaginar contemplando aquella torpe figura que aquel hombre era en realidad el mítico dragón de la Isla de la Montaña del Trueno.

El dragón vivía en el secreto, vivía en el Reino del Misterio.

Ese era su deseo.

Lobo andaba por aquel gran poblado de personas perdido y desorientado. Sentía deseos de volver a la soledad de la isla, pero el sentido de su misión era el volver a su mundo, y así debía hacerlo. Decidió que nada hacía en aquel lugar y optó por apresurar su marcha. Se dirigió hacia la playa y caminó por ella en dirección al río de donde había venido.

Absorto en su caminar no sintió la presencia de unos hombres que le seguían desde hacía tiempo, atentos a aquella espada que portaba en su espalda.

- Vaya, vaya - sonó de pronto una voz que Lobo sintió conocida -. Sabía que era mi destino matarte.

Lobo giró dejando caer la bolsa con los regalos del dragón. Ante él se hallaban cuatro hombres armados con espadas. Miró fijamente al hombre que había hablado, y un ligero escalofrío recorrió su espalda. Era el hombre de la fea cicatriz.

- Como ves yo también sobreviví salvaje - siguió hablando Lasco - Creía que habías muerto, ahogado en aquel mar.

Lobo suspiró lentamente uniendo sus fuerzas en un punto del abdomen.

- Dame lo que llevas y te perdonaré la vida - dijo Lasco mirándole con ojos perversos. El cazador sabía que era el momento de morir.

- Ven tú a por ellas - le replicó concentrándose en su poder.

Lasco se acercó petulante, e hizo un gesto como si fuera a atacarle. De súbito una espada brilló en el aire y el arma de Lasco cayó a tierra. El hombre de la fea cicatriz quedó demudado ante la rapidez de aquella acción.

- Maldito salvaje - gritó mientras volvía a recoger la espada.

Lobo se desplazó de su lugar y se dirigió directo hacia el grupo emitiendo un fuerte grito. Golpeó fuertemente la cabeza de un hombre, giró y paró el golpe de otro dándole con el canto de la espada en el cuello. En un momento yacían dos hombres en el suelo, y los otros dos aún seguían sin reaccionar.

El cazador dió tres pasos hacia atrás y miró fijamente al hombre que acompañaba a Lasco. Aquel hombre miró a sus dos compañeros y luego miró al cazador. Sin decir palabra dió media vuelta y huyó corriendo. Lasco quedó quieto mirando con odio intenso al joven.

- Voy a matarte - y se abalanzó hacia él.

A Lobo le pareció una criatura torpe e indefensa aquel hombre. No sabía guardar la distancia, ni manejar el arma. Paró con facilidad el ataque, y luego lanzó con fuerza un golpe hacia la espada de Lasco. Esta se quebró por el impacto. Era de bronce.

- Maldito - murmuró el hombre de la fea cicatriz - Llevas un arma del dragón.

Lobo de Luna quedó absorto contemplando a aquel hombre al que tanto había odiado. Por un momento recordó al gigante, y sintió deseos de matar al hombre que estaba ante él indefenso. Apretó fuertemente la espada y avanzó hacia Lasco.

De pronto se detuvo ante la mirada de aquel hombre. En ella sólo había miedo y temor. Lobo giró la cabeza y contempló el agua azul del mar.

- Vete..., hombre - dijo el dragón.

Lobo estuvo largo tiempo mirando cómo huía aquel tan temido y odiado enemigo. Sentía un fuerte peso en su pecho. Matar una vida era contrariar a la Diosa, y la necesidad de demostrar su poder ofensivo era ahora absurda en su evidencia. ¿De qué servía matar a un hombre?. ¿De qué usar la espada contra un mundo que no era el suyo?.

Abrió la bolsa y colocó su espada en ella, tratando de disimularla lo mejor posible.

Extrajo el cuchillo y lo colocó al cinto. Luego se alejó rápido de allí trotando en dirección a la arboleda, donde su camino sería ocultado por el bosque protector.

Lobo andó siguiendo el río durante tiempo, evitando todo contacto con los poblados cuando olía su cercanía. Prefería dar un largo rodeo aunque ello retardara su marcha. Era preferible así. Además comenzaba a sentir que ese fuerte peso se hacía cada vez más denso y oscuro. Aquella vuelta implicaba volver a los recuerdos, volver a la causa de la herida que había provocado su partida.

Ya no tenía deseos de matar a nadie, pero sin embargo debía vengar la muerte de su padre, y la de Rayo de Luna. Matar al gigante había sido el sentido de su vida durante tiempo, y ahora aquel sentido se le antojaba funesto y tenebroso. Quiso practicar su arte interior pero

desistió de hacerlo desalentado. No quería hacer nada, salvo olvidar, y no podía olvidar porque el mundo que había dejado volvía de nuevo a aparecer.

Se hallaba cerca del territorio de su tribu y seguía sin estar convencido de querer volver a ella. Era como terminar definitivamente con un mundo para empezar otro, y no encontraba fuerzas en él para avanzar en dicho camino. Negros pensamientos asaltaron su mente, imaginando incluso posible la total desaparición de su gente. Era posible que el enemigo hubiera vuelto de nuevo y los hubiera aniquilado contempletamente.

A veces pensaba que volvía rodeado de gloria y triunfo, con todo el poblado inquieto por su llegada y ofreciendo una gran fiesta para él. Otras imaginaba que nadie ya se acordaba de él, pues habían pasado ya años desde su marcha y era posible que los suyos le hubieran ya dado por muerto.

Una noche acampó cerca de un río, muy próximo ya al territorio de su gente. A la luz del fuego extrajo de su saca todos los objetos obtenidos en su aventuras. Piedras preciosas y armas de metal brillaban misteriosamente bajo la luz nocturna.

- Falta algo - murmuró con un sentimiento de congoja el bravo cazador.

Sin saber el motivo miró hacia un punto de la orilla del río. Allí, como descansando de una larga marcha, un recio palo de madera era acariciado por las aguas del flujo continuo. Se levantó y tomó aquella madera, la sopesó y sonrió olvidando su penar por un instante. Cogió el cuchillo y comenzó a tallar la madera, en silencio, sintiendo el valor de aquel humilde palo. Se durmió agotado agarrado a una bella lanza con dibujos surgidos del fondo de su corazón.

Se despertó con una extraña sensación en su cuerpo. La Luna brillaba en todo su esplendor iluminado con fuerza plateada el lugar donde el joven se hallaba. Lobo agudizó su atención aún más, había alguien contemplándole desde la arboleda cercana al río. Giró la cabeza una y otra vez tratando de detectar alguna diferencia, cuando una luz brillante le hizo detener su exploración en un punto.

Centró su vista allí, y sintió que su cuerpo se tensaba involuntariamente. Aquellos dos puntos luminosos que brillaban en la oscuridad eran los ojos de un lobo. Aquellos ojos de fuego se fueron acercando hacia él hasta que pudo percibir el cuerpo oscuro del animal. No hacía el menor sonido para ser delatado. El joven apretó con fuerza la lanza que llevaba para luego mirar hacia donde estaba su espada. Un sentimiento surgió de su interior que hizo que desistiera de coger el arma. Aquel animal era su animal de poder, no debía tenerle miedo.

El lobo fue acercandose hacia él hasta llegar a su lado, olió su cuerpo y luego siguió avanzando hacia el río rozándole ligeramente. Aquel espacio de río era territorio del joven cazador en aquellos momentos, pero aquel animal había decidido beber en dicho lugar por alguna razón incomprensible. A la luz de la Luna el joven pudo distinguir más claramente el aspecto del animal que bebía el agua del río. Se trataba de un soberbio ejemplar de lobo gris, que finalmente giró su cabeza y contempló fijamente a Lobo de Luna.

Hombre y animal cruzaron su mirada durante un largo momento, de pronto el animal salió corriendo y el hombre recogió sus pertenencias y marchó tras él. No había pensamiento en la mente del joven, sólo un viento de poder que surgía de su interior y le hacía seguir al lobo libre de las montañas. Corrió trás el lobo durante largo tiempo, siguiéndole como nunca antes había seguido a ningún animal en sus cazas.

La sensación era de fusión con el espíritu de lobo, era como si fueran hermanos de la misma camada y compartieran el goce de la existencia libre y salvaje. Corrieron y corrieron hasta de pronto llegar a un punto de la montaña donde el lobo se detuvo y giró contemplándole fijamente. El joven se detuvo en seco y también le miró.

Unos suaves quejidos le llamaron la atención y se acercó un poco más, el lobo tensó las orejas simplemente. De pronto salió otro ejemplar de lobo de un agujero de la montaña, era una hembra que miró a su vez fijamente al hombre.

- Tu compañera - dijo el hombre con cierto dolor en su interior.

Aquellos débiles sonidos seguían llamando su atención. El lobo dejó de mirar al hombre y se acercó a su lobera, y de ella sacó una cría agarrada por su poderosa mandíbula. Se acercó con ella hasta el joven y la dejó cerca de éste. El hijo del lobo miró al hijo del hombre y avanzó hacia éste con curiosidad.

Lobo de Luna se inclinó y acarició suavemente a aquella pequeña cría que no parecía tenerle ningún miedo. El padre lobo se acercó entonces al hombre y se sentó al lado del joven. Este le miró y acercó lentamente la mano a su cabeza. El lobo no se movió y dejó que la mano del hombre le acariciara, luego emitió un suave sonido y lamió aquella mano.

El joven cazador estuvo largo tiempo contemplando la familia del lobo, y poco a poco la comprensión se fue abriendo paso en su cabeza. El, cómo todas las criaturas de la Tierra, tenía un sentido que cumplir. Supo entonces que debía volver a su tribu porque un destino le esperaba en ella.

Por fin Lobo de Luna era ahora uno más entre los lobos, un hermano de la Tierra.

La madre de Lobo, Lechuza Plateada, lavaba en el río en compañía de una mujer a la que había tomado como hija desde hacía mucho tiempo. Aquella mujer, venida de otro pueblo, había pasado muchos avatares para por fin conseguir habitar en paz. Pero pese a que su fortuna le había permitido liberarse de muchos contratiempos, seguía habiendo un espacio vacío en su corazón. Algo que sólo podía llenar la mirada de un hombre en particular.

La hechicera, Agua Clara, se acercó a las mujeres y las miró sonrientes.

- Ayer la Diosa me reveló que hoy sería un gran día para nuestro pueblo .

Y dió media vuelta sin decir nada más. Lechuza Plateada nada dijo porque en su corazón también hablaba el misterio. La joven que le acompañaba sintió un brinco en su interior, como un destello de intuición.

- ¿Es él verdad? - dijo la joven a la madre de Lobo.

La anciana bajó la cabeza y siguió lavando la ropa. Aún era pronto para soñar, el Sol avanzaba lento y poderoso por el cielo iluminando con su poderosa luz el mundo en el que habitaban.

Cuando el Sol llegó a su cenit fuertes gritos sonaron en la aldea. Los cazadores fueron raudos a buscar sus armas, y las mujeres se reunieron entre ellas. Un extranjero se acercaba a la tribu con paso solemne y acompasándolo con su lanza. El Sol brillaba sobre algo que portaba a su espalda, junto a él un enorme lobo trotaba impasible.

- Sólo un hombre puede ser - murmuró la hechicera.

Pero ya antes de ese comentario la madre de Lobo corría hacia él, y Rayo de Luna por fin volvía a sonreír. Los miembros de la tribu se maravillaron del arma y los objetos que trajo Lobo, y aún más grande fue su alborozo cuando el clan del lobo se unió a la tribu, cohabitando con ellos en paz y ayudándoles a la caza tal como Luna soñó un día.

Cuando Rayo de Luna le contó su historia, tras el fuerte abrazo en silencio en el que estuvieron fundidos, todos se sorprendieron de las tremendas risas que sacudieron a Lobo durante varios días. La que luego sería mujer y madre de los hijos de aquel bravo cazador había conseguido huir de su cautiverio una noche en que el gigante fue mordido mortalmente por una serpiente. Entre la confusión reinante, producida por los gritos de agonía del jefe de aquella horda, Rayo de Luna aprovechó para esconderse en la montaña y permanecer allí oculta hasta que aquel grupo, muerto su cabecilla, se disgregó marchando de aquellas tierras para siempre. Pasado un tiempo la joven había conseguido volver al poblado de Lobo y encontrar refugio en la tienda de la madre del joven cazador, esperando siempre esperanzada la vuelta del que ella sentía sería su compañero.

La tribu de aquel bravo cazador, tal como predijo la vieja hechicera, creció en fuerza y sabiduría, convirtiéndose en el pueblo más honrado y respetado de todo el río. Sus avances en el conocimiento fueron creciendo a medida que fueron pasando las generaciones, y la semilla del saber que Lobo otorgó a su gente fue así multiplicada por mil.

Y aquí acaba la leyenda de Lobo de Luna. Sólo recordaré por último aquella gran hazaña cuando Lobo vió junto a su mujer, Rayo de Luna, un gran fuego descender del cielo. Cuando se aproximó a éste resultó ser el Hierro Celeste, imán fabuloso de los herreros que consagró a los elegidos de la tribu como dignos representantes de los misterios del hierro.

Vínculo de la Forja del Cielo con los forjadores de la Tierra.

FIN

INDICE

1. LOBO DE LUNA.	3.
2. LA ODISEA.	14.
3. LA ISLA DEL TRUENO.	28.
4. LA CAZA SUBTERRANEA.	40.
5. LA FORJA DEL DRAGON.	52.
6. LA ESPADA VERDADERA.	62.
7. EL RETORNO A ORIENTE.	77.